

AMERICA



81 - 82

LIBRERIA ATLANTIDA
Carlos L. Lozano S.

VENEZUELA 72 QUITO CASILLA 161

**LE OFRECE EL MEJOR
SURTIDO EN DICCIONARIOS**

DICCIONARIO Griego - Latino - Español, <i>P P. Escolapios</i>	\$ 150,00
DICCIONARIO Económico de Nuestros Tiempos	„ 100,00
DICCIONARIO ORTOGRAFICO, <i>Marroquia</i>	„ 10,00
DICCIONARIO De SINONIMOS „	8,00
DICCIONARIO DE LA RIMA, <i>Peñalver</i>	„ 12,50
DICCIONARIO DE IDEAS AFI- NES, <i>Benot</i>	„ 60,00
SINONIMOS CASTELLANOS, <i>Barcia</i>	„ 22,50
DICCIONARIOS EN ESPAÑOL desde	„ 2,00
DICCIONARIOS Inglés-Español desde	„ 10,00

EN NUESTRO SURTIDO DE LIBROS PODRA
ENCONTRAR EL QUE USTED NECESITE

Esperamos su visita para poderle mostrar lo que tenemos
RECUERDE NUESTRA DIRECCION VENEZUELA 72

HOTEL SAVOY

La mejor cocina del Ecuador
para nacionales y extranjeros



👉 El Hotel Preferido 👈
por turistas y comerciantes.



SALON DE BANQUETES

AMPLIOS COMEDORES

TEA-ROOM Y BAR

CUANDO VISITE LA CAPITAL DEL ECUADOR TENDRA
"SU HOGAR, LEJOS DE SU HOGAR"
—ALOJANDOSE EN EL HOTEL SAVOY.—

Direcciones:

Calle Venezuela - Junto Pasaje Royal

Teléfonos: 7-8-1 7-8-2 7-8-3 19-64

Postal: Casilla 238



Cablegráfica: Savoy

Quito - Ecuador

LIBRERIA "JUAN MONTALVO"

*OFRECE: A los intelectuales del Ecuador
y de América, el más completo surtido de
obras Ecuatorianas*

A LIBREROS EL 40 POR CIENTO DE DESCUENTO

 **Compra libros y bibliotecas** 
— a Buenos Precios —

LA LIBRERIA MONTALVO establece el canje de libros
ecuatorianos con libros americanos.

DIRECCION LOCAL: Esmeraldas y Montúfar

DIRECCION POSTAL: Juan J. Concha.—Librería Montalvo

APARTADO N° 468 — Quito - Ecuador.

Una hermosa tez

Se obtiene rápidamente al usar

C E R A
M E R C O L I Z A D A

De venta;
en toda farmacia acreditada

Agente al por mayor:

M. M. JARAMILLO ARTEAGA

Chile N° 45

Teléfonos 2-6-9 y 6-8-2

Calzado "ARTIGAS"

Ofrecen el mayor surtido en calzado para
señoras, señoritas, caballeros y niños



VEA USTED



LOS ULTIMOS MODELOS
EXPUESTOS EN NUESTROS

ALMACENES :

Calle Venezuela y Sucre

Calle Bolivia, bajo el Banco de Préstamos

Portal Municipal

LA MARCA QUE SE HA IMPUESTO
EN EL PAIS POR SU GRAN CALIDAD
Y PRECIOS LIMITADOS

Visite Ud. nuestros Almacenes
y podrá apreciar la calidad
de NUESTRO CALZADO



Calidad

distinción

La Lorena

EXQUISITO

MANJAR

"EL REY"

(M. R.)

Dirección:

Imbabura No 30

Teléfono 8-3-2



CLARINADA !!!
ANUNCIANDO LA
LLEGADA DE:
Generadores de
Electricidad

de 500, 800 y 1.500 watts.

BATERIAS
"THOR"
de 13 placas

MIMEOGRAFOS
A B DICK

automáticos y
semiautomáticos

DISCOS R C A
VICTOR,
con música internacional
y clásica.

REED & REED
EN SU NUEVO LOCAL
Calle Sucre N° 3 - QUITO

M. M. JARAMILLO ARTEAGA

Frente a San Agustín

Teléfono 2 - 69

FIDUCIARIOS

Permanente compramos y vendemos Cédulas y acciones de todos los Bancos de Quito, a las mejores cotizaciones de plaza.

También compramos Bonos Municipales del 6 y del 9 por ciento.

VARIOS

Permanente necesitamos comprar, vender, arrendar: CASAS, CHALETS, TERRENOS, HACIENDAS

LE OFRECEMOS LAS MEJORES OPORTUNIDADES
No cobramos comisión alguna a los dueños de capitales que deseen colocar su dinero con hipotecas o firmas absolutamente solventes.

P I S C O D E U V A

“EL OBRAJE”

Elaborado por los señores Carlos y Luis Samaniego Alvarez.

en sus propiedades de PATATE

DEPOSITO GENERAL:
GUAYAQUIL Y OLMEDO N° 25
AGENTE GENERAL
GUSTAVO LASSO F.

GASOLINA Y KEROSENE

M A R C A

“Chimborazo”

INSECTICIDA

“Chimba”

ACEITES LUBRICANTES

“Chimbol” y

“Anconoil”

PRODUCTOS NACIONALES

DE ALTA CALIDAD

Agentes:

Soc. Com. Anglo - Ecuatoriana Ltda.

GUAYAQUIL

QUITO

EL BANCO DE ABASTO

Sociedad Anónima.

CAPITAL Y RESERVA : \$ 2'440.000

INSTITUCIÓN

*Que viene sirviendo al País desde el
año 1918, y que hoy se encuentra en
posibilidades de incrementar todos sus
servicios :*

PRESTAMOS HIPOTECARIOS
HASTA 25 AÑOS DE PLAZO.

Negociación de Cédulas Hipotecarias
Préstamos y Descuentos Comerciales
Cobranzas del Interior y Exterior
Depósitos en Cuenta corriente,
Vista y Plazo.

CARTAS DE GARANTIA SOBRE LAS PRINCIPALES
PLAZAS DE AMERICA DEL SUR.

Direcciones:

Telégrafo y Cable "ABASTO" — Postal: Casilla N° 438
Local: Calle Venezuela 55 y Chile — Plaza Independencia

QUITO - ECUADOR



AMERICA

AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

Comisión directiva:

ANTONIO MONTALVO
JOSE ALFREDO LLERENA
MIGUEL ALBORNOZ

ENERO - MAYO DE 1945

AÑO XIX

Nos. 81 - 82

Talleres Gráficos Nacionales

CONTENIDO

La Segunda Guerra Contra el Nazismo — NAJ

Conferencias del Grupo América — NAJ

JOSE ALFREDO LLERENA

Demonio y Pesía

MIGUEL ALBORNOZ

El Periodismo en la Post-Guerra

NEPTALI ZUÑIGA

El Sentido Nacional y Americano del Reino de Quito

ANTONIO MONTALVO

Tristeza y Júbilo del Arcoiris

ALFREDO MARTINEZ

La Paz Sea con Nosotros

El Libro, Vinculo de Solidaridad Americana

EMILIO ALZURO ESPINOSA

Epopeya Andina

NARCISO GARAY

Panamá en el Pasado y en el Presente

Cincuentenario de la Muerte de José Martí — NN

VICTOR HUGO ESCALA

Evocación de Martí en el Primer Cincuentenario de su Muerte

La Casa de América — NN

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

América y la Paz que Desea

OSCAR EFREN REYES

Las Grandes Culturas Indígenas Americanas

AUGUSTO ARIAS

Visión de la Literatura Chilena

Crónica — NN

Documentos y Transcripciones — NN

GRUPO AMERICA
DEL ECUADOR

Flores N° 2
Casilla 75
Quito, Ecuador

LA SEGUNDA GUERRA CONTRA EL NAZISMO

Poco más de una década solamente fué necesaria para que la funesta semilla del nazismo, que oficial e imperialistamente arrojara Hitler a los puntos cardinales del Globo, tuviera un espontáneo florecimiento de selva tropical. Y es que las malas ideas, como las malas hierbas y toda la flora parasitaria, nace donde quiera es arrojada, o nace y crece simplemente sin necesidad de que sea sembrada de modo preconcebido.

La selva negra del nazismo, pues, iba invadiendo el mundo a pasos gigantescos, en proyección de cubrir y sepultar en su espesa maraña a todos los pueblos de la tierra. Pero ante el peligro, se alzó la conjunción de un esfuerzo común y solidario de pueblos que saben lo que significa la vida de la libertad, y así, unidos se aprestaron a la lucha, hasta desbrozar la última rama sombría, y aún más, acabar con los sembradores de tan maléfica planta.

La etapa del aniquilamiento militar, material y físico, del nazismo en Europa —y no tardará mucho de serlo en Asia— terminó en el mes de Mayo de este año. Terminó al costo inimaginable de millones de vidas, de una tragedia inaudita, y de un esfuerzo bélico de supremos caracteres, del dolor y sufrimiento de muchos pueblos, a través de un lustro y más de lucha ininterrumpida y tenaz.

Pero ¿estará vencido completamente el nazismo?

Cuando Fortoul escribía su célebre frase: on ne tue point les idées, no se refería, claro está a otras ideas, a otros ideales que aquellos que los hombres conciben para el mejoramiento y felicidad del hombre, para el beneficio de la sociedad y su cultura, para el mantenimiento peren-

ne de la libertad, en cuyo seno y a cuyo amparo solamente el hombre es capaz de vivir la vida humana que le ha sido asignada por la naturaleza. A estas ideas y a éstos ideales, lógico es, no se los puede matar. Y no se los puede matar, porque su fuerza de permanencia, de evolución y de eternidad, es más grande que cualquier poder político. Porque su razón de existir está en íntima y directa relación con los intereses de la humanidad, que busca su bienestar, que va camino de su perfección social, derribando todos los obstáculos que se le presentan, apenas deteniéndose cuando fuerzas superiores y contrarias le obligan a ello. Pero, al fin, la humanidad no se detiene, ni se detendrá; irá siempre al encuentro de su felicidad.

A las malas ideas no es que no se las pueda matar. Se las mata, y definitivamente. Lo que ocurre es que su fecundidad, como en el caso del nazismo, es tan paradójica y feraz, que todo lo inunda, —y como mala idea que fué, y sigue siendo— hasta el prevenido campo del espíritu invulnerable. De hecho, las malas ideas, son plagas, plagas sutiles que inundan los campos del espíritu, y, como a plagas hay que perseguirlas y destruirlas. Pero, como son plagas espirituales, la labor se hace más difícil que una empresa material.

Y es aquí, justamente, en los vastos, variados y absconditos campos del espíritu donde hay que librar la segunda guerra contra el nazismo. La guerra ideológica.

Después del merecido castigo que reciban todos los generadores de la hecatombe que no termina aún, los criminales de la humanidad y de la guerra; a pesar del vencimiento, y de los titánicos esfuerzos para la nueva organización del mundo, el nazismo quedará latente, apareciendo disimuladamente en otras formas de vida y de acción. El conocimiento de los horrores llevados a cabo por el nazismo, de sus salvajes atentados contra la humanidad, contra los principios más elementales de la vida humana, no serán argumento suficiente de convicción.

Así, pues, esta batalla ideológica, no será cruenta; pero será más larga y más persistente. Habrá que emplear otras armas, esas armas de propia fabricación que todo individuo, que todo pueblo que sabe lo que es la vida de la libertad, tienen en sus propias manos.

Los reflejos del nazismo están parpadeantes y latentes en el mundo. Las raíces de la mala planta están ocultas

también en América. Quedan aquí los rezagos originales del trasplante nazi, agazapados en disfraces diferentes. Quedan, lo que es peor y quién sabe si más peligroso, esos productos híbridos del nazismo, que surgieron como engendros patológicos, de nuestra fecunda y criolla naturaleza americana.

América, por lo menos, tiene que acabar con su propia plaga. Ella se conoce muy bien y sabe bien en dónde están soterradas las raíces nazistas y cuáles son sus semi-ocultos cuidadores. Y, justamente, América podrá vivir la nueva vida de la paz, que es de la libertad y de la democracia, sólo en la medida que cada una de sus naciones, y de todas las naciones conjuntamente, hayan triunfado ideológica, espiritualmente sobre las raíces escondidas y sobre la última sombra del nazismo. Para esto ya no se necesitan tácticas bélicas. Es, debe ser un impulso instintivo de cada americano, que como tal, sabe y conoce el deber y la responsabilidad de su vida en estos momentos. Porque de lo que se trata ahora, en estos momentos de la batalla espiritual contra el nazismo, es de ir a una afirmación clara y rotunda de nuestra americanidad. Y, americanidad, desde hoy en adelante, va a ser una realidad social, política y cultural nacida de nuestros propios pueblos, para orientar los nuevos caminos de la civilización futura, en la que el hombre pueda ser el dueño de su mundo y de sí propio.

No hay que olvidar, americanos, que somos el mundo de hoy y el de mañana. El de mañana, sobre todo, ese que debemos trabajar y forjarlo ahora para los hombres del futuro, porque esa es la ley de la historia, el mandato y deber humano ineludibles. No hay que olvidar tampoco que los muertos de esta tragedia magna, no han muerto en vano; murieron por librar a la humanidad de la esclavitud y del oprobio, murieron para devolver la dignidad y la libertad a la vida, cuyo goce perfecto no hemos de conseguirlo sino cuando hayamos extirpado de nuestros suelos la última raíz funesta del nazismo, cuando en la conciencia de los pueblos de América brille, como en sus cielos azules, el sol de todas las libertades humanas, que será el símbolo e imagen de la victoria suprema, erigidos sobre la muerte eterna de todos los imperialismos.

C O N F E R E N C I A S D E L G R U P O A M E R I C A

Los estudios que publicamos a continuación, corresponden al V Ciclo de Conferencias organizado por el Grupo América, el mismo que se llevó a cabo en los primeros meses del presente año, en los propios salones de la Entidad. Son estos los trabajos literarios que los nuevos consocios leyeron en las respectivas sesiones de su ingreso.

Pertenece el primero al escritor y poeta don José A. Llerena. Se titula "Demonio y Poesía" y constituye un agudo y sutil análisis sobre la influencia "demoníaca" en la poesía de todos los tiempos. La importancia del valor literario y crítico de este sugestivo trabajo está en íntima armonía con la finura de penetración y la originalidad de un tema que pudo ser dilecto y caro al espíritu de Alfonso Reyes.

El segundo, "El Periodismo en la Post - Guerra" corresponde al doctor Miguel Albornoz, joven escritor ecuatoriano cuya labor periodística en Estados Unidos y en su patria le han rodeado de un justo y alto predicamento. En este trabajo el doctor Albornoz explica, con el sentido realístico que le da su propio conocimiento y las experiencias adquiridas sobre este problema, la función del periodismo en la paz, su vida material y espiritual y sus proyecciones en el futuro de la cultura de los pueblos.

Corresponde el último, titulado "El Sentido Nacional y Americano del Reino de Quito" al profesor y biógrafo don Neptali Zúñiga. Experto conocedor de nuestra Historia, el profesor Zúñiga da en este estudio una interpretación nueva sobre la existencia del Reino de Quito, llena de sugerencias clarificadoras, que harán mucha luz sobre la prehistoria ecuatoriana.

Mucho sentimos no publicar en este grupo la conferencia de nuestro distinguido consocio señor doctor Carlos Tobar Zaldumbide, titulada: "Apuntes para un Retrato de Don Quijote", que fué leída en sesión del 26 de Enero, ya que la premura de su viaje en la delegación ecuatoriana a la Conferencia de las Naciones Unidas en San Francisco, impidió que nos proporcionara los originales respectivos.

DEMONIO Y POESIA

Seguramente, todos estamos conformes en que la poesía es arte, es técnica. Es una necesidad del espíritu. Pero, ante todo, es una suerte de mística. No resulta muy apropiado explicar la poesía como una religión de la belleza. Mas bien, repito, es una mística. Pues, la religión posee muchas cosas externas, muchos elementos litúrgicos. La poesía es vida, pero vida interior. Así como el místico se consume dentro de sí mismo, conservando una quietud externa, así también el poeta se deja consumir en un purgatorio; diré, mas bien, en un infierno que lleva dentro de sí. La poesía no es nada que se asemeje a una disciplina filosófica; no es un trabajo de forzados. Y, la mística tampoco lo es. Los místicos no teorizan: viven. Languidecen o se atrofian sus potencias de captación del mundo externo y sólo su mente se hunde, cada vez más, entre las nieblas celestes de las divinidades. Así mismo, el poeta se sumerge en las nieblas de su propia alma. Y también, como el místico, cierra las puertas al mundo externo y se dedica a rumiar sus sueños. Su actividad más propia, más común es la de soñar intensamente. El místico es aquel que siente aletear demasiado cerca al demonio y entonces huye de él, refugiándose en Dios. También el poeta siente con mucha proximidad al demonio y, a veces, entra a entenderse con él. Se parecen el místico y el poeta en que ambos tienen adeptos que buscan identificarse con ellos. Un místico admirable es San Francisco de Asís, cuyos adeptos al seguir-

le buscan compenetrarse en su vida. Los grandes poetas tienen también sus adeptos en todos los tiempos.

Por qué el poeta tiene esta capacidad de sentir la proximidad del demonio, del enemigo malo, del báratro? Es curioso observar cómo la poesía contiene tantos elementos infernales; se alimenta del diablo, de los fantasmas, de todos los elementos de miedo y de tormento. Nos comprueban esto los grandes poetas como Dante. Su infierno es lo más grande de la Divina Comedia; su báratro es un país profundo, un valle formado de círculos donde "lueven copos de fuego", corren ríos de sangre, se alzan fúnebres rocas y viven monstruos espantosos. Allí, en el infierno se ha acumulado todo lo que el hombre siente que es lo malo. Dante dice:

*"Y a la cuarta región fuimos aciaga,
más y más penetrando al reino esquivo
que los males del mundo todo traga."*

*"Y almas vi por ejércitos clamando
de dos contrarias partes muy resueltas
de pecho a fuerza pesos volteando."*

Uno de los elementos indispensables de la gran poesía es la tiniebla. El mismo Dante dice:

*"Aquí el coro de seis, de dos se acorta;
y del lugar sereno el sabio guía
a otro me lleva, donde el alma absorta
vuelve al horror de la tiniebla umbría."*

El Infierno del Dante es un lugar en que se acumulan los máximos rigores de la naturaleza. En otro lugar el poeta dice:

*"Y en tanto que va al punto el paso mío
de toda fuerza de atracción se aduna,
y todo tiembla en el eterno frío."*

Tiene alguna lógica pensar que la poesía sólo debió haber buscado elementos bondadosos, nada terribles; sólo án-

geles y criaturas hermosas; únicamente flores, niños, primaveras y mujeres bellas. Parece que sólo debió haber cantado la luz y la verdad. Estos temas, ciertamente, han sido aprovechados por los poetas. Pero también es cierto que las grandes obras poéticas se refieren a elementos terribles, catastróficos y diabólicos. En el Ramayana se relata la guerra en que Rama triunfa sobre el enemigo de los Dioses llamado Ravana, quien es un príncipe de los demonios y es además soberano de Ceilán. En los cuentos de Las Mil y Una Noches actúan intensamente los espíritus malignos; de la lámpara de Aladino surge un genio poderoso, terrible y mercenario, que trabaja a favor del que posee la lámpara y que actúa contra los demás. En las obras homéricas una parte de los dioses lucha contra los hombres y lucha malignamente, es decir, asumiendo el papel del demonio. En la Eneida virgiliana los troyanos se encuentran con las arpías; además corren el riesgo de caer en manos de los cíclopes. Todas las grandes obras poéticas están hechas a base de los príncipes del mal. De modo que la poesía maneja más demonios que ángeles; no sólo criaturas bellas sino también entes monstruosos; no únicamente flores sino también dardos y espinas; no únicamente privameras sino además duros inviernos. Más que a la luz se ha cantado siempre a la tiniebla. Más que al día, a la noche. Más que a la verdad, al misterio. Lo misterioso constituye quizá la calidad más alta de toda poesía.

Se podría objetar talvez que la presencia de elementos demoníacos es asunto exclusivo de la poesía épica, en que lo diabólico no tiene otro significado que el de ser una forma más de lo sobrenatural. Pues, lo sobrenatural es indispensable a la épica. Pero, de pronto vemos que en los demás géneros poéticos no deja de jugar papel preponderante el demonio. Uno de los poetas que está más lejos de la épica es Baudelaire. Y, sin embargo él es uno de los que más de cerca siente al demonio. Citaremos algunos de sus versos:

*"En la almohada del mal Satanás Trimegisto
va meciendo nuestra alma con siniestra piedad;
y su mordente químico, saviamente previsto,
hace un polvo sutil de nuestra voluntad."*

Y estos otros versos del poema "Don Juan en los Infiernos":

*"Con los senos pendientes y las ropas rasgadas
las mujeres, convulsas de su último deseo,
gran rebaño de víctimas por él sacrificadas,
iban tras él, haciendo un largo clamoreo."*

Y este mismo poeta tiene una estupenda letanía a Satanás:

*"Tú, que sabes del mundo en que grietas sinuosas
el Dios celoso oculta las piedras preciosas,
Satan, apiádate de mi larga miseria!
Tú, cuyo ojo conoce los hondos arsenales
donde duerme el suntuoso pueblo de los metales,
Satan, apiádate de mi larga miseria."*

Y podríamos ir enumerando voluminosos tomos de poesía diabólica. Bastaría con que recordáramos el Fausto, por Goethe. Y esto que sólo nos referimos a la poesía. Si explorásemos los campos del relato, del cuento, de la novela, encontraríamos al demonio viviendo en las más ricas y más variadas formas. Y, si pasamos de la literatura a las otras artes, por ejemplo, a las plásticas, nos hallaremos ante un vasto mundo de demonios. Ha sido precisamente el arte religioso, la escultura de los grandes templos cristianos del Medioevo, la que ha realizado infinidad de figuras demoníacas en los bajorrelieves de los tímpanos, en los frisos, en los capiteles historiados.

El arte de los pueblos antiguos como Caldea, Asiria, Babilonia, está lleno de toros alados, de serpientes, de raros leones; estos seres, en definitiva, son demonios. La misma esfinge egipcia lo es.

En este tema podemos hacer la siguiente ordenación:
Primero.—El hombre está rodeado de demonios.

Segundo.—Los demonios no son seres substanciales, sino imaginarios.

Tercero.—Los demonios son formas de expresar el misterio, el miedo, lo pavoroso. El hombre tiene propensión a buscar lo infernal.

Cuarto.—En el arte, y particularmente en la poesía, el demonio es un elemento de belleza. El diablo, es decir, lo malo, es quizá más bello que lo bueno. El infierno es más hermoso que el cielo. Sobre esto no cabe discusión, puesto que las grandes obras poéticas así lo demuestran. He aquí que el arte contradice por completo a la filosofía, la cual, frecuentemente, y por medio de grandes mentalidades, se ha esforzado por probar que lo bello es lo bueno. Aquí tenemos a la poesía en contraposición con la filosofía y, en cierto modo, también con la ética.

Conclusión de lo dicho: el demonio es para el hombre una necesidad espiritual. **Lo diabólico es amado y deseado por la naturaleza humana.** Esto se comprueba hasta en el campo del amor. El Don Juan no es un hombre bueno, sino una especie de demonio; a tal punto no tiene nada de hombre bueno que, a menudo, se lo manda a los infiernos. Nunca se mandó al cielo a Don Juan. Y sin embargo este hombre malo, esta especie de demonio es el que conquista los corazones, es el buscado y llorado. En amor, triunfa el malo. El bueno es precisamente aquel que no cosecha. Luego, pues, lo diabólico ejerce una extraordinaria sugestión para el ser humano. La religión explicará esto diciendo que el diablo tiene la cualidad de ser tentador y sirve precisamente esta cualidad suya para probar la fortaleza de las almas. Esto podría ser una explicación, pero nada más. Pues, el bien debería ser superior al mal, o no existir.

Tratemos de explicarnos un poco más.

Si el hombre vive rodeado de demonios ¿qué razón hay para esto? La ciencia diría que el hombre es así porque to-

davía ignora muchas cosas, porque todavía hay que culturizarlo. Se diría también que todas las formas demoníacas que asaltan la mente no son sino el rezago oscuro de la vida del hombre primitivo, repeticiones de la manera como reaccionó el hombre primitivo ante la vastedad de la naturaleza. Puede explicarse también este asunto como que han sido las religiones las que han creado los infiernos y sus demonios para atemorizar al hombre y llevarlo así por el camino del bien. Todas estas explicaciones tienen su lógica. Pero, hay una laguna, un vacío que no se explica ¿Cómo es que el arte que tiene por objeto expresar la belleza, se preocupa tanto de lo diabólico? Que la religión se preocupe de este orden de cosas, es aceptable. Pero, el arte por qué? ¿De qué modo obra la naturaleza humana para encontrar belleza en lo satánico, en lo maligno? Por qué el Infierno del Dante que geográficamente no se halle en parte alguna es sin embargo tan patético y tan maravilloso?

Se podría dar a esto una doble respuesta: una de carácter psíquico, mental; otra de carácter vital, biológico.

Primera.—El hombre primitivo actual que mora en las selvas en estado de salvajismo, es semejante al hombre de las primeras épocas, de las más remotas, de la historia humana. Por él se puede saber lo que fuimos nosotros, los actualmente civilizados, hace varios milenios. El hombre primitivo actual, el de las selvas del Brasil, el de la isla de la Pascua, vive todavía una edad mágica. Una edad que le permite explicar todo lo que sucede a su alrededor por medio de milagros, por medio de un animismo ingenuo que concede voluntad a los vegetales, a los animales y a los minerales. El hombre primitivo actual vive en plena, en absoluta superchería. Las supersticiones son lo que más caracteriza al estado mágico. Vemos como dicho hombre primitivo está cargado de tatuajes; y de tatuajes terribles que imitan las más monstruosas serpientes, imitan las aves feas, las fieras selváticas, todos los seres que le atormentan en el campo de la realidad. Cuál es la causa de este fenómeno?

Sencillamente, la de que el hombre primitivo actual cree que al dibujar sobre su piel las monstruosas y terribles serpientes, adquiere materialmente las propiedades de los reptiles. Dibujando tigres sobre su cuerpo cree ser como esta fiera, y dominarla. Encubriéndose detrás de máscaras horripilantes y fantásticas supone que se vuelve poderoso y que domina todas las dificultades que se presentan en torno suyo. También la humanidad actualmente civilizada, cuando vivía su edad primitiva, en la época de las cavernas dibujaba y pintaba en las paredes de las rocas los animales a los que necesitaba dominar, tales como los caballos, los renos, los rinocerontes. El hombre primitivo estaba y está poseído de la idea de que con las imágenes de las cosas y de los seres es posible ejercer acción a distancia. Tal es la principal aspiración de la magia. Todavía esos brujos, esos adivinadores e iluminados que viven entre nosotros, entre los hombres cultos, creen que pueden actuar a distancia, hacer daño a una persona ausente operando sólo sobre una prenda que le haya pertenecido o sobre un retrato, o cualquier clase de imagen. Los mismos hombres cultos que somos nosotros, en el fondo de nuestra alma, no vemos en el retrato de una persona querida un simple elemento de recuerdo, sino que al retrato le damos un significado de acción a distancia, un significado mágico.

Qué es lo que queríamos demostrar con todo esto? Que la mentalidad de lo mágico —y así lo enseñan los psicólogos— no es sólo el resultado de la ignorancia, no es una falla de la ciencia, un desconocimiento de la relación de causa a efecto; la mentalidad de lo mágico es el producto de un deseo que tiene el hombre de ser poderoso, de un deseo de salvar lo insalvable, de alcanzar lo inasible, y de poder lo imposible. El sentido de lo mágico no es solamente un asunto de la historia de la civilización, sino una cualidad constante del espíritu, una fuerza anímica que nos ayuda a vivir, que nos ayuda a aferrarnos al mundo. Por esto es que

nuestra vida civilizada se halla también llena de simbolismos, de supersticiones, de asuntos mágicos. En este aspecto seguimos siendo como los hombres de hace varios milenios y también como los hombres de las selvas del Brasil, y como los pascuanos. Por esto es que aceptamos con agrado, a pesar de nuestra elevada civilización, tantas fábulas, tanto relato misterioso, tantos infiernos como el del Dante; por esto aceptamos en nuestra vida actual, con placer, toda una enorme variedad de demonios que puebla nuestros libros, nuestro cine, nuestro teatro, y especialmente, nuestra poesía. He aquí una explicación de por qué toleramos al demonio y de por qué los entes malignos ejercen encanto en nuestra vida; son bellos, más bellos que los seres angelicales, tal como lo demuestran las artes y de un modo evidente y magnífico, el arte poética. He aquí como Goethe realmente es un sacerdote de magia; he aquí como Baudelaire es un mago. He aquí como la poesía oscura de Mallarmé es un tratado de magia, un tratado sólo para iniciados, no para el vulgo. He aquí como la poesía no tiene que ver nada con la ciencia, la cual sólo trabaja con la relación de causa a efecto. La poesía quiere captar lo que escapa a esta relación. He aquí como la poesía es una sabiduría profunda.

Segunda.—El demonio puede ser también un agente que juegue papel constante en la evolución de la Humanidad. De otro modo, ya lo habríamos desechado y olvidado, como hemos olvidado tantas cosas. En la poesía, y en general en las artes, las figuras demoníacas, los infiernos, tienen por objeto llevarnos hacia lo misterioso, hacia la tiniebla que tanto sugestionan. Ya hemos dicho que lo misterioso es la más alta calidad poética. En nuestra evolución individual tenemos edades en que la aptitud para lo misterioso es más acentuada; estas edades son la infancia y la adolescencia. Cuando niños hemos visto a los más raros fantasmas. Cuando adolescentes hemos recibido las más frescas acciones del cosmos. Hemos recibido en nuestra

sensibilidad y no tan sólo en el entendimiento, la vivencia de lo universal. Lo cósmico es lo que produjo en nuestra psicología el terror. Nuestro universo tiene también, como seres objetivos, sus demonios, sus espíritus sombríos que acuden en la noche hasta nosotros, viniendo de los más lejanos planetas, descolgándose de las copas de los árboles, surgiendo de los meandros de los ríos, desprendiéndose desde lo alto de las nubes, saliendo de las murallas de las montañas. Hemos vivido el terror cósmico cuando niños y cuando adolescentes. Pensemos que la evolución individual se parece a la evolución colectiva, a la de la Humanidad. Y, por tanto, en otras épocas, la humanidad también vivió el terror ocasionado por los fenómenos naturales, huyó ante la espada que rompe los cielos y desata las tormentas; se extasió ante el fuego natural; adoró a los bosques, vivió en un mundo alado, lleno de aves fenomenales. Pues bien, el diablo, en el concepto que de él actualmente nos hemos formado, tiene por su naturaleza misma, la misión de despertar en nosotros el terror. O sea que, es un agente anímico para hacernos vivir los tiempos remotos del mundo, para refrescar en nosotros las emociones dormidas en la inconciencia, las emociones que tuvieron nuestros antepasados de la época de las cavernas y de la edad de piedra. Por qué se establece este eterno retorno del alma humana hacia los primeros días de la creación, hacia el capítulo del génesis, hacia los primeros días de la cosmogonía?... Es esto necesario?... Es posible que esta tendencia regresiva, este eterno devenir hacia lo salvaje, provocado en nosotros por las figuras diabólicas, sea una imposición, un mandato de la naturaleza para detener la rapidez de la evolución, para impedir que muy pronto llueva sobre el mundo la ceniza definitiva de la senilidad. En este caso, lo diabólico jugaría papel en la evolución de la humanidad, a la manera de una lucha del hombre contra el tiempo. El hombre es como un gusano, como un átomo, como una pequeñísima cosa en la vastedad del universo. Este pequeñísimo ser que es el hombre se ha

forjado ilusiones; desde el fondo de su vida finita ha sido capaz de concebir en su mente el concepto de lo infinito, desde su pobre materialidad transitoria ha sido capaz de hablar de la eternidad. Está siempre buscando defenderse de esa fuerza que convierte en átomos a todos los estados de la materia, que convierte en nada todas las ilusiones. Ese hombre se ha aferrado a los demonios, a los seres malignos, finje luchar con ellos, pero esto es sólo quizá un modo de tratar de detener la marcha de la destrucción... Puede que sea el demonio el que trate de lleváenos hacia lo pasado, hacia lo juvenil de la humanidad. **Es posible que el demonio sea la verdadera divinidad de la juventud.** Por eso es tan querido y tan admirado. Por eso en el sexo femenino ejerce tanta sugestión.

La poesía, uno de los productos más definitivos del hombre, es un espejo, un estanque, en donde no se ve el narciso de la mitología, sino el demonio de la ilusión de todos los tiempos. Por eso es que los poetas necesitan un largo aprendizaje dentro de sí mismos, dentro de los misterios que sólo ellos saben, dentro de su mística del universo, que no otra cosa es el arte poética. Así se explica que la poesía sea siempre misterio. Así se explica que sea el arte de hablar sobre lo inefable. La poesía es una mística hemos dicho: tiene sus santos. Su Santo Homero. Su Santo Virgilio. Su Santo Goethe. Su San Carlos Baudelaire. Su San Stephane Mallarmé. Su San Pablo Valery. La poesía ha tenido estas lámparas terribles que, por los siglos de los siglos, seguirán consumiéndose!

Quito, 1945.

J O S E A L F R E D O L L E R E N A

EL PERIODISMO EN LA POST-GUERRA

Voy a hablaros en esta tarde acaso de asuntos demasiado prosaicos que no tienen tanto que ver con el pasado cuanto con el presente y con el futuro. Carece una charla sobre periodismo de la añeja profundidad de las cosas maduras sobre las viejas civilizaciones, o autorizadas por la experiencia de siglos que les comunica una como sospechosa herrumbre de santidad. Porque el periodismo, si bien puede tratar sobre las cosas más antiguas y más nuevas, es, como institución solamente una creación de ayer; el primer periódico se imprimió en 1622, o sea mucho después de la invención de la imprenta y de que se utilizara las primeras prensas en difundir barajas y biblias, productos iniciales del "Arte Negro", el de los que escribían cosas para la lectura de los más. Es por eso el periódico, uno de los más nuevos elementos del hombre moderno, no tan joven como la radio o el teléfono, pero nunca tan viejo como el carro de guerra, la catapulta, el arado o la momificación.

Las que sí son antiguas como el hombre son la raíces de este fruto que vino a ser el diarismo en el siglo XVII. Aquellas raíces definidas en uno de los más nobles y fértiles elementos de la inteligencia humana, la curiosidad. Esta condición que los psicólogos elogian como la más vital manifestación del hombre ante los fenómenos circundantes, es también acusada de ser responsable por todo el desarrollo de la religión y después de las ciencias.

El hecho de preguntar ¿por qué? a todas las cosas, caracterizó al homo sapiens ante el mundo de sorpresas que le rodeaba. Y así surgió la explicación mágica, sencilla y tabuada, así vivió el milagro y la mitología, y así se abrió paso muchos siglos después, la sobria explicación científica que inventó el uniforme de los silogismos para la defensa estratégica de la verdad.

Pero he de acudir a esta dichosa curiosidad para justificar la exigencia y la urgencia que son más que la existencia del periodismo. Desde el delicado pasaje bíblico de la curiosidad de la primera pareja que produjo el primer placer y el primer dolor, facetas perennes de la vida, hasta la cómico-trágica curiosidad, unas páginas más adelante, de la mujer de Lot, hay la misma perennidad del afán de averiguación que lo mismo lleva a su exploración irreverente al incrédulo Tomás, que al Almirante Colón a lanzarse en busca del despeñadero de su esfera demasiado pequeña, o al Dr. Fausto a sacrificar su alma para dar gusto a su prometéica intención de averiguarlo todo.

Esta curiosidad es ahora una condición de civilización y no solamente una actitud de extravagantes asociados del demonio. Esta curiosidad mueve al científico a investigar en sus retortas o en sus herbarios, y al erudito agotar sus retinas sobre las entrañas de las bibliotecas. Pero además, esta curiosidad mueve a los individuos de todas las clases sociales a cumplir con una exigencia de la vida moderna, el ser individuos informados. ¿Informados de qué? De todo cuanto sucede en torno nuestro, en nuestra ciudad, en nuestro país, en nuestro continente, en nuestro siglo.

Es el sino y la condición de ser hombres del mundo nuevo; este de tener la noción minuciosa del minuto que nos circunda y de contar con detalles de cuanto acontece junto a nosotros o en nuestra distancia, pero simultáneamente con nuestra vida. Es esta inquietud de saber siquiera lo vago y fútil de los acontecimientos, pero controlarlos al fin con nuestra inteligencia, lo que nos preocupa en nues-

tra condición de hombres sigloveinteavos y lo que define la existencia y el incremento del periodismo. Ya no está, pues, toda la tragedia en ser analfabeto; la tragedia está en ser indiferente, porque el hombre que sabe leer y que no se preocupa por lo que acontece en su mundo, es verdaderamente pieza de museo, o extraño espectador, o menos que eso, minúsculo parásito de nuestra colectividad.

Por otra parte ayer pudimos crear el momento de la cultura individual y así el caso aislado del hombre enciclopédico, el potentado de la alta cultura. En la gran llanura de la ignorancia los libros existentes se alzaron en pináculos y allí se instalaron, etéreos, superiores, sublimes si se quiere, los hombres que habían hecho sus pedestales de toda la sabiduría de su tiempo. Pero han pasado los siglos y los libros se han multiplicado con los días y apenas pueden destacarse sobre la llanura, hoy cubierta de volúmenes, esos antiguos monumentos de ayer. Los hombres surgen por todas partes junto a la palabra impresa y simultáneamente con este advenimiento que es el de la masa a la vida de los países, surge la necesidad del elemento cabalístico que permita desenvolver el problema del exceso de información y de la falta de tiempo. Así el diario reúne la sabiduría y la experiencia del hombre de estos tiempos para resumirla en la información veloz, condensada, completa. Es el tiempo de las nuevas corrientes. El humanismo de ayer que permitió el caso desperdigado del erudito de todos los órdenes que lo mismo nos hablaba de arte, de geografía, de poesía, o de astronomía, ha empezado a ceder paso al especialista de mañana que conoce con precisión cierto aspecto de su paisaje y que coopera en una mejor armonía del conglomerado social.

Y entonces queda un solo representante de esa capacidad dilettante en nuestro mundo especializado. Con la extraña especialización de enfocar todos los temas y de brindarlos en lenguaje sencillo y conciso, medio profanándolos y medio disecándolos en beneficio de este siglo de las mu-

chedumbres. Pero medio eternizándolos también como en las estilizaciones funerarias de los egipcios. Y así el periodista, el hombre que no tiene tiempo para la reflexión madura, para el estudio reposado y paciente sino para la torturante misión de resolver problemas en la mitad del minuto y de afrontar responsabilidades calificando los hechos casi simultáneamente con su producción.

Aunque parezca una paradoja, aunque se encuentre la sonrisa escéptica sobre la posibilidad de situar el periodismo como una profesión, es un hecho que es, en la actualidad, una profesión respetable, sintomática de la existencia de las democracias y paralela al desarrollo económico de los países. Es también el periodismo profesional un símbolo de la aproximación universal de los pueblos que crece con la manera internacional de pensar en contraste con el nacionalismo egoísta y minúsculo que hasta ayer ha causado las guerras.

Es indispensable analizar al periodismo como profesión para darle todo el carácter permanente y respetable de institución con fines propios y duración ilimitada. De otra manera, tendremos que hacer el periodismo de ayer. El de los largos artículos que reflejaban una erudita y magistral meditación filosófica con defensas o ataques igualmente biliosos, de cuestiones tan remotas como las jornadas del génesis o los ritos de tal o cual religión, o sobre la esencia jurídica de tales o cuales proyectos de modelación política. El artículo magistral e interminable que sirvió para llenar las horas pausadas de nuestros abuelos y mantener la vigilia inofensiva entre dos siestas, no halla oportunidad en nuestro mundo. En todos los continentes el periódico ha dejado de ser órgano de publicidad del ensayo y el ensayo se ha elevado a su noble plano del libro y de la revista. El periodismo ha tenido que aceptar un papel menos literario quizá pero más modestamente humano, simplemente porque trata de satisfacer las aspiraciones de los más, que lógicamente no son los más eruditos. El periodis-

mo tiene que afrontar las urgencias multitudinarias y que resumir día tras día y hora tras hora, sin minuto de retardo, la pulsación de un mundo cada instante más amplio en sus problemas, más chico en sus distancias y más numeroso en sus manifestaciones.

Así ya no cabe tomar el periodismo como medio para otras finalidades. Ya no es el periodismo estación de paso para las actividades o profesiones medidas para intervenciones políticas o elaboración inicial de prestigios con otros mirajes. El periodismo es un fin en sí. Es decir, ha llegado a la mayoría de edad y se ha consagrado en una profesión.

Las escuelas de periodismo que desde comienzos de este siglo se extienden por las principales universidades del mundo, consagran ya en los países más adelantados este profesionalismo periodístico. Son numerosas esas escuelas, algunas de las cuales han graduado ya hasta cuarenta cursos anuales de nuevos periodistas, quienes han salido a sufrir la sonrisa escéptica de quienes estiman que el periodismo no es una profesión universitaria sino una especie de don innato que solamente ha traído al mundo unos pocos privilegiados.

Expliquemos una escuela universitaria de periodismo para convenir o no en si el periodismo merece ser considerado una profesión en nuestro tiempo.

¿Qué enseña una escuela de periodismo? Tomemos por caso las más grandes de estas organizaciones, la de la Universidad de Missouri o la de la Universidad de Columbia, la primera la más antigua, la segunda la más grande de la actualidad. Lógicamente no le enseñan a escribir, porque suponen que quien ingresa a la escuela, es ya un graduado universitario que tiene además experiencia periodística, por pequeña que sea, como para definir en él una perseverancia de esfuerzo que es característica de la especialización. Ahora bien, en los Estados Unidos existen en estos instantes dos grandes grupos de periodistas. Los unos re-

presentan la tradición y la experiencia. Son periodistas viejos de gran capacidad que generalmente ocupan posiciones directivas de los diarios; ellos miran con desconfianza al periodista graduado universitario porque no creen que este pueda reunir los conocimientos que ellos acumularon en duros años de lucha, minuto a minuto, desde cuando entraron como mensajeros o barrenderos de las empresas siendo unos adolescentes, hasta cuando fueron redactores o llegaron a directores de las mismas en magnífica trayectoria de esfuerzo vital. Pero acontece que los profesores de las escuelas de periodismo son precisamente los mejores de esos periodistas de noble práctica, cuyo plan de estudios consiste nada más que en brindar en un año a los estudiantes, con las mejores facilidades y las modernas técnicas, aquella experiencia que ellos acumularon en diez. Claro que este es un camino más fácil que lo aprovechan las nuevas generaciones y así los periodistas prácticos, dirigentes de grandes rotativos como el New York Times, el Herald Tribune, o cualquier otro, no solamente dictan clases que no son únicamente teóricas sino valiosamente prácticas. Además sistematizan sus conocimientos de una vida en textos que son métodos de estudio y que acrecen diariamente la ya rica bibliografía del periodismo profesional.

He aquí, pues, el sentido de las escuelas de periodismo. Y entre aceptar un aspirante a periodista que no tenga sino la recomendación amistosa o la contingente promesa de aprender cuanto se le indique, y el hecho de aceptar un muchacho graduado en una magnífica escuela que no quiere sino empezar modestamente el trabajo en la profesión para la cual se ha preparado, las grandes empresas mundiales de periodismo y noticias comienzan a dar la razón a las universidades; y ya puede asegurarse que casi un 40% de los periodistas norteamericanos, por ejemplo, y un porcentaje bastante mayor de los famosos periodistas contemporáneos, son graduados, es decir, profesionales del periodismo, sintomático de los tiempos nuevos.

Así justificada la universidad con su escuela de periodismo, podemos mencionar algunas de sus materias de enseñanza.

E insisto en este punto, porque en nuestro país se comienza a hablar de Escuelas de Periodismo, precisamente porque muchos países latinoamericanos lo han hecho. Existe ya en sus comienzos en la Universidad Central, en una sección de extensión cultural una escuela que inicia su segundo año de actividades y que tiene buenos propósitos de progreso.

En la actualidad funcionan regularmente escuelas de periodistas en México, en Argentina y en Cuba, las mismas que han sido precedidas con muchos años por facultades universitarias norteamericanas análogas, siendo la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia la más conocida y prestigiosa de un país que cuenta con más de 44 millones de ejemplares diarios de periódicos en circulación.

La importancia de la Escuela de Columbia no es solamente reconocida en los Estados Unidos, sino en toda la América Latina, en donde son célebres los premios Pulitzer en periodismo, letras o música, que se conceden anualmente a los mejores autores norteamericanos, las medallas María Moors Cabot que se otorga a periodistas y periódicos de América que han contribuido al entendimiento y aproximación entre países americanos; los periodistas reciben medallas de oro y el periódico una placa de plata, proveyendo la escuela los gastos necesarios para el viaje de los designados. Numerosos periodistas latinoamericanos han obtenido esta honrosa distinción.

La Escuela, fundada en 1912, debe su existencia a un periodista de infatigable actividad y de visión amplia, Joseph Pulitzer, quien decía que "una prensa cínica, mercenaria y demagógica, llega a producir al fin un pueblo análogo" y que "el poder de modelar el futuro de las repúblicas estará en manos de los periodistas de las generaciones venideras". Fué con esta idea que Pulitzer donó su cuantiosa

fortuna a las finalidades educativas y rectificadoras de una escuela que exaltara las mejores virtudes y prácticas del periodismo y de la opinión pública.

De todos los rincones del mundo concurren estudiantes a la Escuela que tiene su edificio en el "campus" de la Universidad, en la calle 116 y Broadway, en Manhattan. El hecho de que Columbia sea una universidad neoyorquina brinda la mejor oportunidad a los futuros periodistas, pues no hay duda que Nueva York es actualmente el centro mundial de reunión y distribución de noticias, y que cuenta con periódicos de primera categoría, además de las facilidades de radio, televisión, cinematógrafo, transportes, negocios, etc., que caracterizan a la gran ciudad. Los premios otorgados en los últimos tiempos por jurados capaces e imparciales, permiten afirmar que el "New York Times" es el periódico más veraz y en muchos conceptos "mejor" de los actuales tiempos; que el "New York Herald Tribune" es el periódico mejor hecho, en presentación gráfica especialmente, aparte de que es neoyorquino también el "Daily News", cuya circulación dominical de 3 millones 700 mil ejemplares no ha sido aún sobrepasada.

En la Escuela de Periodismo se acepta como alumnos solamente a graduados universitarios. Los profesores son periodistas que trabajan en rotativos de Nueva York. El "Times" es la autoridad más reconocida, aunque hay grupos de distinta opinión en el curso de las conferencias. El Decano de la Escuela es Carl Ackerman, graduado en la Escuela en 1913 y que ha sido corresponsal de la United Press, del Saturday Evening Post y del Times en varios países; su opinión es ampliamente respetada en los órganos periodísticos del continente. Los demás profesores son veteranos periodistas también: Theodore M. Bernstein, editor de noticias extranjeras del "New York Times" y Robert E. Garst, jefe de información del mismo, dirigen una clase práctica en la cual se imprime una hoja modelo llamada "La Primera Página" y que enseña redacción, corrección

y armada del diario, tanto con noticias locales como con las que llegan por las teletipos de la AP y UP de la clase. Otros profesores son Richard Tobin, director de noticias de radio del "New York Herald Tribune", Paul W. White, director de noticias de Columbia Broadcasting System, y periodistas y escritores consagrados como el crítico literario del Times y editor literario de "Harpers Magazine", John Chamberlain, el antiguo periodista Roscoe Brabazon Ellard, el director de la investigación de la revista "Fortune", Elmo Roper, el escritor Thomas Ybarra; el más viejo de todos los profesores de la Escuela, Robert Mac Alarney, la redactora de revistas Eleanor Carrol y varios otros.

Para describir un día de clase, diré que cada alumno cuenta con su escritorio y su máquina de escribir. Las horas de trabajo son de 9 a 5, con un respiro de media hora para bajar al restaurant de la facultad a tomar un vaso de leche y un sandwich. Según el horario, se hace unos días trabajo de reporteros, o se asiste a seminarios de crítica literaria, o se sigue un curso de fotografía periodística, o se redacta artículos de revista, o se discute página editorial y se editorializa acerca de los tópicos actuales.

La Escuela es severa en diferenciar el trabajo informativo de lo editorial; el reportero jamás debe editorializar y debe limitarse a consignar los hechos limpia y adecuadamente. El editorialista, en cambio, debe investigar hasta la saciedad y, con gran acopio de datos, debe establecer sus antecedentes y llegar a conclusiones; los editoriales vagos, que no sugieren nada, que no aconsejan algo o no dicen nada, son una pérdida de tiempo para el redactor, el lector y el dueño del diario.

COMO DEBE SER UN ARTICULO

El artículo debe ser al mismo tiempo breve, completo, compacto, terso y oportuno. No todo el que sabe escribir o que escribe tiene que ser necesariamente buen periodista.

La redacción constituye solamente una parte del proceso periodístico del artículo, que es la que menos se aprende en la Universidad. Los elementos de concepción del artículo y documentación del mismo son precedentes tan importantes como su redacción. Después, debe haber sistematización, porque se supone que la lectura de un periódico debe ser lo más fácil posible para el público a quien hay que suponerle siempre ocupado y cansado. Es en su beneficio que el mayor trabajo de periodismo no se hace con la máquina de escribir, sino con el grueso lápiz de redacción, tachando y remendando, suprimiendo cuanto más se pueda, en la lucha terrible entre el horario cotidiano y la necesidad de entregar un producto lo mejor acabado posible.

Por fin, hay que desechar la idea de que el periodismo puede seguir siendo personal: la mayor faena del periódico es anónima y corresponde a mucha gente que vigila, que dirige y que llena los detalles. En el periódico nuevo como en la Universidad intervienen varios estudiantes para preparar un artículo: uno prepara el material de consulta, otro redacta, otro organiza el primer párrafo que debe ser un resumen de todo el conjunto mientras la redacción general debe ser cronológica, otro estudia la colocación en la página y el material gráfico y otro prepara el título; hay quienes dicen que la última es la labor más difícil, pues el título es el anzuelo con el cual se va a conseguir la atención del lector, teniendo que limitarse ya no a pocas palabras sino a pocas letras; en ellas tiene que "decir todo" lo que está en el artículo. Es evidente que el idioma inglés y la agilidad del mismo le dan mayor capacidad de síntesis y de condensación de idea que en el castellano, en el cual, si bien más elegantes y completos, no podemos ser tan breves. El número de palabras en los titulares de páginas norte y sudamericanas explican la cuestión.

Otra máxima de la Escuela es la de poner por escrito cuanto se le ocurre al individuo. Si se concibe un artículo y se lo tiene preparado mentalmente, lo mejor es escribir cuanto sea posible para entonces completarlo, corregirlo

y rehacerlo. En los grandes periódicos se desconfía de los "genios" que escriben una columna y la envían a la imprenta sin mirarla; todos saben que hacer eso es sencillo, lo difícil es tener la conciencia y la paciencia de releer y corregir. Muchos proyectos de artículos, en cambio, no llegan a completarse jamás, por falta de resolución de sentarse ante la máquina y comenzarlos.

EXAMENES Y CONFERENCIAS; PRACTICA

El trabajo diario se hace en forma de tareas colectivas o individuales. Cuando se hace reportajes, se asigna los temas en la mañana y los estudiantes van por la ciudad a cumplirlos. Entrevistas al Alcalde, visitas a un museo, asistencia a una inauguración, descripción de un partido de fútbol, de una conferencia, de una obra teatral, de un incendio, etc. La hora final, el cierre, Dead-line, es decir, la hora en que se debe entregar el artículo, es la preocupación principal del reportero, mientras corre por los subterráneos, los autobuses y las avenidas de Nueva York; tiene que ser breve en sus preguntas; tiene que verlo todo y recordar una gran cantidad de números de teléfonos, direcciones, nombres, caras y descripciones. A la gente no le gusta que le averiguen cosas; hay que hacerlo con diplomacia, pero tampoco hay que perder tiempo, porque el periodismo es un trabajo en que la prontitud repercute en la competencia.

Una clase interesante fué la de cómo se escribe artículos fúnebres. Nos dieron una lista de nombres de personajes célebres en la actualidad; estábamos en la obligación de conocerlos a todos, militares, boxeadores, obispos, presidentes, escritores, artistas; las calificaciones después se referían al número de acierto. Se distribuye la importancia de los individuos medida en columnas y se nos ordenó redactar en dos horas el artículo, investigando en la biblioteca, en libros y recortes que mantienen un enorme personal constantemente ocupado entre los interminables anaqueles.

Otra clase versó sobre el tema sugestivo: "Cómo obtener un empleo", insistiendo en el sistema de solicitarlo por escrito diciendo lo que se sabe hacer. De los cuarenta y siete estudiantes graduados, a los pocos días, cuarenta y cinco contaban con colocaciones periodísticas, en diarios, revistas, radiodifusoras; el ochenta por ciento eran muchachas. Otra vez nos dieron una clase sobre problemas del Lejano Oriente: otras, sobre que la gente de catorce años de edad es la más importante para las campañas de anuncios porque es ella la que origina los mayores gastos de la familia. Esta era una clase de Psicología de Interés Humano. En una vez nos enviaron a "cubrir" los imaginarios bombardeos de sectores de la ciudad. En otras, completamente en serio, fuimos en grupos de seis u ocho a hacernos cargo por un día de pequeños periódicos vecinos a Nueva York, con circulaciones entre quince a treinta mil ejemplares, mientras el personal completo del diario tomaba vacaciones y nos afanábamos porque no sucediera nada terrible.

He aquí un resumen de lo que hace una escuela de periodismo, que justifica su trabajo y que además cumple una función panamericanista puesto que ya, solamente en el caso de la Universidad de Columbia, sus últimos catálogos demuestran que cuenta con graduados en México, San Salvador, Tegucigalpa, La Habana, San José, Panamá, Bogotá, Quito, Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro.

Estas escuelas son baluartes del periodismo informativo y de construcción que es típico del siglo XX y que ha reemplazado al especulativo y de combate que existió en todos los países del mundo como expresión del siglo XIX. Y entonces la oportunidad de la noticia o del comentario que no puede ya versar sobre acontecimientos de la semana anterior, la imparcialidad de los mismos que no permite opacar en determinado sentido o torcer la significación de un hecho, y la brevedad de la información o del comentario,

son características del nuevo diario que ha sido ampliamente desarrollado en las guerras y se ofrece como un campo nuevo sobre el dintel de la paz.

Porque hay que suponer, o mejor dicho, que admitir que el hombre de la segunda mitad del siglo XX al cual nos dirigimos, ya no es el hombre capaz de reunir toda la sabiduría de su tiempo. Cuando Aristóteles entró en su madurez hace 23 siglos, se afirma que acumulaba toda la cultura de su tiempo. Pero desde entonces hasta hoy el trabajo de la humanidad, precisamente gracias al desarrollo de las normas de pensamiento que sentó brillantemente el estagirita, se ha cristalizado en tan complejas ramas de saber. En tantas especializaciones científicas que su clasificación misma apenas podría, sino establecer enormes grupos de actividades análogas frente a la gran herencia de los siglos y de los hombres, la civilización actual. Por eso se acentúa, no como síntoma prosaico o vulgar de estos tiempos sino como realidad que tenemos que aceptar y afrontar en la mejor forma, simplemente con más veloces actitudes mentales, la presencia de la revista que condensa y el periódico que informa lo más palpitante para dejar a la producción millonaria del libro el análisis un poco más detenido de los hechos y de los nuevos problemas.

Es por eso que el periodismo moderno está obligado a considerar que su lector es un individuo atareado y nervioso. Un hombre torturado por esos mil problemas sociales y económicos de estos tiempos que no podemos ignorar y más preocupado que el de ayer por lo que acontece más allá de su castillo de marfil y de sus fronteras nacionales. Entonces el periódico tiene que ser admitido como elemento de cultura permanente antes que de barricada transitoria, porque mantiene al día al hombre educado que quiere saber lo que sucede en su episodio vital y que trata de utilizar su preparación universitaria, de biblioteca o de laboratorio, acerca de los demás terrenos que no tienen que ser

vedados y que aparecen en esa minúscula y siempre actual enciclopedia que es el diario moderno.

Y he aquí que el periodismo que empieza a ser indispensable como lo puede probar toda ciudad de significación en un rincón cualquiera del mundo en el día en que carezca de periódicos, es también uno de los fundamentos y de los símbolos de la democracia.

Acaso sería muy difícil imaginar una república sin periódicos. Las luchas por la libertad de prensa han sido anteriores al establecimiento de las repúblicas; mejor dicho, antes que las batallas de los ejércitos, las jornadas de la pluma han precedido los hechos históricos sembrando la idea, preparando el sentimiento e informando de lo acontecido en otros lugares.

Hubo tolerancia para los primeros periodistas que decían o cantaban los acontecimientos y que eran los trovadores. Después, con la invención de la imprenta se comenzó a acelerar el trabajo de los copistas y las impresiones del siglo XV fueron especialmente religiosas. Por entonces se llamaba "arte negro" este de imprimir y producir libros que requerían de una licencia real, primera forma de control de la libertad de opinión. Enrique VIII mantuvo ya la censura, institución odiosa que creció junto con la libertad de imprenta. Y en las luchas entre protestantes y católicos se estableció la rutina de cortar las orejas a los impresores de cosas contrarias a la religión que tenía turno dominante. Además de las restricciones anteriores a la publicación, las hubo también posteriores. Y entonces surgieron los terribles castigos para los impresores acusados de alta traición o de calumniantes. Mientras Orellana descubría nuestro río Amazonas, el Parlamento Inglés aprobaba una Ley de Permisos para Imprimir que determinó el comienzo de la lucha y que estableció en los tribunales los primeros intercambios de argumentos que después habrían de condensarse en los principios liberales de Locke. Ya en 1622, como hemos dicho, aparecían los primeros periódicos.

En 1735 la conciencia que se había formado de libertad en el nuevo mundo, desde que los Peregrinos arribaron a las playas nórdicas en busca de tranquilidad para su libre culto religioso, aparece el primer periódico en Estados Unidos y desde entonces evoluciona la libertad de imprenta y se convierte en asunto de discusión entre los hombres altivos de las colonias y los hombres autoritarios de las monarquías metropolitanas. La "Gazeta de Boston" había tratado de publicarse en 1690 pero las autoridades coloniales la habían suprimido inmediatamente. En el Continente fué México la cuna del primer periódico en 1722, a donde había llegado la primera imprenta en 1535 o 36, teniendo como primer impresor a Juan Pablos, un lombardo agente de la casa Cromberg y después impresor por cuenta propia. Don Juan Ignacio María de Castorena fundó en la ciudad de México el primer periódico mencionado la "Gazeta de México y Noticias de la Nueva España", con seis ediciones entre enero y junio del dicho 1722. Era el comienzo del periodismo en América. Pero por entonces se lograba la primera imprenta en nuestro Ambato, y después, el 1760, la primera imprenta en Quito. Eran los años en que vivía Eugenio Espejo cuya perseverancia le convirtió no solamente en el primer periodista ecuatoriano, con sus "Primicias de la Cultura de Quito" en 1792, raíz de nuestro periodismo, sino también en el primer mártir de la libertad de pensar, pues fueron las ideas expresadas en su periódico las que al cabo le llevaron a la muerte causada en la cárcel por la saña de los poderosos. En 1812 un gran chileno, Camilo Henríquez, fundaba "La Aurora" y decía "he trabajado solo, solo me he expuesto al odio de la tiranía y el error". Dos años antes, en diciembre de 1810 había aparecido en México "El Despertador Americano", dirigido por el doctor Francisco Severo Maldonado y bajo los auspicios del cura Hidalgo que había empezado la revolución con sus indios y su fe en setiembre de ese mismo año. Los periódicos de América entraban en la lucha. Seguían el ejemplo

del norte, el cual, si recibió sus imprentas después que las colonias españolas, las puso antes al servicio libertario con la primacía de la revolución. La verdadera lucha por la libertad de Imprenta había comenzado en 1733, cuando un impresor: John Peters Zenger, producía el "The New York Weekly Journal" contra el cual se ensañaron sucesivamente varios gobernadores reales, manteniendo a Zenger en la prisión. Finalmente el Gobernador ordenó que se quemaran cuatro ediciones del periódico y se libertara al editor. Los tribunales negaron y el Gobernador condenó por desacato a los togados. Fué entonces cuando el más grande abogado de la colonia, Henry Hamilton, se prestó a defender a Zenger y explicó que esta era América y que la libertad de prensa no desaparecería en el Nuevo Mundo. El jurado absolvió a Zenger y él con su abogado recorrieron en triunfo las calles de Nueva York. El caso se repartió en folletos a todos los tribunales. Poco después florecía la revolución. Benjamín Franklin imprimía grabados en 1745 en su "Gazeta de Pensylvania". De los 34 periódicos coloniales norteamericanos, las dos terceras partes se pusieron inmediatamente a servir a la República. Y los principios expresados, a pesar de las persecuciones, por Samuel Adams, Joseph Quincy y James Otis, en la gazeta de Franklin, se vieron después condensados en postulados constitucionales. El primer corresponsal de guerra de la época fué Tomás Paine, al servicio de Washington.

La libertad de prensa fué aspiración fundamental de las monarquías europeas cuando se gestaba la revolución de Francia y el ejemplo de América no fué desestimada. Camille Desmoulins, el más ardiente periodista de la revolución, fué decapitado por pedir a la Asamblea que terminara el terror.

El directorio que vino después suspendió 150 periódicos y desterró a los periodistas a la Guayana. Pero la prensa triunfa siempre y vuelve siempre. Y así volvió a Francia para ser luego amordazada por el corso que perseguía

hasta a los anuncios que tenían caracteres "tendenciosos o sediciosos". La restauración monárquica volvió luego a la antigua fórmula de reconocer derechos a la prensa, pero "observando las leyes que deben reprimir los abusos de esa libertad". Y para no cometer abusos contra la libertad los periodistas tenían que merecer la venia del monarca. En 1830 los obreros, los universitarios, los alumnos de la Politécnica, luchaban en las calles de París por la libertad de la imprenta y pedían "La Libertad o La Muerte". Y en 1848, sobre más de 18.000 muertos que creyeron en la libertad de prensa, ésta volvió a conquistar sus derechos. Nadie ha luchado con más tenacidad y más vigor por esa libertad que Víctor Hugo, quien decía al general Cavaignac que "la libertad de prensa es el arma de la civilización y que dicha libertad existía antes y después de los generales". Y desterrado en 1862 rugía desde Bruselas el gran emperador de la barba florida: "A toda disminución de la libertad de prensa corresponde una disminución de la civilización. Allí donde la prensa es interceptada, puede decirse que el alimento del ser humano se interrumpe."

Hoy día casi no se discute la absoluta libertad de la prensa, excepto por parte de dictadorcillos que temen la discusión o el conocimiento exterior de sus tropelías. Hay por desgracia países en América donde la prensa tiene graves restricciones. Pero esto evoluciona, es transitorio, y el triunfo de esta guerra será el triunfo definitivo de la democracia. Para entonces los periodistas se preparan a luchar en la jornada máxima de la libertad de prensa, ya no en limitados y mezquinos dogales nacionales, sino en el reconocimiento absoluto de esa libertad en términos universales. Esa es la voz del periodismo moderno en la mesa de la paz y esa será una de las modalidades del periodismo de la post-guerra, con la libertad de comunicaciones internacionales, fundamento del futuro del papel y del aire, en prensa y radio. Los grandes dirigentes de la prensa mundial han resuelto no combatirse más, sino unir esfuerzos

para garantizar la paz. La Asociación Norteamericana de Editores de Periódicos ha sentado las bases de la libertad de prensa en el mundo del mañana propiciando los siguientes puntos principales en el presente año:

- 1º—El libre intercambio de noticias entre los pueblos civilizados para la duración de la democracia y de la paz.
- 2º—Libertad absoluta de información en periódicos, películas y radio.
- 3º—El derecho inalienable de los periodistas de movilizarse a cualquier punto del universo a ejercer su profesión con acceso igual a cualquier fuente informativa y transmitir a cualquier parte acontecimientos y opiniones libres de toda censura.
- 4º—Solamente se aceptará cierta censura militar por causa de guerra, pero habrá libertad de enviar periódicos, revistas, etc., a cualquier lugar del mundo y perifonear en cualquier dirección, a cualquier hora y solamente con las autolimitaciones de la moral y la decencia, pero sin imposiciones.
- 5º—Los periodistas se comprometen a citar el origen de sus informaciones y a responsabilizarse de las mismas.
- 6º—Los editores de periódicos norteamericanos hacen hincapié en la necesidad de que exista igualdad y libertad en el intercambio de información y en la expresión de la opinión y se declara absoluta oposición a todo intento restrictivo o monopolizador por el Gobierno o por particulares de los medios de información.

He aquí, pues, las modalidades del periodismo en la post-guerra en cuanto a su proyección espiritual y a sus condiciones libertarias. No en vano la defiende un pueblo cuyo presidente ha expresado una de las libertades fundamentales por las que lucha el mundo como "La libertad de palabra y su expresión en cualquier forma, por quien quiera y donde quiera". Y cuya constitución mantiene una disposición verdaderamente ejemplar que establece que el Congreso no aprobará ninguna Ley que limite el establecimien-

to de una religión o prohibiendo el libre ejercicio de la misma o que ponga trabas a la libertad de palabra o de la prensa”.

EL PERIODISMO EN EL FUTURO

Estas perspectivas de mejor ambiente, además de lo que hace el periodismo en la guerra actual, preveerlo con más tangibles garantías, en la organización definitiva de un mundo, que entre nuevas nociones de derecho internacional pretende sobre todo la defensa del hombre por el mejoramiento del nivel de vida en la paz y por la proscripción definitiva de la guerra.

El periodismo en la guerra actual ha definido su papel de primera línea. No solamente el hecho de que se pida opiniones a periodistas aún en los estados mayores beligerantes o en las convenciones internacionales, sino el de la presencia del periodista en los principales acontecimientos del mundo, está demostrando que la fuerza informativa que tiene la grave responsabilidad de manejar psicológicamente la opinión pública, es en realidad una de las grandes potencias de la civilización contemporánea.

Más de medio centenar de periodistas han ofrendado su vida o han sido seriamente heridos en lo que lleva el mundo de guerra. Han ido ellos, mensajeros de paz y conservadores de la opinión civil, a buscar la noticia y la imagen real de los sucesos en la misma cabina de los bombardeos, o en las lanchas de vanguardia de los desembarcos, o en los pelotones de ataque que siguen a los tanques sobre los caminos acribillados de granadas. Y esos hombres no han llevado protección alguna. Cuentan con una máquina fotográfica o una máquina de escribir o una emisora portátil, y por reglamento deben privarse de portar armas ofensivas.

Como un breve homenaje a estos caballeros del ideal y de la civilización, citamos siquiera los nombres de los

periodistas muertos en esta guerra, pertenecientes a una sola de las agencias noticiosas de más prestigio, la United Press: Webb Miller, muerto en el ataque a Londres en 140; Herry Percy, muerto en El Alamein en 1942; Jacob Simon, en Palestina, en 1942; Bryden Yaves, muerto en un avión, en 1943, en los desembarcos en Nueva Inglaterra; John Andrews, muerto en una superfortaleza durante el ataque al Japón en 1944; Jack Frankish, muerto por una bomba alemana durante la reciente ofensiva de navidad de Von Rundstedt; y Raymond Clapper, muerto en un avión en el año pasado en el Pacífico Norte.

Numerosos son los heridos y numerosos los héroes también; otro de los más famosos corresponsales de la Prensa Unida, Henry Gorrel, recibió hace poco la medalla de la Aviación por salvar a un tripulante herido en un avión durante un ataque a la costa griega. Y es larga la lista de corresponsales que sufren los horrores de los campos de concentración en los países totalitarios. Hombres como esos hicieron descripciones simultáneas presenciales de los acontecimientos de las playas de Normandía en la mañana del histórico 6 de junio de 1944. Quienes escuchábamos en las oficinas radiodifusoras de Nueva York mezclada con los disparos la voz entrecortada del corresponsal de la National Broadcasting en la playa de desembarco, sentíamos la admiración absoluta que provoca este nuevo heroísmo que obedece a la misión informativa de los conciudadanos de los combatientes, y de sus madres y esposas, hijas y abuelos. Aquellos hombres que arriesgaban su vida y que siguen haciéndolo ante un dispositivo telefónico, o tras de la lente de la cámara cinematográfica o sobre el teclado de la maquina de escribir, son en realidad modernos representantes del ideal y por ello de nuestro gran señor manchego, pues además carecen siquiera de la breve defensa de la rodela y de la simbólica proyección de ataque de la lanza de Don Alonso Quijano el Bueno.

Y así en todos los terrenos en este campo complejo del periodismo moderno. Para competir y coincidir con aquellos hombres de la vanguardia, los otros, los de las redacciones de los periódicos se turnan en largas veladas ante los receptores de noticias. Ante los aparatos que reconstruyen las fotografías tomadas a riesgo de la vida. En las cámaras oscuras que tienen que revelar películas rescatadas de un avión en llamas por el periodista que alcanzó a lanzarse al espacio en su paracaídas. Todo para ganar unos minutos, para no dejar al mundo ignorante de lo que acontece, y para facilitar las nuevas acciones de progreso que solamente pueden surgir de las informaciones completas y precisas. Así también los redactores que tienen que resumir en párrafos impecables enormes boletines de guerra, y los dibujantes que a veces tienen que apresurarse ante los generales que avanzan en sus ofensivas, para poder presentar mapas que no tengan un retraso significativo. Y los comentaristas que están dispuestos a estrujar su cerebro para enfocar con lujo de detalles y de contingencias los últimos hechos de cualquier minuto del mundo. Y los impresores que tienen la consigna de vencer al tiempo en el milagro afanoso de la precisión; y los distribuidores que aguardan la impaciencia de sus aviones para llevar a todos los habitantes de un continente la última edición del diario o de la revista que tal cantidad de esfuerzo acumulan y que así consideran cumplido su deber, por más que el primer lector prefiera dejar para el siguiente día la lectura de la información palpitante que yace junto a él como una paloma mensajera que acaba de salvar un océano.

El futuro se nos presenta como un enorme terreno de trabajo para los múltiples aspectos del periodismo. La Revista de Noticias es uno de ellos. Más acelerado, porque precisamente tiene que competir con la actualidad de la información diarística. La revista informativa realiza sin embargo una nueva función ante el lector de las metrópolis, quien vive ya la tortura del cúmulo de noticias y el bom-

bardeo mental de las innumerables ediciones diarias que tientan su curiosidad y absorben los minutos libres o estorban su horario cotidiano. La revista de noticias, sin embargo, hace el resumen; pone en orden las informaciones; analiza para guiar la opinión. Es una superestructura del periódico que, además, con la claridad de los mapas, la precisión de los comentarios y la prodigalidad de los gráficos, constituirá para el futuro uno de los mejores documentos de información histórica y de análisis de épocas.

Porque no se crea que el periodismo mundial hace afirmaciones superficiales. El periodismo moderno exige la precisión informativa y el respaldo de los hechos y de las demostraciones. Cada gran periódico y cada gran revista ofrece en sus oficinas el aspecto de una colmena en la cual las grandes bibliotecas y las colecciones de recortes, de enciclopedia y de documentación sobre cada tema son los elementos de uso constante de un ejército de investigadores encargados de expulgar los errores posibles y de añadir detalles, fechas y explicaciones que respaldan la veracidad de cualquier información.

Y hay la otra revista. La combatida revista de síntesis que no es noticiosa sino que está más arriba todavía en la estructura periodística. Porque si la revista informativa, generalmente semanal, es la que hace el resumen del periodismo; la revista de síntesis que ya se aproxima al ensayo, frecuentemente mensual, está en una escala intermedia entre la revista informativa y la revista de ensayo, la reposada revista intelectual de carácter especulativo que mantiene la reflexión, el matiz y la especialidad de los cáculos.

Y la revista de síntesis domina el mundo fértil de la producción de revistas informativas, literarias, artísticas y científicas y presenta una condensación de lo principal, al par que ofrece resúmenes de los libros más interesantes que se producen en el mundo. La gente que tiene prevención por todo lo nuevo rechaza la importancia de este ve-

bículo de civilización. Pero los millones de hombres que leen, pongamos por caso los doce millones de lectores en diez idiomas del Readers Digest, quienes constituyen en el hecho mismo pasmoso de su cifra, un apreciable porcentaje dentro de la población capaz de leer en la especie humana, son la mayor defensa de esta forma concisa y nueva del periodismo. Ella lleva los elementos de la cultura no solamente a la minoría erudita de unos pocos, como los humanistas del renacimiento, sino al imperio de la gran mayoría de individuos, lo cual significa un ritmo mejor en el progreso de la especie humana.

Claro que el erudito subsiste y tiene su lugar preferente en la estructura de los valores mentales de nuestro siglo. Y siguen siendo para él la calma de la biblioteca y la aptitud de digestión de los volúmenes, completos y documentados, y el cenáculo de especialización, y el laboratorio y la cátedra, y la conferencia sobre el tema preciso, ultraespecializado e inédito. Pero hay, gracias al periodismo una diferencia entre el erudito de hoy y el de ayer. El erudito de hoy está obligado a serlo auténticamente. El de ayer lo fué con más facilidad porque destacó sus méritos y su saber en una multitud de gente poco informada y en su mayoría de absoluta ignorancia. Hoy el periodismo ha hecho el milagro; el hombre de la calle, gracias al periódico y a la revista, es el hombre generalmente informado con aquel promedio cultural al que aspira un país de gente que lee. Y entonces el gran escritor, o el gran conferencista, o el especialista en historia o en ciencias o en artes, tiene que ser de muchos mayores méritos que en los siglos anteriores. Y he aquí como el periodismo constituye el mejor terreno para el triunfo de los valores definitivos.

Quedan los nuevos elementos mecánicos que van a llevar a velocidades insospechadas estos medios de difusión que ya ahora son raudos y admirables. La invención humana al servicio de la causa de la cultura ha venido a producir esta etapa de la precisión y de la justicia para los va-

lores, que unos llaman prosaica y que otros consideran de un triunfo logrado en un mundo que ha comprendido por fin que tiene que aproximar sus pies a la realidad por más que conserve el alto privilegio de seguir contemplando a las estrellas. Así la ciencia del laboratorio y de la fórmula ya no busca utópicas piedras filosofales ni sortilegios de encantamiento. Es una ciencia más humilde, pero más valerosa y más efectiva. A través de la fórmula y de la experimentación se pone al servicio de la humanidad. Y sí de los laboratorios de la guerra surgen nuevas medicinas que estamos viendo que defienden al hombre y le brindan su liberación aún de las plagas bíblicas explicadas como maldiciones inamovibles de los dioses, también la ciencia ha reducido los elementos para que triunfe el hombre con sus propias fuerzas y para que domine las distancias, y haga pequeño este globo que domó por primera vez otro precursor de la nueva era, el Almirante de la Santa María; y para que la tortura del tiempo, si no eliminada, quede por lo menos utilizada en su máxima posibilidad. Para que el hombre contemporáneo, en fin, pueda sentir la realidad de una vida con mayor intensidad y conciencia que la simple extensión vegetativa de las mayorías de otros siglos.

Así han surgido al servicio humano las nuevas modalidades, que maravillarían a un resucitado y que serían considerados artificios del demonio por los que no creyeran en la evolución. Y así el teléfono y la radio, y la máquina rotativa que produce cincuenta mil periódicos en una hora, y el cine parlante, y a colores, y la cámara de microfilm que permite lanzar por el aire una edición de diario o revista para ser reproducida en otro continente, son ya elementos de rutina y de servicio para la guerra y para la paz de los países civilizados.

Pero hay los otros inventos y los otros dispositivos que van a caracterizar al periodismo en la post-guerra y que recién empiezan a difundirse por el mundo en algunos de sus múltiples significados.

La radio-emisión, por ejemplo, tiene nuevas utilidades, ¿quién negará el poderío educador de la radio cuando se piense que es un medio más rápido de llegar a cualquier parte del mundo y de explicar toda doctrina científica aún a los analfabetos? ¿Quién se resistirá a creer en el sentido de cultivo del espíritu cuando se sabe que los conciertos sinfónicos no solamente llegan a millones de hogares pues ya no se reducen a las minorías pudientes que llenaban los teatros y las óperas costosas, sino que han puesto sus medios educativos al alcance gratuito de las masas? Y queda el enorme valor de preparación y de explicación cívica de la radio, y su utilización en campañas de salud y de gobierno, en fines constructivos en general que ya se pueden dirigir a continentes, a millones de individuos, al mundo entero. Y allí en la radio están los periodistas. Sin que exista contradicción con el periodismo impreso porque la psicología individual exige la noticia perifoneada, y, curiosamente pide después la noticia escrita. Los ojos y los oídos mantienen sus derechos y la fórmula final ha sido la de que en todos los países los periódicos cuenten también con sus radioemisoras propias para mantener contacto más completo entre el periodista y el público. Y quedan las nuevas innovaciones de la radio, entre las cuales no es la menos importante la denominada Modulación de Frecuencia, F. M. uno de los descubrimientos que ha revolucionado el campo radial. Es un sistema que trasmite el sonido por estaciones de muy altas frecuencias en vez de las actuales de banda media, imprimiendo el programa en la onda misma de radio, variando el poder de la onda de acuerdo con el sonido, sin alterar la constancia de la frecuencia de la onda de radio. Así en cada hogar se recibirá con absoluta precisión y con nitidez tal el sonido que un concierto por ejemplo se escucha acaso más nítidamente que en la sala mismo, y quedan automáticamente suprimidos todos los ruidos parásitos. Algo que la ingeniería no había logrado hasta el año pasado. Se estima que dentro de seis o siete años habrá

suficientes receptores de F. M. en el mundo para que puedan financiarse las costosas y nuevas instalaciones que requiere este nuevo método.

Y mencionemos la telefotografía, otro invento diabólico si se lo quiere así llamar, que sin embargo permite a los pueblos enterarse a través de los periódicos y de las impresiones gráficas de un acontecimiento que ha ocurrido en ese mismo día al otro lado del mundo. La célula foto-eléctrica, una poderosa aliada de los espíritus progresistas de estos tiempos, trasmite una fotografía por radiotelefonía como cuando se trasmite un mensaje escrito, leyendo, por decirlo así, punto por punto las líneas de la superficie gráfica para reconstruir con impulso de igual intensidad la imagen en el receptor al otro lado del océano y enviar el original a los fotograbadores ansiosos que tienen que terminar su trabajo en pocos minutos, para lanzar la última edición que el público guarda a la entrada de los trenes subterráneos.

La televisión es una realidad comercial en estos momentos. Diariamente se hacen emisiones de televisión con un alcance hasta de cien millas de distancia y uniendo estaciones escalonadas para cubrir redes de mayor superficie con el cable coaxial. La National Broadcastig Company ha preparado con los cinco mil receptores de televisión que hay en Nueva York, en los cuales pueden contemplar simultáneamente hasta cincuenta mil personas a un gran número de alumnos de un curso de defensas antiaéreas que permitió los estudios de ciento cuarenta y seis mil voluntarios en los años de 1942 y 43. En los hospitales, centros de reclutamiento y algunos asilos infantiles hay receptores de televisión que presentan con nitidez escenas que tienen lugar a varias millas de distancias y que pueden ser observadas en una pantalla hasta de cuarenta por treinta centímetros mientras se escucha perfectamente la voz de los actores o de los participantes en el caso de una ceremonia pública, un acto deportivo o una función de circo. Los due-

ños de cadenas cinematográficas se preparan a contar con grandes sistemas de televisión de modo que pasen en uno de sus teatros la misma película que podrá ser simultáneamente televisada a los otros barrios. Aún más, los centros periodísticos han conectado la televisión y el cinematógrafo. Y así lo que sucede en un lado del continente, es filmado con equipos cinematográficos y es llevado en aviones al otro lado; en el camino del aire se hace el revelado y preparación de la película y en el lugar de destino se hace la televisión para información absoluta de pocas horas de retraso de decenas de miles de espectadores. La comodidad de observación del cine y televisión se han acentuado con la visión en volumen que es también una realidad de experimentación que está por entrar en el mercado.

¿Qué debe pues asustarnos en el futuro? Las grandes empresas periodísticas se apresuran a contar con la radio y la televisión. Grandes cambios se avecinan en las maneras de vivir y la mentalidad tiene que adecuarse a estos nuevos tiempos. El periodismo será más raudo aún de lo que hoy es. Más completo, más objetivo, más impresionante. El hombre de post-guerra, que acaso lo somos todos nosotros, así como el hombre del siglo XXI que puede ser cualquiera de nuestros hijos, tienen que vivir una época de absoluto conocimiento del mundo contemporáneo. La más amplia satisfacción del intelecto y de la curiosidad humana, redundará en un más completo y novísimo cultivo del espíritu. Y así el ideal se habrá cumplido, el mundo habrá ingresado por fin en el cerebro de los hombres y todos sabemos lo que sucede en este planeta al cual habremos dominado por fin. ¿Y todo eso qué? Tanta información para qué? Simplemente para que sea un hecho de fraternidad universal. El periodista tiene esa misión pacífica, idealista, civilizadora, humana. El informar que es sobre todo educar, significa también retardar la guerra y acelerar la paz. La falta de información genera los prejuicios, el secretismo produce los sentimientos y las guerras, el silencio es

más peligroso que la palabra. Si todos los pueblos estuvieran suficientemente informados unos de otros, desaparecerían las barreras de la falsa o la antojadiza interpretación. Convendríamos en que hay otros países cultos, además del nuestro, en que hay ideas tan amplias como las nuestras, postulados tan nobles como los que alimentamos, aspiraciones tan antiguas como las que hemos guardado en la tradición. Si estuviéramos mejor informados, si los pueblos supieran más sobre los hombres, se evitarían los engaños, las sorpresas, las coaliciones y las guerras. Habría más educación y mayores consideraciones por la especie humana en todas las latitudes. Es la ignorancia la que nos hace menospreciar a los pueblos, y el secretismo es una ignorancia deliberada. Todas esas ignorancias hay que combatir.

¿Cómo no pensar, por ejemplo, que los cincuenta millones de analfabetos de la América Latina queden eliminados como peso muerto y convertidos en seres útiles y conscientes gracias a una gran campaña de prensa, radio y cinematógrafo en el continente? ¿Cómo no utilizar la técnica del periodismo en la publicidad y propaganda en los altos fines de la cultura y en el objetivo permanente de la paz?

Y aquí en América, en esta América de la fraternidad y de la gran esperanza del mundo, en donde nos sobra la tierra, la voluntad y la riqueza, y en donde nos falta solamente el camino físico de la carretera y el camino espiritual de la información mutua, en esta América, el periodismo tiene mucho por hacer. Tiene que derribar prejuicios, iluminar la obscuridad, fomentar el progreso, reunir a los hombres en las convicciones afines de una sola prosperidad y hacer conocer los países unos a otros, a fin de que solamente por la convicción surja aquel frente unido y cordial que es nuestra única posición de salvación ante las contingencias del futuro. ¿Cabe actitud más noble, más humana, más sentimental? El periodismo, señores, es institución nue-

va pero su finalidad es tan antigua como el hombre, porque es la exaltación de las más grandes virtudes del homo sapiens y la utilización de sus mejores potencias para fines constructivos y sanos, no de beneficio egoísta sino de constante servicio a sus semejantes.

M I G U E L A L B O R N O Z

4 — América

EL SENTIDO NACIONAL Y AMERICANO DEL REINO DE QUITO

Un profundo sentimiento de menos valer que ha devenido trágicamente desde mucho tiempo atrás, en la concepción de nuestros valores histórico-nacionales y que se ha infiltrado poderosamente en la conciencia colectiva —aun en cuestiones de honda raigambre ecuatoriana—, ha hecho, probablemente, perder la línea elevadora de nuestras grandezas del pasado: leyenda, tradición o historia propiamente dicha.

Este mismo sentimiento de menos valer, convertido, acaso, ya en trauma espiritual, se ha extendido tanto entre nosotros que existe el temor o cuando menos el pesimismo para buscar mucha y valiosa enseñanza en las jornadas del pasado.

La juventud no se recrea y no se mueve con la emoción espiritual de nuestra historia de ayer, porque teme que se la llame reaccionaria o retardataria; muchas élites intelectuales condenan el trabajo del archivo polvoriento y difícil, no desde luego por desconocer el valor de éste, sino porque jamás llegaron hasta él, con sus pupilas devoradoras de creaciones de segunda mano.

Con espíritu patriótico, y no otro, me he permitido tratar del Reino de Quito en su plano fundamental, de americanismo y ecuatorianidad, en líneas generales.

Las hordas en éxodo que desde los cuatro puntos cardinales de Amerindia llegaron a áreas dispersas del territorio que más tarde constituirá el Reino de Quito, trajeron

su ritmo social y étnico de los países de su procedencia, sin haber logrado hasta ahora precisar satisfactoriamente la ciencia investigadora de la Prehistoria del Ecuador y del Nuevo Mundo las diversas etapas de aquella evolución a las que correspondieron. Sin embargo, como la primera y más antigua organización humana, que fué una estructura social asentada sobre gentes, fratrias y tribus, que naciera en las hordas salvajes y que subsistiera hasta la implantación de la sociedad política —institución que fluyera después de iniciarse la civilización— siguió acaso el mismo ritmo de desenvolvimiento de las organizaciones sociales primarias del continente americano, con variaciones insignificantes. Ya lo escribiera Luis Morgan, el profundo sociólogo norteamericano: "La gens, fratria y tribu de los griegos y la gens, curia y tribu de los romanos hallan su símil en la gens, fratria y tribu de los aborígenes americanos."

En esta evolución no están conforme unitariamente los hombres de ciencia que han interesádose profundamente por el problema social primitivo de los países amerindios. Es así como algunos sociólogos e historiógrafos de fama continental— del Perú y Ecuador— afirman que el ayllu de los aborígenes de América tuvo necesariamente que evolucionar progresivamente en el círculo comprendido desde el heytarismo hasta el gentilismo. En el ayllu-horda —fase heytárica o de promiscuidad— todo fué común y todo para el grupo. Las relaciones afectivas no guardaban barrera ni principio ético algunos, dirigiendo la endogamia la perpetuación de la especie. En el ayllu-fratria se modifica la estructura anterior, porque representa ya éste una fracción segmentada de aquel, como resultado de condiciones geográficas y procreativas. El ayllu fratria enlaza a sus componentes por el lazo de la sangre y del mismo totem, conservando la endogamia en la procreación. El elemento de la fratria guarda relación con su grupo y con el ayllu de su procedencia, de donde el circuito social se amplifica. La tierra del ayllu-horda se divide para sustentar agrícolamente al fratria, conservando el carácter de forma comunal. Los ayllus-fratrias se segmentan a la vez en ayllus-gens, vinculando a sus miembros entre sí por consanguinidad, totemismo y raigambre a la tierra. Es en resumen el nacer del ayllu gentilicio.

En Sociología sostienen que la estructura y organización social primitivas correspondieron al patriarcado y en ciertas ocasiones al matriarcado; mas, últimas afirmaciones científicas indican que la horda exigía movimiento de parentesco de cada persona en relación con el grupo y no de individuo a individuo, constituyendo, por tanto, el parentesco del grupo el vínculo común. En este caso fué la horda la masa homogénea, indiferencia y el germen de donde procedieron las diversas formas de evolución social y política.

Con todo, en resumen, convienen la historia y la sociología que el ayllu y la tribu fueron las formas sociales de organización primitiva en la gran masa de aborígenes americanos.

El ayllu fué, pues, cierta unidad social, integrada de parientes por consanguinidad, participando del clan, del sib, de la fratria y de la banda; una unidad económica, poseedora de una área determinada de tierra que la servía de morada, de mundo ambiental, de instrumento y de fuente de vida; una unidad dialectal y lingüística; una unidad totémica; una unidad política.

Por tanto el ayllu del Reino de Quito fué la unidad social indígena anterior a la brevísima conquista de los quechuas, de donde procedieron, por el proceso social y natural de segmentación, las tribus primero, y las confederaciones después.

La posesión exclusiva de un dialecto y de un territorio ha dado lugar a la equivocada denominación de naciones a muchas tribus, a pesar del corto número de individuos de cada una. Tribu y nación no son empero estrictamente equivalentes: ésta surge bajo la institución gentilicia y es un todo de las tribus evolucionadas; aquella es una parte de la nación. Acaso la confederación se aproxime institucionalmente a su estructura, sin ser su equivalente social preciso.

El ayllu del Reino de Quito fué, pues, la base infraestructural de la acción racionalizadora de los quechuas y la que deslucé en gran parte el mito taumatúrgico del Incanato, consangrando en su legítimo significado la cultura aborígen de nuestro país. "Los Incas aceptaron la forma de congregación humana que encontraron a lo largo de los cimeros valles Cuntis y Antis y de las planicies yungas; y realizaron su gran obra superestructural respetándolos

siempre. Tejiendo por sobre ellos un sentido de unitarismo, una vinculación de cultura, una ética común. Y, como en todo proceso imperialista, un sentimiento de orgullo, basado en la superioridad, que atraía otros y otros ayllus, afirmó la fuerza unificadora del Incario. Los Incas no sólo aceptaron la forma de congregación indígena celular, sino que la aprovecharon racionalizándola."

No fué, pues, el Reino de Quito —como presentarlo injustos historiógrafos— un conglomerado de células bárbaras y destructoras, en el que campeaba la ignorancia y la bestialidad, sino un digno país, cuyos hombres habían llegado al mismo nivel de cultura incaica, superándole aún en los aspectos jurídicos, sobre la propiedad; en el descubrimiento del sistema decimal; en el perfeccionamiento del arte y en la adopción de un sistema "ideográfico para una escritura capaz de captar emociones espirituales".

El gran número de palacios, aposentos y tambos, regados aquí y allá, en tierra ecuatoriana, por desgracia como tristes vestigios de recuerdos pujantes y creadores; la red admirable de caminos, que la abrieron y la aprovecharon políticamente; el sistema de canales de irrigación, perdidos en las quiebras de viejas ciudades, todo revela su capacidad poderosa. Mas, es verdad que aquellas construcciones de política y de guerra, de técnica social y económica, de arte emocional y de disciplina rígida, de matemático y práctico sentido, y de invariable estadística, no sobrepasaron lo que en un período más o menos corto pudieron realizar comunidades indias, algo numerosas, cuyo trabajo estaba admirablemente reglamentado y previsto, sin desear nada del Incario, todo, desde luego, por obra afectiva del ayllu: organización mucho más antigua que el Imperio Incaico. Además, algunos de estos monumentos de arte y de rito, como el templo de Pachacámac y un edificio, descubierto últimamente en Cochasquí, provincia de Pichincha, Ecuador, son adaptaciones y arreglos de otros más antiguos, en los que concretaran su idea y su fuerza los aborígenes del Reino de Quito.

"No creo en la obra taumatúrgica de los Incas. Juzgo evidente su capacidad política; pero juzgo no menos evidente que su obra consistió en construir el Imperio con los materiales humanos y los elementos morales allegados por los siglos. El ayllu —la comunidad— fué la célula del Im-

perio. Los Incas hicieron la unidad, inventaron el Imperio, pero no crearon la célula", escribe desapasionadamente el gran Carlos Mariátegui.

El ayllu de la puna del mitológico Tiahuanaco y el de la ciudad sagrada del Cuzco fué el mismo que existió en la arrugada ciudad de Quito. En los Andes ecuatorianos arraigóse muchos siglos antes de la invasión quechua, en áreas dispersas de las hoyas andinas, de las rugosidades cordilleranas, en ascensión permanente a la inclemencia de los páramos; en los valles fértiles y exuberantes de la majestuosa serranía, o en la inclemencia de ciertos sectores costaneros, donde la tierra se brinda espontáneamente y en donde el mar realiza el milagro de la liberación espiritual.

No hay duda alguna que existió ya una cultura homogénea en tiempos remotísimos en la región de los Andes milenarios: desde el Reino de Quito hasta Argentina. "Esta área cultural no puede tener límites fijos y se señala únicamente por los restos de monumentos de un mismo estilo, desparramados en tan vasto territorio; y cuyos representantes son: Hatun Cañar, Cuélap, Caxamarca, Cuzco, Tiahuanaco, Escoma y Necrópolis de Catamarca".

El ayllu fué la institución primitiva del Reino de Quito. De éste se desprenderán siglos más tarde las tribus y confederaciones, cuando ya se estableciera sedentariamente, vinculados sus miembros por el lazo de la sangre, del dialecto, del totem, de la tierra y sus productos. Es la época en que el ayllu no reconoce únicamente el lazo consanguíneo y del totemismo sino el de la existencia misma, cifrada ésta en la tierra: madre de todos, madre común. En este tiempo el indio se hizo sedentario y agricultor, es decir cultor del agro, adorador y explotador. Esto guardó hondo significado: trabajar, abrir surcos, cosechar, vivir de sus productos, en una como litúrgica ceremonia. A la vez rindióle culto empleando el brazo que cava, la mano que riega, el primitivo arado, desgarrador de sus entrañas, para hundir la simiente nutricia del hombre. El ayllu no fué por ello, hasta mucho tiempo después, un clan consanguíneo: la tierra más real que la sangre le ligó primero. De ahí también que la tierra y la huaca —pedazo de piedra cortado de la roca— fueron sus dioses primitivos. Constituyeron el totem sagrado, especie de progenitor, vínculo y centro de gravedad del grupo o del ayllu. El totem surgió

de las necesidades más elementales, en aquella época en que el aborigen se sentía parte integrante del mundo y de todas las formas animadas e inanimadas de la tierra. Sin embargo, el totem fué el lazo secreto de solidaridad entre los miembros de los ayllus, en uno como constante desarrollo de fuerza centripeta. Fué la fuente de la vida, el dios común, el lazo social.

El totemismo del ayllu ecuatoriano se presenta como el "derecho constitucional primitivo". Por él los indios deben respetar a su totem, evitar su destrucción. Por él los miembros se consideran unidos gracias al vínculo de consanguinidad y extienden a todos aquellos que llevan el mismo nombre y respetan el mismo totem. Por él se forman los primeros conglomerados sociales, enlazados por fraternal comunidad de "origen". Se estructuran los primeros grupos étnicos y constituyen el arranque de la evolución social: tribu, confederación, nación y Reino de Quito.

El totemismo es la base de la evolución religiosa: creó la serie de demonios y magos, brujos y dioses del bien que tuvieron los aborígenes. Creó los genios protectores, los manantiales de vida, el depósito de fuerza mágica, "cuando menos un canal por el que recibe un aflujo de la fuerza mágica universal".

La prolongación de la cultivada tierra entre los miembros de un ayllu consideró a los hombres extraños como hijos del mismo totem. En esta virtud se incorporaron a la fratria o al gens, nuevos elementos. Esta aglutinación que se desenvuelve en la paz toma diversos caracteres en la lucha: dominio de ayllus belicosos sobre otros, por intereses de especie, de expansión territorial o rivalidades diferentes. Todo esto originó, en gran parte, el estado de permanente hostilidad y las frecuentes guerras intercomunitarias o tribales, que era lo generalizado en el Ecuador preincásico.

La tierra fértil, en la cuenca del río o la ribera del mar, convirtieron a los ayllus en sedentarios, destruyendo el nomadismo de la sangre y el nomadismo geográfico, caracteres propios de las hordas primitivas. Hay dos clases de nomadismo: el de la tierra y el de la sangre. Estos perdió el aborigen del ayllu. Se ligó fuertemente el grupo a la tierra, al ámbito y delimitación geográficos, a la posesión de sus territorios que ocupaba y que defendía como suyos pro-

pios. Fué el ayllu duro e irreductible como las rocas de los Andes; pétreo y fuertemente ligado a la tierra. Enlazados sus miembros entre sí con tal fuerza que ni el óxodo, ni las campañas, ni los elementos geográficos desfavorables lo desintegraron. Así, como unidad social indivisible, vivió por mucho tiempo en la altiplanicie y en la jungla. Siguió existiendo en el Incario y en la Colonia, y vive hoy todavía en la República. Cada parcialidad india del país es una especie de continuación del antiguo ayllu prehistórico.

La organización del ayllu ecuatoriano fué idéntica, en aspectos fundamentales, a la del Perú. Solamente así puede explicarse como se trabajaron las tolas, montículos de arte, en los que alzaban seguramente la casa de una familia y cuya constitución era posible por el trabajo de **toda una comunidad**, cuyos miembros hacían las tolas y las casas del ayllu.

El ayllu del altiplano y de la costa, y sus civilizaciones especialmente de montaña, de mar y de selva, no han sido estudiados todavía con toda atención y detenimiento.

“De éstas diversas naciones indígenas (tribus) ninguna tiene historia propiamente tal, a excepción de los Shyris, de quienes han llegado hasta nosotros algunos hechos de armas bastante notables; respecto de las otras, la historia se ha limitado a mencionarlas, al hablarnos de las guerras que emprendieron y de las conquistas que llevaron a cabo los Incas en esta parte de su Imperio”.

Acerca del número, de la vida y calidad de los ayllus que poblaron primitivamente el Ecuador, existen diversos criterios, denominaciones distintas, cuando por lo menos no se ha pretendido desterrar de la Prehistoria —como lo hiciera inconsultamente Belisario Quevedo— todo lo relativo a estas principales agrupaciones humanas.

En el altiplano de los Andes, desde Bolivia hasta el Ecuador, —mucho tiempo antes del florecimiento del Tiahuanaco— se enraizó profundamente el ayllu, siendo su primitiva cultura la formada por la influencia de la montaña. En las regiones de los cuatro suyos: Anti, Colla, Chinchay y Conti-suyos floreció mejor la semilla tiahuanacuense. El ayllu se desenvolvió en la llanura alta, dentro de la cordillera. “Allí apacentaba los rebaños comunales: llama, alpaca,

guanaco salvaje o domesticado". Cultivó maíz, calabaza, papa, camote, oca, casave, chual. El vivir era recio: fueteadó el hombre por el viento y el huracán furiosos, en una atmósfera fría y sutil, con sol débil, todo determinado por la roca de la montaña. "El ayllu está encerrado en los Andes como los hombres en el ayllu", de manera fuerte y real. La arquitectura se nutrió de la influencia del medio. Por eso se construyó la huaca y la casa de piedra. El hombre tuvo que trabajar en la tierra, en los tejidos, poniendo ideas y esfuerzo, porque la montaña —en todos los tiempos— ha exigido actividad cerebral y de músculo. El sol —tan indispensable en la altura— fué rápidamente venerado. La heliolatría fué, pues, la religión de altura como lo fuera el culto de la tierra: la madre ubérrima. La tristeza y el frío de la montaña obligaron al indio a libar la chicha y a aprovecharse de la coca, narcóticos efectivos en la soledad y en dureza del medio.

"Grandes Estados compuestos siempre del ayllu irreductible, aparecen en el pasado de los Andes. Todo lo que sabemos de ellos es el milagro de sus ruinas en lugares como Wari, Pukara, Tiahuanaco y las islas del lago Titicaca. Los hombres edificaron con piedras ciclópeas que pesaron toneladas. Estaban cortadas tan pulidamente como el mármol moderno y se acoplaban con la exactitud de las partes de una maquinaria. Sobreviven modelos de sus ciudades religiosas que revelan la complejidad de sus designios".

Cronistas e historiadores han designado al ayllu con indistinto nombre: parcialidades, tribus, naciones.

Según Luis E. Valcárcel, el antiguo Reino de Quito se integraba de los siguientes ayllus: Quitus o Caras, Puritacos, Linguachis, Cayambis, Utaballus, Carangues, Llac-ta-cungas, Ancamaracas, Hambatus, Uuchas, Purhuas, Chenibus, Tiquisambis, Lausis, Cañaris, Paltas y Zarzas. En esta nomenclatura se ha tomado en cuenta solamente a los del altiplano, mas no a los del Litoral y del Oriente, y —lo peor— con mucha deficiencia, vaguedad y capricho.

No hay duda alguna que ya en el siglo XV —antes de la conquista incaica— la población aborigen del Ecuador formaba un verdadero mosaico étnico y lingüístico, hablándose, sin embargo, en tierras de Quito, dialectos del Rumashymi... Valcárcel, Riva Agüero y Urteaga —re-

presentantes de la historiografía peruana actual— afirman que la civilización tiahuanacuense y la de los Incas tuvo a la raza quechua de tronco común. Partiendo del lago de Titicaca, en diversas épocas antes del siglo XV, llegaron oleajes migratorios a Quito, dejando huellas de su paso en voces protoquechuas...

Cuando los ayllus se multiplicaron y alcanzaron cierto poderío, se segmentaron y originaron las tribus. Estas seguían conservando el nombre propio de su origen, las tradiciones y ritos del ayllu de procedencia, la posesión de un territorio y el respeto al mismo Dios. Las condiciones físicas y morales en que se encontraban estos ayllus y estas tribus eran análogas a la que favorecían el desenvolvimiento progresivo de los Incas en el Perú, durante la misma época. Por ello no hay que admirarse mucho, que el resultado final, es decir, los dos países, al tiempo de su mayor grandeza, presentaren tantas semejanzas. No es, pues, tan necesario encontrar la causa en la incomprobada hipótesis de un origen común y de un parentesco muy cercano entre Caras y Quechuas.

La civilización del ayllu y de la tribu preincásicos del Ecuador —Cara, Quito, Pantzaleo, Puruhá y Cañari, incluyendo en éstas denominaciones la de muchas otras— hizo que se levantaran frente a los Incas, para ponerse delante de éstos como de igual a igual y así probar la suerte de las armas.

Esta civilización andina era, acaso, la única entre la de los aborígenes sudamericanos que rivalizaba con la de los quechuas en cuanto a extensión territorial, número de habitantes y al empuje civilizador.

Es urgente, y es necesario, pues, que desaparezca ya la creencia tan sostenida y tan generalizada que lo que hoy es el Ecuador participó, de manera definida y vigorosa y en forma casi de aprendizaje integral, de la cultura de los Incas, cuando ni el lapso de dominación, ni la perpetua rebeldía de las tribus del Reino de Quito lo permitieron. Además, los Incas no perdían el tiempo enseñando todo el ritmo de su cultura: aprovechaban y orientaban, eso sí, en mejor forma, las condiciones y aptitudes de los pueblos subyugados. Todo lo que trajeron los Incas fué como barniz de civilización y en algunos aspectos más bien desfiguró el adelanto del ayllu ecuatoriano. Su influencia no tapó

sino ligeramente el cuadro geográfico - etnológico del país.

Por ello, el ayllu del Preincario fué la base orientadora de la superestructura de los quechuas. El barniz tuvo que desaparecer y persistir únicamente la fuerza medular y creadora del aborigen. Esto sucede hasta en los días actuales en las parcialidades indias del territorio nacional... Aún eminentes hombres de ciencia del Perú no aceptan tan porfiada y decididamente —como los ecuatorianos han hecho— la obra mágica de los Incas en el Reino de Quito.

No hay que olvidar que el ayllu fué una organización comunal. Se desarrolló en una determinada área geográfica, con sentido de propiedad colectiva. La propiedad comunal significó fortaleza de grupo, juego de relaciones recíprocas del grupo y sus miembros y a la vez del ayllu y la tierra. Esta significó la tradición y la leyenda. El indio se sintió fuertemente ligado a ella porque representó la consistencia, la continuidad del grupo y la eternidad.

Los hombres vivieron a su contorno, creyéndola protectora y fuerza divina. Cada ayllu poseía sus circunscripciones propias repartidas entre sus miembros. La pequeña vivienda se levantaba en laberíntica ordenación, rodeando el templo de la huaca o la morada del cacique, semejando a los caseríos actuales. Estas habitaciones fueron también comunales. La forma especial de habitabilidad del ayllu constituye, no hay duda, el arranque de la vida rural ecuatoriana. El Quito, por ejemplo, que conoció Túpac-Yupanqui era un rincón de cordillera y pedazo bravío del Ande. "Era un rincón bueno para nidos de cóndores y halcones, por eso hizo en él, el Inca su fortaleza."

Diseminados los aborígenes formaron núcleos de población en las faldas del Pichincha, con sus primitivas viviendas, desparramadas en bello desorden. Favorecidos por la naturaleza se encontraban listos para la defensa. Parece que el centro de la antigua Quito estuvo más o menos a una legua al norte de la ubicación actual, más no se encontró en el punto donde ahora se "levanta ceñida de cerros".

Las chozas y bohíos desempeñaron papel comunal. Se construyeron de piedras sin labrar, de palos y paja, con puertas trapezoidales o rectangulares. Una punta a manera de cono era la terminación de aquellos hogares primitivos. Sin embargo eran amplias las moradas y distribuidas laberínticamente. Por eso aquellos villorios —que formaban— no han presentado a los arqueólogos ciudades construidas

a la moderna y como se han encontrado en Egipto o en Babilonia.

El ayllu ecuatoriano vivió como todos los ayllus de América del Sur: del cultivo de la tierra. En las quebradas y valles andinos arrimó el brazo individual y colectivo. La tierra fué áspera, fuerte y peligrosa. Esto hizo que el aborigen fuera de contextura recia y que procurara emplear en todas sus acciones la idea-fuerza.

Así surgió el perfeccionamiento del trabajo: más pronto en la Sierra que en la Costa. El aborigen supo del fruto sazonado, de la vivienda y del trabajo colectivos. El maíz, las habichuelas, las calabazas, los frutos americanos, los cuyes, constituyeron, desde tiempos inmemoriales, los productos nutritivos. El narcótico de la chicha y de la coca fué necesario para la inclemencia climática del altiplano. Después, un diligente cronista español, escribirá: "Su mantenimiento ordinario es vino hecho de maíz, que los españoles llaman chicha y los naturales azua, y unas yerbas que llaman yuyos y papas y frizoles y maíz cocido; cualquiera coca de éstas cocidas con un poco de sal es su mantenimiento, y tienen buena especie de que se aprovechan en sus guisados, el ají."

En conociendo el poder estimulante de la coca, los indios la cultivaron con esmero y predilección. Los de Imbabura, entre otros, con toda proligidad, para su empleo particular, primeramente, y para intercambiar a alto precio, luego, llegando a tanto su valor que las tierras que la producían eran consideradas como de propiedad individual... e iniciándose en éstas el trabajo alquilado. "Los que entre ellos no tienen coca, se alquilan por días y por semanas para labrar las chacras del con que se alquilan... y los indios que son señores de éstas tierras los tienen por ricos"...

La coca fué producto muy apreciado, por tanto, en la Sierra y en la Costa. Cada tres meses brindaba sus frutos y la cultivaban en general indios forasteros. Por sus efectos los Incas tuvieron que conquistar tierras en boca de montaña, lugares de producción abundante y casi espontánea.

En las actuales provincias de Imbabura, Cotopaxi y Tungurahua existió la propiedad inmueble individual. Aca-so por el valor de la coca o del algodón, —éste último otro producto de excepción—, o por modalidades organizativas de los ayllus y tribus de estas regiones.

En algunas áreas del Reino de Quito —como en las de los Caranquis— se utilizó la acequia para el regadío de terrenos estériles. No fueron pues los Incas los que trajeron esta modalidad de adelanto agrario, como algunos han sostenido. Los canales se conocieron y utilizaron desde tiempos prehistóricos.

Mucho antes que utilizaran los Quechuas la lana ya lo hicieron los ayllus del Reino de Quito, iniciando también el pastoreo de grandes rebaños, de los que tomaban la materia prima para distribuirla entre los tejedores, singularmente entre Pantzaleos, Puruhaes, quienes se distinguieron en la confección de ciertos tejidos.

La llama constituyó, pues, elemento valiosísimo en proporcionar su lana para el desarrollo aunque incipiente de la industria textil, mas no significó medio necesario para el transporte, al menos en determinadas regiones. El Padre de Velasco afirma que se la utilizó como elemento de carga, mientras González Suárez, que ni siquiera se conoció este animal y que los Incas lo trajeron, hasta que finalmente Jijón y Caamaño, después de prolijas excavaciones que realizara en Cañar, Guano y Malcaji, encontrando vasos con dibujos de este animal, restos fosilizados, etc., comprobó la existencia del cuadrúpedo en el Preincario.

Conocieron también el venado, aprovechando para el intercambio de su carne y de su cuerpo y convirtiéndole probablemente en objeto de adoración a semejanza de la danta en Manabí, de donde se relievra la importancia de la teoría económica, explicadora del origen del totem: los ayllus y tribus seleccionaban como emblema religioso al vegetal y animal que mayor utilidad prestaban.

En el litoral se recogió generalmente el fruto espontáneo, brindado por la asombrosa fertilidad de su suelo, entregando el río y el mar, la cuenca y la playa, abundante pesca y abundante fruta, sin que el hombre doblegara fuertemente la cerviz, y constituyendo la base de la alimentación montuvia el maíz y la yuca, el camote y la piña, la papaya y el chirimoyo, los peces y mariscos. Sin embargo para completar el circuito vital de las necesidades primitivas se recurrió al intercambio entre el Ande y la jungla, aprovechando de las cuencas de los ríos navegables, entre ellas las del Guayllabamba, Chimbo, Jubones y Tumbes. Así fué como la sal, las conchas marinas, las piedras preciosas, el cobre dorado —éste en pectorales o tincullpas— ascen-

dían por las grandes quebras andinas y bajaban, en cambio, oro y plata, cueros y tejidos, canela y coca, armas con puntas metálicas y ciertos productos alimenticios.

Los indios del altiplano, desde lejanos lugares, acudían a Pimampiro para proveerse de la tan codiciada coca y del excepcional algodón, anotándose entre aquellos a los Quitus y Pantzaleos, Puruhaes y Huancavilcas, Cañaris y Jíbaros, trayendo éstos últimos achiote y pimienta, papagayos y micos, muchachos y muchachas, entregando todo en lugar de mantas, piedras preciosas, alimentos y sal, traída ésta por los Imbaburas desde el litoral. El trueque significó la forma generalizada del intercambio, sin dejar de utilizarse, entre Quillacingas y Pastos, principalmente, los caratos o sartas de bolitas de arcilla y ciertas laminillas de oro y de plata, asomo ya de una especie de moneda en la circulación primitiva de estos pueblos.

Este movimiento intercomunicativo se realizaba varias veces al año, celebrándose en Pimampiro, población imbabureña situada en la cordillera Oriental, una importantísima feria anual, a semejanza de la de Tenochitlán, capital de los Aztecas.

En la Corta había una especie de comercio internacional, exportándose productos del Reino a las poblaciones del Gran Chimú, de Centro América y de México, empleando para ello embarcaciones de vela latina que asombraron muchísimo a los españoles y unificando ya cierto sentido creador y pujante en la Liga de Mercaderes, de los Pueblos Marinos, a semejanza de la Liga Hanseática.

Los Incas, aprovechando seguramente los caminos rudimentarios del Reino de Quito, abrieron las incomensurables rutas de Quito al Cuzco, los dos caminos que corrían, el uno por las escarpaduras y los valles andinos, y el otro, por la planicie de la jungla y por el pantano disecado. El diseño de estas rutas que tanto asombraron a los castellanos debe justicieramente encontrarse en el practicismo y pujanza de ayllus y tribus del primitivo Reino de Quito y en el progresista sentido intercomunicativo de sus pueblos, de donde surgieron los lazos comerciales de ayllu a ayllu, de tribu a tribu, de región a región.

Quién sabe, acaso, si la sagaz política de los quechuas aprovechó también del trabajo e iniciativa de estos pueblos, para levantar puentes, romper peñas, nivelar quebradas con mampostería, construir tambos y fortalezas, colcoctores y

corpahuasis, es decir, toda la obra civilizadora del Incario, puesto que eran diestros en la albañilería y en cierta ingeniería indígena?

La obra de la siembra y de la cosecha, de la huaca y del monumento, de la acequia y de la tola, fué cooperativa, conociéndose el beneficio de la *minga*, trabajo éste, al que asistían cientos de indios, realizado con placer y alegría, porque en él además de vivir el fluído socializante, desbordábase la atención del propietario, entregábase chicha y abundante bebida. De ahí que el cacique que más pródigamente obsequiare "acudíale con más voluntad y amor que a los que no hacían esto".

La organización social del Preincario Ecuatoriano tiene también de base inicial el ayllu. En su desenvolvimiento alcanzó la estructura confederativa, nivel más alto al que llegara el aborígen en la amplificación de su vida social y política, avanzando aún a formar el Reino de Quito o la síntesis de las confederaciones en el último tiempo, constituyendo por tanto las Caranqui, Quito - Pantzaleo, Puruhá - Tiquizambi y Cañari —integrada cada una por gran número de ayllus y tribus— el resultado del proceso de perfeccionamiento social - político del ayllu.

Cada gens adjudicaba a sus miembros un nombre común, un denominador general, que permitía diferenciarse los grupos diversos, puesto que el nombre de los linajes correspondía a calidades o recuerdos de sus mayores, vinculación a sus tótemes o veneración a sus régulos, jefes o reyezuelos; y por eso también la denominación de un niño que nacía constituía un verdadero ceremonial, interesando el acto a todos sus miembros, a la vida íntegra del ayllu; dependiendo aún del nombre que se daba la buena o mala suerte de todos. Si por fatalidad se le llamaba como a un antepasado que había sido castigado por los dioses, tendría que caer la ruina y la destrucción sobre todos los miembros del linaje.

Cuando alguna cualidad diferenciaba a los miembros de un mismo ayllu se agregaba al distinguido cierta expresión de dignidad. Así surgieron los Nazacota - Puendo, los Ati - Pillaguaso, los Quilagos, Cabascangos, Quisquis, Hacho, Mainaloas, Tituañas, Chillaganas, Quishpes, Tucumangos, Manguas, Conchocandos, Condorazos, etc.

Los destinos del linaje residía o bien en la autoridad del anciano más venerable o bien excepcionalmente en el

joven más valiente y fuerte, o en la mujer más destacada y varonil, constituyendo el patriarcado y el natriarcado las formas congruentes de administración y de gobierno, no desde luego solamente en la paz sino también en los momentos de peligro y de lucha, singularidad que no se observara en otros pueblos primitivos, en los que, de manera casi general, las mujeres carecían de poder social, porque ante todo representaban el principio de la asociación natural y de tipo familiar y no de la organización guerrera.

Los Punaes, los Pantzaleos, los Imbaburas, singularmente, estuvieron controlados por mujeres, quienes, en tiempos de paz, labraban la tierra y recogían las mieses, mientras sus maridos hilaban y tejían, cocinaban y realizaban toda clase de oficios femeniles, llegando ciertas cacicas a dirigir encuentros de armas, como la señora Quilago que bravamente se puso frente a Huainacápac en Cayambe y el río Pisque. "Montesinos cuenta como Huainacápac tuvo noticia que la gente de la otra banda del río Pisque se había revelado y como gobernaba la gente una Señora llamada Quilago. Huaina-Cápac partió a aquella parte con su ejército y llegó a la vista de los contrarios... hubo muchas escaramuzas, quiebras de puentes, y muertos de ambas partes".

En ocasiones, el gobernante era depuesto o elegido en una especie de asamblea popular, en la que además se trataban asuntos fundamentales, o para la paz o para la guerra; todo en una brumosa posición democrática, que bien tuviera que envidiar el mismo Jefferson republicano...

Hubo comunidades arrogantes y belicosas, amigas de someter a su gobierno a otras, débiles o cobardes, empleando la alianza familiar, el matrimonio, el sentido expansionista, o la acción de armas, y llegando a dominar en especie de principados, sin que esto impidiera la agrupación en confederaciones cuando amenazara la guerra, y determinando para el poderío de los caciques al extremo de disponer de tierras, mujeres y niños, como los señores feudatarios, y para la transformación en hombres imposibles, ásperos y autoritarios, impartiendo órdenes a capitanes y vasallos y exigiéndoles ciertos trabajos y determinados tributos...: "y los indios no tenían cosa alguna más de lo que el cacique les quería dejar; era señor de todo lo que los indios poseían, y de sus mujeres, hijos e hijas y servíase de todos ellos como si fueren unos esclavos".

Los Shyris de Quito y los Duchicelas de Puruhá, distinguidos en la obra edificante y guerrera, anularon su mortal odiosidad y su potente rencor: no por las armas sino por el matrimonio de Toa con Duchicela, surgiendo una nueva especie de aristocracia, aparte de la ya existente en los Ati, Jacho, Nazacota, etc., la que continuará venerada supersticiosamente entre los aborígenes; será respetada por los Incas, y dignificada por los castellanos, concretando su acatamiento a dicha rancia nobleza en la expedición de vetustos títulos nobiliarios. Por esto, el linaje de los Ati - Pillaguaso, ya en pleno siglo XV, dominará en las actuales provincias de Cotopaxi y Tungurahua, con centros de administración en Mullihambato y Pillaro, después de haber merecido distinciones por los Incas, y con ciertos pergaminos de fueros y privilegios, enorgulleciéndose del Ati - Pillaguaso y del Ati - Rumiñahui, defensores viriles de la libertad del Reino de Quito, los hijos de este linaje. Tanto éste como el de los Jacho, de los Duchicelas, recibieron de España dignidades de caballeros, con el derecho de utilizar escudos de armas en los escritos y frontis de sus casas, en los duhos y estrados, prolongándose esta rancia nobleza muchos siglos después, hasta el tiempo actual, diríamos nosotros.

Pillaguaso fué uno de los régulos valientes del Reino de Quito, gobernante de sus dominios de Pillaro, unidad política bastante organizada; sepultados por fatalidad tras Llanganati, "las reliquias maravillosas de una gran nación Quitense y todo un tratado de pre-historia aborígen que está por escribirse."

El principado era "un verdadero territorio estatal", deslindado por límites naturales: el río Guapa - Ati al Norte; el Pata - Ati al Sur; los Llangana - Ati y el río Ansupi al Este, y el Pata - Ati al Oeste, y recostándose sobre la cordillera oriental dirección a la Hoya Amazónica, y conservando íntima vinculación con ayllus y tribus del Oriente y aún relaciones de "familia". Pillaguaso gozaba de grandes privilegios políticos y de envidiable bienestar personal: Pillaro constituían la "capital social", concentrando en sí misma y en sus contornos a los indios obreros, trabajadores en los Llanganati o los "Talleres u Obrajes de Minería del Ati"; Tiguajaló — hoy San Miguel

de Salcedo—, la “Corte de Placer”, como era costumbre general entre los señores del Preincario, favorecido el lugar por la benignidad del clima y su “bellísima jardín de molles de Pantzaleo, reclinado sobre el hermoso río de Molle-ambato”; Guapanti, el delicioso “vergel”; Calla - Ati, el sitio donde se movían hábilmente las famosas hilanderías.

Este pequeño pero grande Estado —territorial y político— era una verdadera colmena de laboriosidad y de trabajo artístico, comprobándose después por los hallazgos casuales o excavaciones científicas de millares de objetos primorosos. “Por donde quiera que se pise en Pillaro, es posible hallar de algún modo, los restos de esa gran nación indígena. Se puede decir que cada casa actual de la comarca, guarda algún objeto prehistórico encontrado eventualmente en las labores del suelo”. Tal es la profusión de restos arqueológicos que los exploradores Boscchetti y Ré encontraron “indicios de un entierro”, aún a los 3.700 metros de altura, junto a unas lagunitas sobre Pillaro, logrando admirarse en el número pasmoso de colecciones arqueológicas el arte de ayllus y tribus del valioso Reino de Quito.

La cerámica representa una serie de ponedos y vajilla de barro, con figuras antropomorfas, zoomorfas; piezas con simbolismo de fauna regional, destacándose las figuras de cóndores, tórtolas, perdices, pumas, sapos, venados, caciques, sacerdotes, mujeres, niños.

Los vasos bruñidos y las hachas primitivas revelan que magistralmente se aprovechó de la piedra; los pintorescos tejidos que hábilmente se empleó la lana y el algodón; los zarcillos, objetos simbólicos de astros, alguna no “repujados a golpe, sino, sorprendentemente, como laminados, bruñidos y acabados en los más modernos talleres europeos de laminación”, como “espejos de oro”, que se aprovechó brillantemente del oro y de la plata, del cobre y del bronce, ya en estado puro o en aleaciones sorprendentes, habiéndose encontrado agujas de coser de cobre, “exactamente iguales a las diminutas actuales de acero”; las conchas y caracoles, que el Estado del Ati - Pillaguaso mantenía relaciones comerciales con tribus del Litoral y con las del Amazonas y del Atlántico, revelando en superlativo grado el valer de la acción creadora de los ayllus y tribus del poderoso Reino de Quito.

El momento prehistórico del aborígen ecuatoriano constituye el arranque de la delimitación territorial, desde el mirar geográfico social; es el acoplarse del proceso formativo de nuestra **nacionalidad**; es cuando se inicia en el majestuoso contorno geográfico el perfilarse tanto de su relieve caprichoso como de su población vitalizadora, no en el sentido del **derecho**, del concepto **jurídico**, sino dentro de la **concepción** que determina la formación histórica de los pueblos.

El aborígen que se estratificó con el aporte de sangre y de civilización inmigrantes de los cuatro puntos cardinales —mayas y mayoides, quechuas y tiahuanaguenses, arawacos y caribes, amazónicos y chibchas—, que en oleajes sucesivos o sincrónicos llegaron a la costa, a la sierra o al oriente, dejó valiosos elementos civilizadores, de honda similitud tanto en la lengua como en el totemismo primitivo y más manifestaciones humanas de sus progenitores, todo esto, valioso patrimonio, integrante de la nacionalidad ecuatoriana naciente, desde el Departamento de Nariño hasta Cajamarca, desde Esmeraldas hasta Tumbes y desde Cayapa - Colorados —transversalmente— hasta la Cuenca Amazónica.

Este **afirmativo** aunque **brumoso** iniciarse de la nacionalidad en el Reino de Quito —hoy República del Ecuador— no descuidó de su ubicación territorial, como lo harán siglos después todas las **nacionalidades** del mundo, porque en los momentos sociales que vivimos no es posible concebir nacionalidad sin antes precisar delimitación geográfica. En los momentos contemporáneos, los motores de toda nacionalidad —conforme la Sociología dinámica, en contraposición a la estática —no constituyendo, pues, solamente la **lengua** y la **religión**, los **ideales** y **sentimientos de cultura**, las **costumbres** y las **tradiciones**, sino también una porción de tierra que permita hacer esta misma civilización y esta misma cultura, es decir los factores de toda nacionalidad, a fin de evitar un futuro de éxodo a las nacionalidades nacientes.

El amanecer de la integración territorial en el Reino de Quito, del factor pasivo de la nacionalidad ecuatoriana, se profundiza un tanto con el avance imperialista de los Incas, con la fiereza de sus métodos y procedimientos de conquista y de colonización. Y la fiereza de la lucha y del dominio tienen que convertir al último de los quechuas, al indo-

mable Huainacápac, en adulador servil y palaciego, aunque tinoso y político, de la rebeldía inquebrantable de la nacionalidad quiteña, convirtiéndose, poco después, en estadista comprensivo de los caracteres ya robustos y definidos de la nacionalidad que hoy es nuestra.

Débase afirmar definitivamente que fué el Reino de Quito el que echó sus raíces en la formación de la nacionalidad ecuatoriana, sin poder precisarse por desgracia, con toda exactitud, desde cuando se estructuró aquella unidad, porque y antes de la conquista incaica vivían en el territorio del actual Ecuador muchos pueblos, independientes, en cierto modo, entre sí, organizados en cacicazgos, luego reunidos en confederaciones y arraigados geográficamente en las abras andinas, pero con ciertos caracteres comunes, motivo por el cual los españoles consideraron a esta parte de América India como un Reino distinto a los otros. Es incontrovertible que los diversos factores de toda nacionalidad —territoriales y sociales, étnicos y jurídicos— se combinaron ya embrionariamente en el Reino de Quito. Hay que reafirmar que el arranque, el origen, la génesis de aquella, se encuentra en un numeroso núcleo social, organizado de acuerdo con la época y las leyes universales de la evolución social-política de los pueblos, con relativa cultura, y demorando en territorio propio. La personalidad jurídica de la nacionalidad quiteña la tendrá mucho tiempo después, gracias a las reales cédulas que expedirá España; y la personalidad sociológica de esta nacionalidad será reconocida en la misma vida del Incario y en la guerra de Atahualpa contra su hermano Huáscar; y la definitiva existencia de la nacionalidad del Reino de Quito será confirmada oficialmente con la creación de la Real Audiencia y de la Presidencia en la colonización española. Por eso muy bien escribe Pío Jaramillo Alvarado: "Y porque fué un Reino distinto con propia personalidad se le constituyó en Audiencia y en esta calidad en República. La personalidad histórica de la nación ecuatoriana no se la dió la Cédula que constituyó la Audiencia de Quito, sino que ésta reconoció —la existencia— la Nación quiteña aborígen, distinta como Reino de los otros formados en la América Indígena."

Quito, la ciudad imperial de los Incas, en los tiempos de Atahualpa, encierra ya una definición vigorosa de la nacionalidad, y por tanto de circunscripción geográfica. Esta misma definición, violenta y robusta, triunfa con Ata-

hualpa sobre otra nacionalidad que jamás la comprendió ni que jamás se fusionó, la nacionalidad quechua, representada por Huáscar, en la derrota sufrida por hollar la tierra meridional del Reino de Quito. Es preciso indicar que la fratricida guerra entre los medios hermanos de padre —Atahualpa y Huáscar— fué ante todo el choque de dos nacionalidades diferentes, en cuanto a la concepción de los ideales, al respeto internacional embrionario, a la valentía diametralmente opuesta. Y este choque despedazó para siempre la unidad del Incario, brillando con el triunfo del príncipe quiteño el empeño de justicia, la reivindicación del derecho territorial pisoteado, dando viril ejemplo a las generaciones ecuatorianas y latigueando el rostro de los fariseos que se llamaron patriotas y que en un momento dado creyeron defender el sentido nacional desde los palacios de gobierno...

Atahualpa no es el creador de la nacionalidad ecuatoriana —afirmada la tesis por Pío Jaramillo Alvarado— sino el reafirmador de aquella, el reivindicador, la esencia y sentido viriles de su fuerza interiorizante. Es algo más: el soldado enamorado de formar una clara conciencia nacional, o sea de llevar a todos los compatriotas el convencimiento de un ideario superior en la vida: la Patria. Y solamente por haber logrado formar conciencia le fué posible desbaratar la bravura casi mitológica de los quechuas.

Sobre el despedazarse del Incanato cayó el español, conquistó rudamente el Tahuantinsuyo, estableció su vida a la manera territorial de sus campos y de sus pueblos, y batalló sin tregua en su cruzada civilizadora, constituyendo su lucha, tenaz y bravía, el dramático episodio de encuentro con los pueblos activos de circunscripción geográfica y de claro sentido nacionalista, hasta al fin imponerse España con su cultura de hierro sobre Quito con su cultura de piedra y de bronce.

En 1531, Francisco Pizarro y algunos de sus capitanes, entre ellos Bartomé Ruíz, él que por primera vez llegara a tierra del litoral ecuatoriano, descubren la costa esmeraldeña y manabita; en 1534 y 35, Sebastián de Benalcázar llega a la costa, a la isla Puná, unifica el callejón interandino, sometiendo las diversas parcialidades de indios, y extiende su dominio hasta Popayán, vinculando el Cuzco al

Reino de Quito, engañándose al creer que en un momento dado de la historia es sólo cuestión de conquista exclusiva la interrelación integral de diversas nacionalidades.

En la vida española, en el Reino de Quito, —transformado ya en Real Audiencia desde 1563— se reafirma el dominio de la Cuenca Amazónica, después de sufrida y lenta conquista, ya no sólo quiteña sino continental, como continental es el Amazonas, el gran río-mar que lo vitaliza. Pero, con todo, de justicia histórica- americana, corresponde a la nacionalidad ecuatoriana la primacía y el derecho amazónicos; corresponde a ella la grandeza histórica del Oriente; las legendarias y fantásticas empresas de exploración y de conquista en ese mundo de río y de selva que, solamente la ilimitada ansiedad del **Dorado**, pudo empujar a la vitalidad hispana hacia el sacrificio en el camino sin salida.

Medios económicos de la nacionalidad quiteña, elemento humano —indios, gobernadores, religiosos— emprende en las primeras y titánicas jornadas de conquista Oriental. Sólo, muchos años después, el Brasil y el Perú se internarán en las selvas, con las empresas de los marañones y portugueses, ya religiosos y militares que, en travesía transversal, tocarán algunos puntos de la Cuenca.

A Gonzalo Díaz de Pineda corresponde el honor de abrir en 1538 el camino definitivo de las exploraciones orientales, trasmontando la cordillera andina, recorriendo el valle de Cosanga, aproximándose a la población de Sumaco e incorporando estas tierras a la Villa de San Francisco de Quito, de la que fuera entusiasta y emprendedor Teniente de Gobernador. Luego corresponde a Gonzalo Pizarro y a su capitán Francisco de Orellana el legítimo orgullo de abrir el Amazonas a la cultura hispana.

Jornadas apasionantes de heroísmo, ambición y fantasía desbordantes, determinaron para que Pizarro saliendo de Quito, con una expedición que hará historia en siglos venideros, llegare hasta el Napo, y Orellana, aguas abajo, fuese a extasiarse en el turbión del Amazonas, rumbo al Atlántico, reconociendo después España el descubrimiento del río portentoso, otorgando títulos a su descubridor y colmándole de honores, y denunciando, a la vez, en este reconocimiento, al mundo en general, que Quito, antiguo asiento de los aborígenes, y ahora, una pequeña villa, metida en

tre los Andes, con pujante arrogancia y febril entusiasmo, ha incorporado a la ciencia geográfica un nuevo río: el Amazonas. Y con aquella incorporación de la nación quiteña delega al mundo y al futuro para que, a semejanza del Nilo, del Eufrates, del Tigris, del Indo y del Ganges, haga florecer una cultura a la que se halla reservado el porvenir americano; y denuncia, el Rey, máxima expresión del derecho americano en los siglos XVI, XVII, XVIII y parte del XIX, que una masa compacta de quiteños, una síntesis de la nacionalidad —hoy ecuatoriana—, sin brillo y sin títulos, se arrojó en los brazos de la selva hasta entregar un cosmos desconocido hasta ese entonces, debiendo el pueblo de los Shyris, la nación ecuatoriana, inscribir con letras de fuego, en los orígenes y desembocadura del Amazonas, que una india robusta, una parte de la nacionalidad quiteña, fué la que por primera vez viera la visión del Amazonas...

Por desgracia, en aquel entonces, la lucha cruenta entre el hombre y la naturaleza, el espasmo de la muerte que brillara en miles de interrogantes y desorbitadas pupilas, la imposición de la selva milenaria sobre el minúsculo ser de exploración, no brindaron el filón de la riqueza codiciada; dejando, eso sí, para los derechos territoriales del Reino de Quito el vastísimo dominio de 4.000 kilómetros de ríos interiores, juntamente con la selva milenaria, con la leyenda del Dorado y el codiciado país de la Canela.

Años más tarde emprenden los ecuatorianos —indios y españoles— nuevas aventuras, con planes más objetivos y precisos, llegando en un período de tiempo relativamente corto a conocer y dominar en parte la selva, con energía increíble y violencia pasmosa. Así, Hernando de Benavente y Núñez de Bonilla, —1548-57— se internaron por el Azuay hasta Macas; Gil Ramírez Dávalos —1557-60—, por Riobamba hasta Canelos; el encomendero del Azuay Pedro de Vergara —1557-64—, por el Zamora, Santiago y Marañón, hasta la desembocadura del Pastaza y hasta el lago de Rumachuma; Juan de Salinas Loyola —1557-59—, por Loja hasta el Pongo de Manserique, y luego por el Marañón hasta la desembocadura del Ucayali; Diego de Vaca y Vega —1619-20—, por Loja y el Chinchipe hasta el Amazonas y la región de Mainas; las Misiones Religiosas —en distintos años—, por varias secciones interandinas, hasta tierras colindantes con el Brasil y hasta donde mu-

chos de los ríos dejan de ser navegables, sometiendo a los jíbaros y conquistando palmo a palmo la fiereza de la selva. Y, finalmente, aparecen como ciudades flotantes las de Sevilla de Oro, Andoas, Logroño, Valladolid, las que fatalmente desaparecerán por la reacción de las hordas jíbaras al terminarse del siglo XVI.

Quito, 1945.

N E P T A L I Z U N I G A

TRISTEZA Y JUBILO DEL ARCOIRIS

*Ya el caballo amarillo que viera Juan de Patmos
y que vimos nosotros,
de lejos,
con ojos pavoridos,
con su jineta ciega se escondió tras un lúgubre
horizonte de niebla.*

*Nunca tan gran silencio se hizo en el mundo, tanto
que sólo se perciben las voces del silencio.
Cesaron de cruzar por los cielos alternos
las aves de los rancos graznidos infernales.
Se puso el sol siniestro y cruel de los combates,
la luna de la muerte,
la estrella lagrimeante del héroe desconocido.*

*Atrás, en una línea de tiempo imperceptible,
entre el ayer y el hoy,
quedan los escenarios del drama apocalíptico.
Y la otra bestia bíblica, el caballo bermejo
que tatuara la carne bendita de la tierra
con sus horribles cascos de la cruz retorcida,
se despeñó hacia el vórtice de un abismo infinito.
Atrás quedan los ayes del dolor y la muerte,
las boas de la angustia,
los reptiles del hambre,
el tigre del coraje, la hiena inexorable.
Ese ayer indescripto, que apenas presentimos:
los cielos encendidos de los ángeles sin alas,
los horizontes de humo veraz de la trinchera,
las albas de las bombas crepitantes,
los mediodías del sol y de la nieve,
los rojos crepúsculos de la metralla.*

el desierto y la selva de las negras viglias.
Quedan los inauditos campos de prisioneros:
infiernos del martirio y de la inmolación,
eriales del dolor donde la bestia humana
sólo sembró las plantas del odio y la venganza.

Atrás, y sin embargo, repercutiendo siempre,
dentro los oídos, quedan: los gritos de agonía
de los que balbuceando:
¡Madre! ¡Patria!
¡Libertad!
y envueltos en sudarios de heroicidad hallaron
sus sepulcros, extraños, en el fondo marino,
bajo arenas lejanas.
Quedan esas legiones de madres, cercenadas
sus flores de cariño,
esas niñas que tanto a luz de la esperanza
soñaron en las horas
del azahar virginal y del laurel invicto;
esa legión de huérfanos
que ya nunca en los ojos del padre han de mirarse.

Sobre un mundo que llora su llanto de amargura,
de mística esperanza,
y de clara alegría,
sobre un estremecido océano de sangre,
sobre los blancos huesos de millares de muertos,
sobre una caravana de espectros mutilados,
y sobre los escombros negros de las ciudades,
flor del jardín sangriento del Triunfo y la Victoria,
se levanta a los cielos lejanos el arcoiris.

¡Qué doliente y amargo este júbilo raro
que bebemos,
y que deja en nuestra alma tanto sabor de sangre!
Y este estremecimiento tan humano y tan cierto
de dolor y alegría!

Parece que un sol nuevo alumbrara la vida!
que, de pronto, nacimos otros, en nuestra misma
corteza deleznable!

Llueve sobre los héroes lluvia blanca de estrellas,
por los arcos del triunfo ya van, como en el canto

de Dario!
*Las trompetas marciales abriendo el horizonte
de un nuevo mundo.*

*Nacerán en las cuencas ciegas de las calaveras
amapolas de fuego!
Regados y abonados quedan los campos,
de humus y sangre humanos,
para que humanos labren y siembren y cosechen...*

Ah!
*si el fulgor de esperanza de este arcoiris soñado
fuera
un renacimiento fiel de la primavera!
La pura luz del sol
y de la luna blanca de la paz y el amor!
Si fuera el renacer humano y sólo humano
del hombre!
Del hombre, criatura divina, el mismo un dios
que podría al impulso de su fe y voluntad
rehacer para el hombre el reino de la tierra,
en la que suyos sean:
las alas, nunca asidas,
de la Libertad,
la abscondita alegría
del vivir
y la resignación serena del morir!*

Quito, Mayo 8 de 1945.

LA PAZ SEA CON NOSOTROS

*El Monstruo de la Guerra con sus ojos de sangre
vio pasar la blancura fulgente de la Paz...
quemando la tiniebla con la llama de oliva,
abriendo el horizonte con su rostro de luz.*

*El pulpo del dominio, el vampiro del odio,
el dragón de la ira, el yugo de la muerte
dieron cuatro alaridos en la boca del Monstruo...
Se quejaron los montes; el mar dio saltos locos;
los cristales del aire se hicieron trizas de agua;
los niños se arrugaron como formas de goma
y la vida en los ojos se estremeció de angustia.
Espanto tan enorme, que liquide la tierra...
ocasiona tan sólo el Monstruo de la Guerra.*

*El Angel de la Paz nos cubre con sus velos
de arminio y de estrella. Colora las banderas;
en las vendas dolidas se viste de esperanza;
apaga la congoja, y el ave del amor
revuela por las uvas de la felicidad...
El Monstruo de la Guerra vencido por la Paz
se abre el vientre fatídico con sus garras de acero
y se bebe su sangre; se atraganta sus vísceras...
Suicidio tan horrendo no se ha visto jamás!*

*Los labios temblorosos se inunda de armonías.
Las alas de las manos trazan signos profundos.
Los ojos en penumbra se revisten de arcoires.
Las madres de sus senos extraen leche turbia
para que nazca el hijo limpio como el cristal.
Quiebra el hombre en su instinto las espadas del odio.
Las vírgenes ya pueden dar la flor de su vientre
anegadas de júbilo... Las puertas del destino
se abren de par en par cuando la Paz alumbrá.*

Para qué más cañones si los hombres son balas.
Para qué más fusiles si el pecho es un impacto.
Para qué más aviones si el corazón es bomba.
Para qué la ametralla si las venas son cintas
cargadas de relámpagos. Derretir los aceros;
hundir montes impávidos es crear un infierno
con nuestras propias manos teñidas de ambiciones...
Cómo el hombre es un monstruo cuando el mal lo corrompe!
Por destruir a su hermano se destruye a sí mismo.

El sol ya no se espanta con la mirada torva
de Hitler, el Satán. Ha muerto Mussolini
como mueren los ogros en sus propios colmillos.
Nos queda Hirohito, el sátrapa del Asia,
para quien el infierno se agranda horrorífico.
No revienta el oído los cascos de las bestias.
El día es más largo porque el susto es más corto.
El látigo de Cristo extermina la infamia.
El mal nunca se impone; se eclipsa por sus culpas.

Pasó la pesadilla con sus hachas horribles.
La luz de la Victoria limpia la roja sangre.
La tierra generosa se alzará al horizonte
sonriéndose en los pétalos, volando en el perfume.
Un rumor de albas nuevas nos anuncian las cumbres.
El sol vendrá cargado de pensamientos tersos.
Ya no hay noches sin días, ni dolor sin contento.
La flor del mundo se abre cual fruto sempiterno.
Cómo nos nace el bien cuando la Paz nos nutre.

¡Bendita sea la Paz! Benditos sean los hombres
que apagaron sus vidas por encender los faros
del amor, la concordia. Benditos los que lucen
sobre la faz del globo las sagradas banderas
de la liberación. Que Stalin, Roosevelt, Churchill,
tres torres de centellas, esparzan la semilla
de la felicidad. Emancipado el hombre
de la Guerra, el espíritu flameará cual bandera...
Si la Paz es la vida, que la Paz nos asista!

Quito, Mayo de 1945.

EPOPEYA ANDINA

Para AUGUSTO ARIAS

*Cordillera andina que, con hitos albos,
jalona tu Historia de vieja inquietud:
tremante, tu audacia te irguió hacia los astros,
inquiriendo, ansiosa, la Verdad... la Luz!*

*Pero no triunfaste! ... y tus cien fracasos
crearon Gigantes de augusto dolor...
se hicieron diamantes, que se lapidaron,
con el hielo pulcro de la decepción!*

*Mil rulos de siglos sobre tí rodaron;
pero no se extingue tu fiera obsesión:
... flamígeras lenguas lanzan al Arcano
apóstrofe ustorio, en desolación...*

*perloras el éxtasis del inerte Espacio,
con tirabuzones de turbia espiral...
retan al Misterio zarpas de basalto...
retuerces tus trenos en la Eternidad!*

*Sierra atormentada: tienes de lo Humano
el sublime sello de la Excelsitud,
la Idea que insurge con incendios claros...
la Duda, que es humo, que mancha el Azul!*

Quito, 1944

EMILIO ALZURO ESPINOSA

PANAMA EN EL PASADO Y EN EL PRESENTE

Charla sustentada por el Excmo. Sr. Dr. Dn. Narciso Garay, Embajador de Panamá en nuestro País, el 2 de Noviembre de 1944, en el Seminario de Asuntos Internacionales, organizado por la Asociación de Ex-alumnos de los Planteles Universitarios de los Estados Unidos en Quito.

El jueves antepasado, después de haber terminado su charla el señor Luquín, una interesantísima discusión se inició alrededor de ciertos tópicos suscitados por él. Fueron tantos y tan variados esos tópicos que la discusión entraba en su período más interesante cuando la hora avanzada nos obligó a suspender la sesión en vista de que algunos de nosotros teníamos compromisos sociales para esa noche. Nos quedamos, como si dijéramos, con la miel en los labios. Pero una sugestión que tuve el honor de hacer para que la discusión continuara el jueves siguiente y se pospusiera mi charla para una fecha ulterior, no fué acogida por los circunstancias, quienes insistieron en mantener el programa primitivo. Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone. La visita a Quito del ex-Presidente de Colombia, Dr. Eduardo Santos, trastornó los arreglos primitivos y ni discusión general ni charla sobre Panamá pudieron realizarse el jueves pasado, cuando la Embajada de Colombia abría sus puertas para ofrecer una recepción en honor del ilustre hombre público colombiano.

Para evitar que se anude después de mi charla una discusión general como la de hace quince días y que nos veamos precisados a interrumpirla abruptamente a poco de haberla comenzado, prescindiré de conclusiones o de tesis sus-

ceptibles de dar asidero a pareceres y opiniones opuestos o divergentes, y me concretaré a hechos históricos sobre los cuales cada uno de nosotros queda en libertad de sacar *in pectore* las conclusiones que a bien tenga. Acordándome del camino aquel que mencionaba en su intervención de hace dos semanas el Dr. Benjamín Carrión, no trataré de explorar el horizonte, ni de especular sobre lo que el porvenir nos reserva más allá del camino que la Providencia nos ha deparado a los panameños; me concretaré a señalar las mejoras o los daños que en el curso de nuestro devenir nacional hemos podido hacerle los pobladores de esa región del globo al camino del istmo que tanta codicia ha despertado por su posesión en los últimos cuatro siglos y medio que cuenta mi país de existencia histórica propiamente dicha.

En la primera charla tocó el señor Luquín el problema filosófico de si el destino de los pueblos es condicionado por el suelo, el clima, el medio ambiente, es decir, por elementos extraños al hombre, o si es el hombre quien con su voluntad, su inteligencia y su esfuerzo logra encauzar la suerte de sus conterráneos en dirección distinta de la que le imprime la naturaleza. En dos palabras, si es el determinismo quien decide o es el libre albedrío o son ambos.

Excuso decir que no tercié entonces ni terciaré ahora en ese debate; y en cuanto a la experiencia de mi país, ella demuestra que mientras la acción del hombre se conformó a la geografía, a la geología, a las condiciones naturales de la región, su labor fué benéfica y fecunda. Cuando quiera que la obra humana trató de supeditar o contravenir a la obra de la naturaleza, el fracaso fué evidente y con él se abrió el camino de las rectificaciones y las reparaciones dolorosas.

Por su situación geográfica excepcional, en la cintura más estrecha del continente americano, Panamá se hallaba predestinado a servir de centro de comunicaciones, puente del mundo, escrucijada del comercio universal, como tantas veces se le ha llamado. Ahora bien, podían los aborígenes de Panamá, en los siglos que precedieron a su descubrimiento, tener la intuición, la conciencia del destino que estaba reservado a esa porción del globo? Poseían ellos los conocimientos geográficos necesarios, la técnica necesaria para poder dar un paso hacia adelante en el sentido de la realización de su destino o vocación colectiva? No lo creo.

y por lo tanto me veo obligado a admitir que ese destino quedó en estado virtual o potencial durante toda la época precolombina. Si los europeos, incluyendo a Cristóbal Colón, no tenían todavía idea de la unidad del planeta en los días del descubrimiento, qué podía esperarse de los naturales de América cuyo estado de civilización y cultura estaba cien codos por debajo el de Europa?

Que las tribus de la región panameña tenían nociones más claras y extensas sobre la geografía del continente que otras tribus radicadas en el **hinterland** americano, lo demuestra el hecho de que por ellas tuvo noticias Balboa de la existencia del Mar del Sur y del imperio del Perú.

Refieren los cronistas españoles que Panquiaco, hijo del cacique Comagre, anunció a Balboa la existencia de un inmenso océano más allá de la cordillera, anuncio que confirmó poco después el cacique Ponca; y que luego de haberse descubierto el Mar del Sur, el cacique Tumaco, ribereño de aquel mar, anunció a Balboa la existencia del Perú y de las bestias de carga americanas que empleaban los indios peruanos, cuya descripción hizo Tumaco modelando en arcilla con sus propias manos la figura de una llama. Pero no es sino a la llegada de los españoles cuando comienza a delinearse en claros y definidos contornos la misión futura del istmo de Panamá.

Antes conviene considerar los antecedentes históricos del Descubrimiento y, en particular, el estado en que se encontraban en la Edad Media las comunicaciones marítimas y la navegación.

El comercio con los infieles del Oriente había sido prohibido por el Papa. Era como tener hoy comercio con el enemigo. Desde el siglo XIV, sin embargo, Venecia y Génova, ciudades libres que vivían y prosperaban al amparo del comercio y la navegación, obtienen bulas papales para poder negociar con los orientales, y por dos siglos usufructúan y monopolizan el intercambio comercial entre Europa y Asia. Francia, España y Portugal consiguieron más tarde bulas papales que los autorizaban igualmente para ejercer el mismo comercio, pero no pudieron desalojar a los venecianos y genoveses de sus posiciones adquiridas, y la competencia que emprendieron les resultó ilusoria. Un suceso de gran trascendencia para los destinos de Europa ocu-

rió en 1453. Los turcos se adueñaron de Siria y de Constantinopla, y cerraron la ruta comercial de los genoveses que de Constantinopla seguía la vía terrestre por caravanas hasta India y China. La amenaza de los turcos en dirección a Egipto amenazaba también la ruta comercial de los venecianos que en vez de Constantinopla se servían de Alejandría como puerto de descarga y punto de partida de su mercancía que de allí seguía a lomo de elefantes y camellos hasta India.

En estas circunstancias, se buscaba afanosamente una ruta comercial que condujera al Asia sin tocar en Alejandría, amenazada como he dicho por los otomanos. Estimulados por esa aspiración, los navegantes portugueses exploran las Azores, la isla de Madera, y descubren el cabo Bojador, al Noroeste de Africa, el cual doblan años después, dándose cuenta de que el Africa no era una península, como ellos creían, sino un continente. A fines del siglo XIV descubren la punta meridional del continente africano, el cabo de Buena Esperanza, que Vasco de Gama logra doblar en 1497. Pero esta ruta de la India circunvalando el Africa, resultaba muy larga y costosa, y es entonces cuando surge en la mente de Cristóbal Colón, navegante genovés, la idea de explorar el océano para encontrar, navegando al occidente, una ruta directa entre Europa y Asia.

En su primer viaje, Colón, ignorante de las verdaderas dimensiones del planeta, toca tierra en el Nuevo Mundo, y cree haber encontrado el continente asiático, los reinos de Cipango, Catay, Mungui, celebrados por Marco Polo. En consecuencia, da el nombre de Las Indias al territorio descubierto, y desde entonces se llama indios a los aborígenes del Nuevo Mundo, apelativo que se ha perpetuado a pesar de su inexactitud geográfica y étnica.

En sus tres primeros viajes, Colón no llegó a descubrir la región panameña. Fué en su cuarto y último viaje cuando recorrió la costa de Centro América a partir del cabo Gracias a Dios, en Honduras, y arribó sucesivamente a la bahía de Caribaró, hoy llamada del Almirante por su descubridor; a Aburemá, nombre indígena de la que es hoy Laguna de Chiriquí; a un hermoso puerto que fué llamado por él en su idioma nativo *porto bello*, nombre que conserva castellanizado: Portobelo, con una sola l; a la punta de Nombre de Dios, al puerto de Bastimentos y al puerto Escribano. Pero ya estos tres últimos lugares habían sido descu-

biertos un año antes por Rodrigo de Bastidas, pues las noticias de los tres primeros viajes del Almirante, difundándose por toda Europa, habían estimulado las ansias de lucro y aventura de los exploradores españoles, portugueses e ingleses, con el resultado de que los portugueses no tardaron en llegar al Brasil, los ingleses a Terranova, el Labrador y la Florida, y Rodrigo de Bastidas, español, a la costa atlántica panameña desde el Río Atrato hasta el puerto Escribano, así llamado en honor de Bastidas, que era Escribano público del barrio de Triana de Sevilla antes de hacerse explorador y descubridor.

La abundancia de oro que observó Colón en la región del istmo panameño, le hizo escribir a los soberanos de Castilla que en dos días había encontrado allí más cantidad de ese metal que en cuatro años en Haití o en Cuba. De ahí sin duda el nombre de Castilla del Oro con que la Corona de España bautizó posteriormente esa región. Era tanta esa riqueza aurífera que Cristóbal Colón retrocedió al oeste desde Puerto Escribano, ansioso de explorar la región de Veraguas, donde los indios le habían dicho que existían minas de oro riquísimas. Colón abandonaba así momentáneamente el sueño del estrecho o la ruta directa hacia la India, sin sospechar que al poner el pié en el istmo de Panamá, su idea iba a alcanzar cuatro siglos y medio más tarde la más completa realización gracias al canal interoceánico abierto en las entrañas de aquel suelo.

Colón fundó entonces el establecimiento de Santa María de Belén, en el norte de Veraguas, y regresó a España dejando la colonia al mando de su hermano Bartolomé. Los indios destruyeron el establecimiento, pero desde entonces quedó vinculado el nombre de la familia Colón a la región panameña de Veraguas. En ella creó la Corona de España el Ducado de Veraguas en favor de Colón y sus descendientes, y estos últimos ostentan todavía en la Península el título de duques de Veraguas.

Después de Colón, la persona más destacada en el descubrimiento y la conquista de Panamá es el Adelantado del Mar del Sur, Vasco Núñez de Balboa. Para seguir mejor la trayectoria de su vida y hazañas, conviene recordar los antecedentes de la fundación de Castilla del Oro.

Dos caballeros, Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda, celebraron capitulaciones con el Rey de España para colonizar y gobernar la Tierra Firme entre el cabo de Gracias

a Dios y el cabo de la Vela, con el Golfo de Urabá de por medio como punto divisorio. Al oriente del Golfo demoraba el territorio adjudicado a Ojeda que se llamó Nueva Andalucía; al occidente, el territorio de Nicuesa que se llamó Castilla del Oro. Antes de llegar a esos dominios, ya los dos conquistadores tuvieron diferencias entre sí sobre la extensión y los límites de sus respectivos feudos, y desde la Isla Española, hoy Santo Domingo, decidieron dirimir las por mediación del piloto Juan de la Cosa, quien aplicando, por primera vez acaso, los métodos del arbitraje y los buenos oficios en América, señaló el Río Atrato o Darién como lindero entre la Nueva Andalucía, hoy Colombia, y la Castilla del Oro, hoy Panamá. Nicuesa y Ojeda desembarcaron en la bahía de Calamar y allí se separaron. Nicuesa se dirigió al oeste en busca de la tierra de Veraguas, de áurea fama, y se estableció en el mismo sitio donde yacía la malhadada colonia de Belén, abandonada antaño por Bartolomé Colón. Ojeda enrumba al oriente y funda en su jurisdicción la población de San Sebastián de Buena Vista que no tarda en ser incendiada por los indios urabáes. Un soldado de la colonia aparece entonces aconsejando el traslado de la colonia al otro lado del Atrato, donde los indios eran menos belicosos y no envenenaban sus flechas. Ese soldado era Vasco Núñez de Balboa. Su consejo fué escuchado y los expedicionarios cruzaron el Río Atrato, como otrora cruzaran el Rubicón las huestes de Julio César. Derrotaron al bravo Cemaco y fundaron en su real el pueblo de Santa María la Antigua del Darién. Como segundo de Ojeda, Enciso asumió el mando de la colonia, pero ya la jefatura de Balboa se imponía en la conciencia general y esa solución se aceleró procesando y deponiendo a Enciso por extralimitación de poder, ya que Ojeda, su jefe, carecía de jurisdicción sobre Castilla del Oro, donde estaba ubicada Santa María la Antigua.

Dueño y señor de aquellos dominios, Balboa extendió en todas direcciones sus conquistas y exploraciones. El cacique Comagre y su hijo Panquiaco le revelan la existencia del Mar del Sur y aún la del reino del Perú que serán en adelante los objetivos de su ambición. El 25 de Septiembre de 1513 divisa por fin, desde la cima de la cordillera del Chucunaque, el Océano Pacífico del cual toma posesión en nombre de los reyes de Castilla entrando en sus aguas revestido de su armadura, con el pendón de Castilla

en una mano y la espada en la otra. Aunque algo pueril mi observación, no puedo dejar de decir aquí que este gesto del famoso Adelantado del Mar del Sur se presta a serios reparos. Las aguas no son, como sí es el territorio, un elemento susceptible de apropiación. Se las puede dominar con una flota, con la artillería de los fuertes o con los aviones de combate, pero dado el constante movimiento de las capas superiores del océano, su falta de estabilidad y su naturaleza peculiar, no se las puede parcelar, amojonar, ni fortificar. Es verdad que los Estados tienen la soberanía del mar territorial, pero este mar es una franja de tres millas de extensión o de las dimensiones que cada país determina en su legislación, sobre la cual ejerce la vigilancia y policía necesarias para la seguridad y defensa de sus costas; y el hecho de que existe el paso inocente por las aguas territoriales para los navíos de guerra de los demás Estados, en tanto que tal paso inocente por el territorio terrestre no se admite para los ejércitos de los demás Estados, indica bien la diferencia que existe entre la posesión territorial y la posesión marítima. Esto es tanto más cierto cuanto que hoy en América hay un consenso de opinión favorable a la doctrina de la libertad de los mares. El gesto de Balboa fué, por lo tanto, muy hermoso y espectacular, muy propio para inspirar bellos cuadros a los pintores de temas históricos, pero quizás en discrepancia con los conceptos consagrados del Derecho Internacional.

De Santa María la Antigua del Darién, la primera capital de Castilla del Oro, fundada por Balboa, no queda ni rastro, según informes que obtuve en 1929, cuando recorrí en varias ocasiones el Archipiélago de San Blas. Además, el sitio donde estaba ubicada la ciudad se encuentra hoy en jurisdicción colombiana, de acuerdo con el Tratado de Límites entre Panamá y Colombia de 1924, y hasta allá no puede extenderse ya nuestro afán de reconstrucción histórica.

Pedrarias Dávila, sucesor de Balboa en la jefatura del Darién, después del proceso que inició contra el Adelantado y que terminó con su decapitación en Acla, otra población de la cual no existen ya ni las ruinas, trasladó la capital del reino a un sitio de pescadores en la costa del Pacífico que se llamaba Panamá, nombre que en lengua-cueva significa abundancia de peces.

En la expedición de 17 naves que trajo de España a Pedrarias o el Justador, venía también el primer cronista de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de la Historia General y Natural de las Indias, obra clásica donde pueden admirarse los pasajes siguientes que contienen una clara y penetrante visión del porvenir del istmo de Panamá: "Fué opinión del almirante primero don Chripstóbal Colom que hay estrecho de agua desde aquesta mar, que acá llamamos del Norte (en la costa de Tierra-Firme) á la del Sur ó Austral, é aquel que hay ya le halló el capitán Hernando de Magallanes. Pero acá en estas otras costas de la Tierra-Firme no se sabe que le halla, sino estrecho de tierra é no de agua; y este es el paso o traviessa que hay del Nombre de Dios a Panamá. Yo he caminado dos veces á pié esta traviessa de mar á mar; é hallo yo que desde el Nombre de Dios al cacique é assiento que llaman Joanaga, alias Capira, se ponen siete leguas é aun quassi ocho; desde Capira al río Chagre se ponen otras ocho ó más; assi que, son diez y seys leguas, é allí se acaba el mal camino; é desde allí á la Puente Admirable hay dos leguas, é desde la Puente otras dos a Panamá.

Sí como se espera adelante que con la voluntad de Dios ha de venir por allí la Especiería á Panamá, como es muy posible, digo ques muy grande el aparejo é dispusicion que hay para traer á estotra mar del Norte, non obstante las dificultades que de susso dixé deste camino, como hombre que muchas veces lo he visto é andado; porque hay maravillosa dispusicion é facilidad para andar é passar la dicha Especiería, como agora diré, después que se ponga en Panamá. Porque desde allí hasta el río Chagre hay quatro leguas de buen camino, é que muy á placer lo pueden andar carretas cargadas, porque aunque hay algunas subidas, son pequeñas, é tierra desocupada de arboleda é llana, é todo lo más destas quatro leguas es raso. E llegadas al río las carretas, allí se podría embarcar la especiería en barcas porque el río sale á esta mar del Norte doce leguas abaxo ó más al Occidente del puerto de Nombre de Dios, é donde allí entra en la mar, le llaman río de Lagartos, porque hay muchos dellos, como en otra parte lo tengo dicho.

Es de notar que este río Chagre nasce a dos leguas de la Mar del Sur, é viene á meterse en la del Norte, puesto que corre muy recio y es ancho é poderoso é hondable, é tan apropiado para lo ques dicho que no se puede decir ni ima-

ginar ni desear cosa semejante tan al propóssito para el efetto que he dicho.

Tornando al propóssito de la Especiería, digo, que quando á Nuestro Señor le plega que por aquella via de Panamá se trayga (ques muy posible) é desde allí después en carros é por tierra hasta el rio de Chagre, é después por él se ponga en estotra mar del Norte, donde he dicho,, é desde allí en España, más de siete mill leguas de navegación se ganarán, é con mucho menos peligro del que al presente se navega por los portugueses que van á la Especiería.

Digo que si desde el Nombre de Dios partiesse una nao para yr a Panamá, é oviesse derecha traviessa de un braco de mar para que la tierra que hay en medio fuesse agua, que aquellas diez é ocho ó veynte leguas que son del camino, no seria mucho que en un dia se anduviessen. Por manera que tres mill é seyscientas y quarenta leguas, por lo menos, se atajarian con aver el dicho passo por agua desde el Nombre de Dios á Panamá, para excusar tan grandíssimo rodeo como el que está dicho."

Pedrarias había fundado Acla en 1515, haciendo de esa población el terminal norte de un camino transistmico que tenía en el Pacífico, en el golfo de San Miguel, su terminal sur; y levantó una fortaleza en aquella ciudad, teatro del primer crimen judicial en América. Pero una vez fundada por el mismo Pedrarias la ciudad de Panamá sobre el Pacífico en 1519, ordenó poblar a Nombre de Dios en el Atlántico y trasladar a ese lugar los habitantes, ganados y bienes de toda especie que había en Acla y en la Antigua. La sede episcopal del Darién pasó entonces a Panamá, lugar que recibe en 1521 el título de Ciudad con blasón heráldico, creándose en ella un Cabildo a cuyos miembros se dió el título de **Veinticuatro**s.

La ciudad de Panamá, (hoy llamada La Vieja), tuvo siglo y medio de vida, desde 1519 hasta 1671, año en que fué destruída por los piratas ingleses, comandados por Henry Morgan, y por los mismos defensores españoles que al volar los polvorines para impedir su caída en manos de los bucaneros, causaron el voraz incendio que arrasó de plano la ciudad. Pero contrariamente a lo que ocurrió con Santa María la Antigua del Darién y con Acla, las ruinas de Panamá la Vieja son aún visibles para el turista y para el estudioso de historia; ellas ofrecen un aspecto imponente entre la maleza, el musgo y las plantas trepadoras que recu-

bren sus muros agrietados, testigos mudos de heróicos y olvidados tiempos.

Los fuertes, los castillos y la ciudad de Portobelo, plaza fuerte de la costa atlántica en la bahía del mismo nombre, datan de 1597. En ese año se inician las obras de la nueva plaza fuerte con la mira de contener las depredaciones de los piratas que no cesaban de atacar al comercio español en los mares y a las poblaciones e islas del nuevo continente en la tierra firme. Portobelo sobrevive, como Panamá la Vieja, a los embates de sus enemigos y del tiempo, alzando en medio de una población, hoy atrasada y menesterosa, sus ruinas majestuosas que evocan en el lenguaje de la piedra todo un pasado de grandeza y decadencia.

Apenas se supo en España la destrucción de Panamá, se despachó en el término de la distancia al nuevo Presidente de la Audiencia y Capitán General de Tierra Firme, Don Antonio Fernández de Córdova y Mendoza, con encargo de reedificar la capital y trasladarla a un sitio más adecuado para defenderla. Se eligió al efecto el sitio donde está ubicada desde entonces la actual ciudad de Panamá, rodeada como quedó de fortificaciones fuertemente artilladas y protegidas por puentes levadizos y fosos profundos, de los cuales quedan en ciertos casos el recuerdo apenas, y en otros algunos monumentos bien conservados como las murallas que llamamos hoy de Las Bóvedas, donde pueden verse las Diez Tablas, no del derecho romano, sino de la historia del Canal de Panamá, esculpidas en mármol y redactadas por nuestro eminente intelectual Octavio Méndez Pereira.

Nos queda por hablar de las dos expediciones escocesas que a fines del siglo XVI organizó William Patterson, primer Director que había sido Del Banco de Inglaterra, para colonizar el Darién, abandonado por los españoles a las depredaciones de los indios y de los negros cimarrones, y para hacer del istmo panameño un gran **entrepot** comercial entre el occidente y el oriente, con grandes puertos sobre ambos mares. Las compañías mercantiles inglesas de la India Oriental y del Africa, alarmadas por el proyecto de Patterson, en el cual veían ellas una seria amenaza para su riqueza y prosperidad, protestaron ante el Parlamento de Westminster contra la concesión otorgada a Patterson por el Parlamento escocés, y el Rey de Inglaterra, impresionado por esos temores, prohibió a sus súbditos toda rela-

ción con la Compañía de Escocia, so pena de ser considerados como traidores a la patria. Bajo tan adversos auspicios, las inclemencias del trópico, la hostilidad de los españoles y de los gobernadores de las colonias inglesas de América, de nada les valió a los expedicionarios la fundación de la Nueva Edimburgo en el antiguo puerto de Acla, la erección del fuerte de San Andrés y de una atalaya, ni la heroica resistencia que opusieron a las embestidas del ejército español; pues a la postre capitularon saliendo del territorio con los honores de la guerra después de entregar a los españoles toda la artillería del fuerte de San Andrés. La ocupación escocesa del Darién había durado casi dos años: desde el 30 de Octubre de 1698 hasta el 11 de Abril de 1700, fecha de la capitulación.

Y aquí me detengo porque los demás hechos y monumentos importantes que arrancan de la independencia para acá pertenecen a la historia panameña contemporánea y necesitan menos de ser recordados y comentados que los antiguos. La independencia de Panamá en 1821, los estudios y las obras del ferrocarril transversal que se inauguró en 1855, los estudios, proyectos y trabajos del Canal emprendidos por los franceses en 1882, y los planes y trabajos acometidos por los Estados Unidos de América en 1903 van marcando en el tiempo y en el espacio otros tantos jalones de una ruta que culmina en 1913 con la realización del sueño de los siglos, como se ha llamado al Canal de Panamá, obra profunda e indisolublemente asociada al destino de la tierra panameña y al bienestar y la prosperidad de todo el Continente.

Uno de los caracteres distintivos de la entidad geográfica y política que se denomina istmo de Panamá es, desde la época del descubrimiento, su internacionalidad. Parece impropio hablar de internacionalidad en una época en que la América toda era un vasto imperio colonial bajo la soberanía de España, Portugal, Inglaterra, Francia, sin nacionalidades independientes políticamente hablando; pero ya desde entonces ciertos lugares del Continente presentaban condiciones particulares que les daban personalidad propia bien acentuada, los hacía candidatos fuertes para conquistar la independencia algún día y los predestinaban a anudar relaciones frecuentes e importantes con numerosas naciones del globo, así como para despertar su ambición. Uno de esos lugares fué, sin duda, Panamá. La Corona de España hizo

de él en lo político, judicial y militar, el asiento de una Audiencia Real y Capitanía General mucho antes de que la mayor parte de las demás unidades políticas de su imperio colonial disfrutaran de iguales distinciones. La Audiencia de Panamá fué la tercera de América, apenas posterior a las de Santo Domingo y México. La ciudad de Panamá fundada por Pedrarias Dávila en 1519, capital de Castilla del Oro hasta su destrucción por los piratas de Morgan en 1671, fué el primer establecimiento español de alguna importancia en el Nuevo Mundo. Su fundación es diez y seis años anterior a la de Lima, diecinueve a la de Bogotá, noventa y cuatro a la de Nueva York. Fué el foco central de la conquista militar y del comercio español en el Pacífico. La campaña del Perú que encabezaron Pizarro, Almagro y Luque, allí fué tramada; en las ruinas de la vieja ciudad se alza un monumento conmemorativo de ese trascendental suceso, erigido no recuerdo si por el gobierno nacional peruano o por el municipio de Lima. Las mismas agresiones de los corsarios ingleses, franceses y holandeses que tantos estragos causaron por más de un siglo en las viejas poblaciones de nuestro litoral atlántico: Portobelo, Nombre de Dios, Castillo de Chagres, etc.; y en las del litoral pacífico: Panamá, Taboga, Cana, Natá, Remedios, etc., ponen de relieve la importancia que para las patrias de los bucaneros tenía y sigue teniendo el istmo panameño, la codicia con que lo miraban las grandes potencias militares y comerciales, rivales de España en aquellos días, y su gran valor estratégico e internacional. Destacó esa internacionalidad característica del suelo istmeño, la escogencia que de él hizo Simón Bolívar en los albores de la independencia americana para servir de sede al Congreso anfictiónico de 1826.

Los estudios y trabajos que desde los tiempos de Carlos V se han venido haciendo para establecer la comunicación intermarina en Panamá; los que se llevaron a cabo durante la colonia, y después de la independencia, hasta su culminación en la obra del Ferrocarril de Panamá, inaugurada en 1855, y en la del Canal Interoceánico inaugurado en 1913, jalonan, pues, las sucesivas etapas de un desarrollo formidable en el camino de la realización de ese destino internacional que ponía de manifiesto el viejo escudo de armas de la República con su lapidaria leyenda: **Pro Mundi Beneficio**, tan echada de menos hoy por algunos panameños cuyo sentimiento comparto.

Y es admirable que con las etapas de ese desarrollo de índole internacional coincidieran las etapas de un desarrollo paralelo: el del espíritu nacional panameño, que puede seguirse paso a paso a través de su historia hasta alcanzar su punto culminante en la proclamación de la República el 3 de Noviembre de 1903, cuando, según lo expresa el Manifiesto de los Miembros de la Junta de Gobierno Provisional de la Nación: "Al separarnos de nuestros hermanos de Colombia, lo hacemos sin rencor y sin alegría. Como un hijo que se separa del hogar paterno, el pueblo istmeño al adoptar la vía que ha escogido, lo ha hecho con dolor, pero en cumplimiento de supremos e imperiosos deberes: el de su propia conservación y el de trabajar por su propio bienestar.

Entramos, pues, a formar entre las naciones libres del mundo, considerando a Colombia como nación hermana con la cual estaremos siempre que las circunstancias lo demanden y por cuya prosperidad hacemos los más fervientes y sinceros votos. J. A. Arango, Federico Boyd, Tomás Arias."

La condición de país de tránsito que tiene Panamá, viéndolo principalmente del transporte de personas y mercancías, tanto en la era colonial como en la era republicana, ha hecho su fortuna varias veces y también su ruina. Todas las actividades se han concentrado en las ciudades terminales, puertos del Atlántico y del Pacífico: Acla y el Golfo de San Miguel en los días del Descubrimiento y la Conquista; Panamá viejo y Nombre de Dios o Panamá viejo y Portobelo, durante la colonia; Panamá nuevo y Portobelo, en tiempo de la colonia y de la Gran Colombia; Panamá nuevo y Chagres, o Panamá nuevo y Colón, desde la construcción del ferrocarril trans-istmico hasta nuestros días. La fiebre de negocios, aventuras y emociones que esa agitada vida porteña trae consigo, impidió que el interior del país recibiera el sudor fecundante del trabajo del pueblo, y de ahí que la agricultura y las industrias nunca tuvieron, ni tienen hoy aún, el desarrollo suficiente para poder abastecer las necesidades internas y exportar el surplus. Sólo el comercio de cambio de productos y mercancías tenía vida propia en tiendas y almacenes. Como en las ciudades libres de Venecia y Génova, cada vez que una nueva ruta marítima se descubría arrastrando consigo las corrientes del comercio internacional, la decadencia de los dos puertos

ístmicos terminales sobrevinía enseguida y en ocasiones la ruina era completa. Así por ejemplo, cuando se abrió a la navegación la ruta del Cabo de Hornos, por efecto de la paz celebrada entre España e Inglaterra, y los bajeles pudieron encaminar por allí el tráfico marítimo entre España y sus colonias del Pacífico, Portobelo y Panamá quedaron sumidas en la miseria. Otro tanto ocurrió cuando cesó la enorme avalancha humana que se desbordaba por el istmo a raíz del descubrimiento de las minas de oro de California, a mediados del siglo pasado. La postración económica en que cayeron por ese motivo los dos puertos oceánicos y por ende el resto del país, fué otra triste y dolorosa experiencia para el pueblo panameño que de poco le valió, infortunadamente. Ni fué distinta la reacción que produjo a fines del siglo pasado la quiebra de la Compañía Universal del Canal Interoceánico fundada por Ferdinand de Lesseps, el Gran Francés, con su obligada paralización de operaciones y el éxodo consiguiente de los capitales en juego. Y es que el istmo panameño tiene en el Continente funciones análogas a las de la garganta en el cuerpo humano: por ella todo pasa y en ella nada queda. Así las rachas de abundancia y riqueza que presentaban en siglos pasados las ferias anuales de Portobelo, las caravanas de aventureros y soldados de fortuna que atravesaban el territorio en tiempo de "la California", el derroche de dinero que caracterizó el período de vacas gordas del Canal Francés, no dejaron en el imprevisivo pueblo panameño otra huella de sus pasos que una sensación de hastío, ni más seguridad que la de no haber hecho provisiones para el invierno. Por eso cuando se abrió al comercio marítimo universal el Canal de Panamá, la población nativa receleba instintivamente que esta nueva empresa iba a tener también su eclipse algún día; y cuando los progresos de la aviación comercial hicieron temer que la navegación marítima fuera pronto destronada por la navegación aérea, aquellos temores redoblaron de intensidad. Por fortuna los pronósticos pesimistas de aquellos días no han tenido posterior confirmación, y antes bien Panamá sigue empuñando desde su posesión geográfica privilegiada el cetro de las comunicaciones marítimas, así como el nuevo cetro de las comunicaciones aéreas.

Un esbozo de la historia de la Audiencia de Panamá, otro de los ataques de corsarios europeos contra el istmo, y

un tercero de los proyectos conocidos sobre apertura del canal interoceánico, están aquí en su lugar y vamos a emprenderlos uno en pos de otro.

En la legislación española de Indias las audiencias eran tribunales supremos que conocían en última instancia de los asuntos civiles, criminales y eclesiásticos. La integran togados llamados Oidores que fallaban por Reales Acuerdos y sus fallos eran apelables ante el Consejo de Indias. El período de su mandato era indefinido. No podían contraer matrimonio en el territorio de su jurisdicción, ni bautizar niños, ni apadrinar bodas, ni adquirir más propiedades que dos, o tres esclavos para su servicio. En Panamá un Presidente de Audiencia reunía a veces todos los poderes: el judicial, el administrativo y el militar, pues solía ser a la vez que Presidente de la Audiencia, Gobernador del Reino y Capitán General del Ejército.

La Audiencia de Panamá fué la tercera que se fundó en América, después de las de Santo Domingo y México. De la obra de Enrique Ruiz Guiñazú intitulada *La Magistratura Indiana* entresaco a continuación datos muy importantes sobre la Audiencia de Panamá y su existencia inestable y accidentada: "Tuvo su origen", dice el historiador argentino, "en las reales cédulas de 30 de Febrero de 1535, 2 de Marzo de 1537 y 26 de Febrero de 1538; esta última es la carta de su instalación en tiempo de Carlos V."

"En 1539 se incorporaron a esta audiencia las provincias de Nicoya y Nicaragua, sujetas hasta entonces a la de Santo Domingo en la Isla Española". (op. cit. pág. 87).

Constaba de cuatro Oidores, un Fiscal, dos Alcaldes y otros empleados subalternos. Sólo duró esta primera Audiencia de Panamá cinco años.

"Es curiosa" —agrega más adelante Ruiz Guiñazú— "la Ordenanza siguiente, la cual acusa el desconocimiento más absoluto de la extensión territorial del continente...: ¡Item ordenamos e mandamos que las apelaciones que se interpusieran de cualquier nuestros gobernadores e sus alcaldes mayores e otros cualquier nuestros jueces y justicias, así de la dicha provincia de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, como de las provincias del Río de la Plata y del Estrecho de Magallanes, y la Nueva Toledo y la Nueva Castilla llamada Perú, y la provincia del río San Juan y Veragua y el ducado de Corabaro a Nicaragua y Cartagena, así por la mal del Sur como por la costa del Norte, ayan de

yr e vayan a la dicha nuestra audiencia, según e como e de la manera que vienen en estos nuestros reynos a las nuestras audiencias de Valladolid y Granada" (op. cit. pág. 89).

La crítica del historiador argentino carece aquí de fundamento. No fué por desconocimiento de la geografía americana por lo que el monarca español sometió a la jurisdicción de la Audiencia de Panamá a países tan distantes como las provincias del Río de la Plata y del estrecho de Magallanes, sino precisamente por lo contrario. Antes de eso no había en el continente más audiencias reales que las de Santo Domingo y México, y la fundación de la de Panamá favoreció a aquellas lejanas provincias con un tribunal de justicia más cercano, ya que por aquel entonces no había más a' sur núcleos de población suficientemente importantes y organizados para ameritar la creación de tribunales menos distantes de la Plata y Magallanes.

Prosigue La Magistratura Indiana: "Después de la muerte de Pizarro y Alvarado se produjo la primera reforma de trascendencia impuesta por los hechos. Se suprimió la Audiencia de Panamá y se fundó al mismo tiempo que el Virreinato de Perú el tribunal llamado audiencia de los confines de Guatemala y Nicaragua". (op. cit. pág. 87).

Quedó por consiguiente supeditada la autoridad panameña a la Audiencia de Guatemala.

"La instalación", sigue diciendo nuestro autor, "se hizo el 16 de Mayo de 1544 con el nombre ya mencionado de "Los Confines", en la ciudad de "Gracias a Dios", lugar misérrimo aunque situado en la mediación del reino." (ib. ib.)

"Esta instalación fué temporaria" —dice Ruiz Guñazú refiriéndose a la de la Audiencia de los Confines en Gracias a Dios— "pues las reales cédulas de 25 de Diciembre de 1548 y 1º de Junio de 1549 autorizaron la mudanza; y el traslado se hizo a la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, según la aprobación de 1º de Julio de 1550.

Acusaciones y dificultades de todo género decidieron a Felipe II a trasladar nuevamente la audiencia a Panamá, al parecer definitivamente, según la real cédula de 8 de Septiembre de 1563, pero con jurisdicción restringida". (op. cit. pág. 88).

El inquisidor De la Gasca vino del Perú en 1548 con la misión de pacificar a Panamá, perturbada entonces por to-

da clase de conflictos y desórdenes, y sometió desde entonces su gobierno a la dependencia del Virreinato del Perú.

Ese mismo año de 1563 cesó esa dependencia del Perú. Pero sigo transcribiendo:

"Sin embargo, las cosas no pararon en ello, pues el Virrey Velasco y la audiencia de México, así como los fervorosos empeños de Fray Bartolomé de las Casas, lograron cambiar el ánimo del monarca, e hicieron retornar la audiencia a Guatemala" (op. cit. pág. 88) donde se abrió el 3 de Marzo de 1570.

"Como se vé" —concluye el autor— "Panamá y Santiago de Guatemala, fueron alternativamente asiento del regio "tribunal." (ib. id.)

"Una real cédula de 8 de Septiembre de 1563, dirigida al presidente y oidores de la audiencia de México, ordenó el traslado a Panamá "entendiendo que así cumple a nuestro servicio". Por límites se le señalaron las ciudades de Panamá, Nombre de Dios, Nota, la Gobernación de Veraguas y la costa hacia el poniente hasta la bahía de Fonseca exclusive por el Pacífico y el río Ulúa por el Atlántico. Lo restante dependería de México. . ." (op. cit. pág. 91).

"La razón de la nueva erección de la audiencia de Panamá fué poner coto a los caudillos levantiscos, pues dos alzamientos, uno de los Contreras en 1550. . . y otro de Rodrigo Méndez en 1562. . . habían provocado disturbios considerables. . . Pero es más lógico suponer como causa más inmediata y principal el despacho de las flotas a la metrópoli, en atención a que el comercio marítimo se realizaba por ese punto.

Ello daba a la audiencia un papel preponderante, pues es sabida la accidentada historia del comercio indiano y la serie de invasiones militares sufridas por la ciudad de Portobelo, de feliz memoria." (op. cit. pág. 92).

"Se precisaron los límites correspondientes a ambas audiencias" —las de Panamá y Guatemala— que por primera vez tenían de manera autónoma e íntegra, el mando y jurisdicción sobre un territorio determinado. . . Fué necesario, pues, el transcurso de medio siglo de tramitaciones para dejar definitivamente erigida ambas audiencias, las cuales a partir de la citada decisión real, adquieren vida propia e independiente una de otra."

"Por lo que respecta a Panamá, agregaremos a título informativo, que a principios del siglo 17, había allí siete

tribunales de Justicia. Además de la real audiencia se contaba el juzgado de bienes de difuntos, el alcalde de corte, el cabildo, los alcaldes ordinarios, los de hermandad y los oficiales reales. La audiencia se componía del presidente, cuatro oidores, el fiscal, el alguacil mayor de corte, el relator, cuatro abogados, dos escribanos de cámara, cinco procuradores, dos receptores y un portero. Entre el personal se incluía al alcalde de la cárcel, dos alguaciles menores, el repartidor de los pleitos, el tasador y el solicitador de las causas del fisco." (op. cit. pág. 93).

"La audiencia de Panamá permaneció subordinada al Virrey del Perú, y por consiguiente su presidente sólo podía entender en materias de justicia, por cuanto en las de guerra y gobierno debía obedecer y ejecutar las órdenes virreinales. De este punto de vista, la audiencia mereció repetidos reproches. Parece ser que la distancia y la dificultad en las comunicaciones constituían un incentivo para la indisciplina y los abusos." (op. cit. pág. 94).

Ruiz Guíñazú detiene allí su historial de la Audiencia Real de Panamá y concluye su capítulo así: "En 1751 se extinguió para siempre, como único medio de hacer cesar las continuas discordias que allí se experimentaban."

Deja de mencionar este autor la extinción de la audiencia en 1716 durante el gobierno del Mariscal de Campo José Hurtado y Amézaga, con motivo de la conducta reprehensible de los Oidores, al propio tiempo que la Corte de España destituía al Gobernador Hurtado y volvía a agregar el territorio de su jurisdicción a la autoridad del Virrey y de la Audiencia del Perú. También omite La Magistratura Indiana toda mención del restablecimiento de la Audiencia de Panamá seis años después, por cédula real de 1722. Por fin, en 1751, como lo dice el historiador argentino, se extingue definitivamente la Audiencia por las intemperancias de los incorregibles Oidores y la necesidad de hacer economías que se impuso en el gobierno de Tierra Firme. El Gobierno quedó desde ese año dependiendo de la autoridad del Virrey de Nueva Granada y, en lo contencioso, de la Audiencia de Santa Fe.

Aquí cabe ahora un índice de las incursiones de los corsarios en suelo panameño y de los principales hechos de armas de aquellos lobos de mar que tanta brega dieron a nuestros antepasados peninsulares.

Las primeras agresiones datan del siglo 16 y las encabeza Juan Oxeham, con la cooperación de los negros cimarrones. Atravesó el istmo con sus compañeros después de desembarcar en Acla, puerto sobre el Atlántico, construyó una barcaza en el Río Congo y salió en ella al Golfo de San Miguel con los 70 hombres de su expedición. Fué hecho prisionero y enviado al Perú.

Al mismo tiempo, el corsario francés Silvestre, operando en el Pacífico, asaltaba el pueblo de Concepción, centro minero, llevándose un enorme botín de esclavos y tesoro.

Sir Francis Drake dirige en 1595 una expedición formidable contra el istmo de Panamá con el propósito de incorporarlo a Inglaterra. Toma a Nombre de Dios, desembarca en la boca del Río Chagres y emprende marcha sobre la ciudad de Panamá. Es obligado a retroceder hasta Nombre de Dios, donde se embarca con su gente después de incendiar a ras la población. Drake murió al llegar a la Bahía de Portobelo, donde fué sepultado su cadáver. Los nativos de Portobelo señalan hoy la isla de Drake, que ellos pronuncian a la española, sin saber por qué se llama así. Ya fundado Portobelo, apareció a principios del siglo 17 el pirata Guillermo Parker que tomó la población, incendió el arrabal de Triana y se apoderó de la caja fuerte de la Tesorería.

A mediados del siglo 17 la organización de la piratería es perfecta. Tiene su cuartel general en la Isla de la Tortuga, de donde sale Francois L'Olonais. Después de saquear pueblos enteros en Cuba, Venezuela y Guatemala, fué sorprendido por los indios del Darién, despedazado y quemado.

Mansvelt trató de apoderarse de Natá en 1665 y como medida preparatoria se apoderó del penal de Santa Catalina, pero renunció al plan, receloso de su resultado, y se dirigió a Cartago, en Costa Rica.

Pedro el Picardo y Moisés Vauclein, piratas franceses, toman y arrasan a Veraguas, en la costa atlántica, y casi en la misma época aparece Morgan, más tarde Sir Henry, Gobernador de Jamaica.

En 1668, ataca y toma a Portobelo, recibiendo 100.000 pesos como rescate, más 150.000 en efectivo como botín de guerra. Tres años después regresa, toma por asalto el penal de Santa Catalina, luego el fuerte San Lorenzo en la boca

del Chagres, marcha sobre Panamá por el Río Chagres en bongos y canoas y escoge su terreno en el cerro del Avance. Las piaras de toros con que los españoles quisieron amedrentarlo le sirvieron para racionar sus tropas. Se apodera por fin de la ciudad de Panamá que es destruída por un incendio pavoroso cuyo origen se atribuye a la voladura de los polvorines ordenada por el jefe español, como dije antes, para impedir su caída en manos de los invasores.

Bournano, pirata francés, tomó y quemó a Chepo en 1678. Coxon y Lassonde, franceses, irrumpieron en Portobelo en 1679. En 1680 Coxon cruzó el Darién, tomó el real de Santa María, bajó por el Tuira, entró al Pacífico y atacó tres buques españoles de los cuales se apoderó, sin atacar a Panamá. Siguió a Remedios, donde fué derrotada la pandilla muriendo su cabecilla Richard Hawkins.

En 1685 Henry Harris vino por el estrecho de Magallanes con una escuadrilla considerable y se unió a otros grupos de piratas que atravesaron el Darién y desembarcaron en las islas de las Perlas. Allí fueron vencidos por la Armada Española del Sur a la altura de la isla Pacheca.

En 1686 los piratas incendiaron a Alanje, pero fueron rechazados en Remedios. Townley tomó después por sorpresa la Villa de los Santos e hizo un rico botín, pero más tarde pereció en la Bahía de Panamá en lucha con un escuadrón español. Sus compañeros, a fin de ese año, asaltaron y quemaron la población de San Lorenzo, en el Pacífico.

En 1702 piratas ingleses se apoderaron de Portobelo, y Santa Cruz de Cana fué tomada por Juan de Raasch, filibustero inglés.

Hasta aquí sólo corsarios habían atentado contra la propiedad marítima y terrestre de los españoles en América. En adelante vamos a verlos alternando con Almirantes, Capitanes y Comandantes de la Armada británica.

En 1726 el Almirante inglés Hozier bloquea a Portobelo sin poderse apoderar de la plaza. Levanta el bloqueo en 1728, diezmada su oficialidad y tripulación por los efectos mortíferos del clima.

En 1728 los indios mosquitos de Nicaragua invaden a Chiriquí, desplazan a los indios robalos de sus tierras y los llevan a sentar sus reales en Dolega, donde las autoridades españolas de Alanje les dan protección. En el Darién el pira-

ta francés Carlos Tibón es derrotado por el mestizo Luis García; sus fuerzas son aniquiladas.

Los mosquitos asaltan a David en 1732 y matan al cura. Los corsarios franceses y los indios del Darién saquean a Cana en 1784. Sobreviene un caos general en el Darién y con él la depopulación de la comarca.

En 1739 ocurre la toma de Portobelo por el Almirante Vernon, y en 1740 la toma de Chagres por el mismo haciendo volar todas las fortalezas de la plaza. En 1742, vuelve Vernon a tomarse a Portobelo, pero evacua la plaza dos meses después sin consecuencias.

En 1744 el Capitán de escuadrilla inglés Guillermo King-hills bombardea a Portobelo para dar protección a buques contrabandistas apresados por los españoles.

En 1745 el Comandante Samuel Graws, inglés, erige un fuerte en la boca del Río Coclé para proteger a la asociación de contrabandistas organizados de la provincia de Coclé. Graws fondeó con una sección de la escuadra inglesa frente al Río Coclé, pero los españoles arrasaron poco después el fuerte con el cual los británicos les habían colocado una "pica en Flandes".

Ya después de la independencia de las colonias españolas en Sud América, a la cual contribuyeron eficazmente el Gobierno y el pueblo inglés, tuvo lugar en 1836 la cuestión Russell, de la cual fué teatro Panamá, ocasionada por un incidente personal entre el Vicecónsul inglés en Panamá, Joseph Russell y el panameño Justo Paredes. Alegando denegación de justicia, la Gran Bretaña demandó indemnizaciones y desagravios que pusieron las cosas a un paso de la guerra. Una escuadra inglesa bloqueó las costas de Nueva Granada y un barco de guerra se apostó frente al puerto de Panamá mientras se arreglaba la controversia que felizmente alcanzó una solución pacífica.

Refiriéndome en otro lugar de esta charla a las **Bóvedas** o murallas de Panamá, hice alusión a las Diez Tablas del Canal en las cuales Octavio Méndez Pereira sintetiza la historia varias veces secular de la obra de ingeniería más trascendental de la edad moderna. A mi vez, voy a reducir a su más simple expresión los datos consignados en esas lápidas de mármol.

En 1524 Hernán Cortés escribió a Carlos V que la

unión del Atlántico con el Mar del Sur valía más que la conquista de México.

Alvaro de Saavedra en 1529, por órdenes de Carlos V, levantó los primeros planos del Canal.

El Adelantado Pascual de Andagoya formuló el presupuesto de la obra e hizo la medición del Río Chagres, pero consideró que no había monarca con poder y tesoros suficientes para realizar la obra.

Fernando el Católico ordenó a Balboa que construyera el camino carretero transistmico.

Felipe II envió una comisión de ingenieros flamencos a estudiar el trazado del canal y lo consideraron practicable. El monarca desechó luego el proyecto sin duda por razones de seguridad nacional o imperial. "El hombre no separará lo que Dios unió", fué la excusa, formulada en lenguaje bíblico.

Guillermo Patterson coloniza el Darién y escribe a Inglaterra en 1694 que el Canal aseguraría las llaves del universo.

Bolívar encargó a los ingenieros Lloyd y Falmark la exploración del istmo a raíz de la independencia americana.

Colombia concede privilegio exclusivo al Barón de Thierry en 1835 para un canal interoceánico en Panamá.

Concesiones otorgadas y comisiones de estudios nombradas por Colombia: Mc Dougal, Biddle, Garella y Courtines, Wilson y Cullen, Gibson, Trantivine, Lane y Porter, Collins y Lull, Napoleón Bonaparte Wyse.

Lesseps convoca el Congreso Internacional de Paris en 1879 donde se discuten los estudios de Wyse, Sosa, Reclus, etc. Sosa, ingeniero y explorador panameño, representaba a Colombia en el Congreso. Su proyecto de 75 kilómetros del golfo de Limón a la bahía de Panamá fué aprobado entre 14 proyectos.

De Lesseps constituye la Compañía Universal del Canal Interoceánico a la cual traspasa su concesión Napoleón Bonaparte Wyse. La compañía inició trabajos de excavación en 1882. Los suspende en 1888 después de ruidosa quiebra. Escándalo político y financiero en Francia. Fin del Canal Francés y principio del Canal Americano.

Méndez Pereira no menciona en sus tablas el proyecto del Canal por el Darién que mandó estudiar Felipe III entró el Golfo de San Miguel y el Río Tuira (que también consi-

unión del Atlántico con el Mar del Sur valía más que la conquista de México.

Alvaro de Saavedra en 1529, por órdenes de Carlos V, levantó los primeros planos del Canal.

El Adelantado Pascual de Andagoya formuló el presupuesto de la obra e hizo la medición del Río Chagres, pero consideró que no había monarca con poder y tesoros suficientes para realizar la obra.

Fernando el Católico ordenó a Balboa que construyera el camino carretero transistmico.

Felipe II envió una comisión de ingenieros flamencos a estudiar el trazado del canal y lo consideraron practicable. El monarca desechó luego el proyecto sin duda por razones de seguridad nacional o imperial. "El hombre no separará lo que Dios unió", fué la excusa, formulada en lenguaje bíblico.

Guillermo Patterson coloniza el Darién y escribe a Inglaterra en 1694 que el Canal aseguraría las llaves del universo.

Bolívar encargó a los ingenieros Lloyd y Falmark la exploración del istmo a raíz de la independencia americana.

Colombia concede privilegio exclusivo al Barón de Thierry en 1835 para un canal interoceánico en Panamá.

Concesiones otorgadas y comisiones de estudios nombradas por Colombia: Mc Dougal, Biddle, Garella y Courtines, Wilson y Cullen, Gibson, Trantivine, Lane y Porter, Collins y Lull, Napoleón Bonaparte Wyse.

Lesseps convoca el Congreso Internacional de París en 1879 donde se discuten los estudios de Wyse, Sosa, Reclus, etc. Sosa, ingeniero y explorador panameño, representaba a Colombia en el Congreso. Su proyecto de 75 kilómetros del golfo de Limón a la bahía de Panamá fué aprobado entre 14 proyectos.

De Lesseps constituye la Compañía Universal del Canal Interoceánico a la cual traspasa su concesión Napoleón Bonaparte Wyse. La compañía inició trabajos de excavación en 1882. Los suspende en 1888 después de ruidosa quiebra. Escándalo político y financiero en Francia. Fin del Canal Francés y principio del Canal Americano.

Méndez Pereira no menciona en sus tablas el proyecto del Canal por el Darién que mandó estudiar Felipe III entre el Golfo de San Miguel y el Río Tuira (que también consi-

pesquería en la cosa del Mar del Sur y por pescadores dicen los indios panamá."

Se ha puesto en duda no solamente el significado de la palabra Panamá, sino su origen indio. Algunos han sostenido que era el nombre del cacique de la comarca, otros que significa tierra de las mariposas, ni falta quien afirme que es el nombre de quillay que produce el jabón de Panamá, raicilla muy conocida y usada en Europa en la industria de desmanchar telas. En cuanto al origen de la palabra, se ha gastado mucha tinta en sostener que procede del lenguaje de los fenicios y no del cueva, controversia en la cual no intervendré. Como quiera que sea, esta es una cuestión puramente académica que no vale la pena de discutir. Cualquiera que sea el significado del nombre de Panamá —y para mí tengo que la versión de los conquistadores es la que merece mayor crédito— y cualquiera que sea su etimología u origen lingüístico, nada de eso puede afectar al pasado del país, a su presente o a su porvenir.

Como el de Panamá, el nombre de Chiriquí, la provincia panameña de la cual son oriundos los orfebres, alfareros y escultores guaymíes que ejecutaron las obras de arte exhumadas de los huacas chiricanas, también ha dado lugar a controversias. Con el mismo nombre de Chiriquí se conocen una laguna, un río, un volcán y una provincia. El arqueólogo Mc Curdy, autor de "Antigüedades Chiricanas", sostiene que no tiene la menor relación con Cherokee, nombre de una tribu india de los Estados Unidos; pero es de origen indio, sin duda alguna, y aunque sin poderlo comprobar plenamente, es creencia corriente en Panamá que significa Valle de la Luna. Esto tampoco tiene trascendencia alguna sobre el pasado de esa tierra y de la civilización primitiva que se desarrolló en ella, ni sobre el porvenir de esa feraz y progresista región.

Los cronistas de la época del descubrimiento y la conquista nos hablan con elocuencia y admiración, pero principalmente con codicia, de los ídolos, joyas y otros objetos de oro con que se ataviaban los indios de las costas panameñas de Veraguas y Chiriquí. Sin embargo, el valor artístico de esos objetos pasaba a un plano secundario en el concepto de los españoles, eclipsado por el valor comercial y adquisitivo que para ellos representaba el metal. Como por otra parte, la propaganda religiosa de los padres católicos, la labor catequística de los doctrineros predicaba el horror de cuanto

pesquería en la cosa del Mar del Sur y por pescadores dicen los indios panamá."

Se ha puesto en duda no solamente el significado de la palabra Panamá, sino su origen indio. Algunos han sostenido que era el nombre del cacique de la comarca, otros que significa tierra de las mariposas, ni falta quien afirme que es el nombre de quillay que produce el jabón de Panamá, raicilla muy conocida y usada en Europa en la industria de desmanchar telas. En cuanto al origen de la palabra, se ha gastado mucha tinta en sostener que procede del lenguaje de los fenicios y no del cueva, controversia en la cual no intervendré. Como quiera que sea, esta es una cuestión puramente académica que no vale la pena de discutir. Cualquiera que sea el significado del nombre de Panamá —y para mí tengo que la versión de los conquistadores es la que merece mayor crédito— y cualquiera que sea su etimología u origen lingüístico, nada de eso puede afectar al pasado del país, a su presente o a su porvenir.

Como el de Panamá, el nombre de Chiriquí, la provincia panameña de la cual son oriundos los orfebres, alfareros y escultores guaymíes que ejecutaron las obras de arte exhumadas de los huacas chiricanas, también ha dado lugar a controversias. Con el mismo nombre de Chiriquí se conocen una laguna, un río, un volcán y una provincia. El arqueólogo Mc Curdy, autor de "Antigüedades Chiricanas", sostiene que no tiene la menor relación con Cherokee, nombre de una tribu india de los Estados Unidos; pero es de origen indio, sin duda alguna, y aunque sin poderlo comprobar plenamente, es creencia corriente en Panamá que significa Valle de la Luna. Esto tampoco tiene trascendencia alguna sobre el pasado de esa tierra y de la civilización primitiva que se desarrolló en ella, ni sobre el porvenir de esa feraz y progresista región.

Los cronistas de la época del descubrimiento y la conquista nos hablan con elocuencia y admiración, pero principalmente con codicia, de los ídolos, joyas y otros objetos de oro con que se ataviaban los indios de las costas panameñas de Veraguas y Chiriquí. Sin embargo, el valor artístico de esos objetos pasaba a un plano secundario en el concepto de los españoles, eclipsado por el valor comercial y adquisitivo que para ellos representaba el metal. Como por otra parte, la propaganda religiosa de los padres católicos, la labor catequística de los doctrineros predicaba el horror de cuanto

las avanzadas de la civilización nahua no llegaban más al sur que la laguna de Chiriquí; y según Uhle, el límite de la influencia de la cultura peruana no llegaba más al norte que Pasto. Entre esas dos esferas de influencia demoran los territorios que hoy forman las Repúblicas de Panamá y Colombia. Pinart, arqueólogo francés, cree que los actuales indios guaymies de Chiriquí son los descendientes de la raza que contruyó las huacas de donde proceden las antigüedades chiricanas estudiadas por Mc Curdy. Si por razones lingüísticas los guaymies de Chiriquí pertenecen a la familia chibcha, originaria de las altiplanicies de Bogotá y Tunja, su arte revela más bien influencia mexicana. Esta influencia parece haberse transmitido a lo largo de la costa del Pacífico, y también por el Atlántico, pues en 1564 el conquistador Coronado, que sometió a las tribus guaymies y talamancas, encontró en el valle del Río Coaza una colonia de chichimecas, hoy extinguida, y agrega que para comunicarse con el jefe de esa tribu había que servirse de un intérprete mexicano. Otros argumentos en favor de los orígenes mexicanos del arte chiricano son estos: las figurinas y tunjos de oro, cobre y sus aleaciones ejecutadas por los orfebres panameños presentan sensibles afinidades con la mitología mexicana. La representación convencional del cocodrilo, algunos animales totémicos que son favoritos del arte chiricano y aparecen también en los códices mayas; las formas y características de las hueacas, la piedra de moler o metate en forma de jaguar, etc. Esto por lo que hace a la metalurgia chiricana, que en materia de cerámica el procedimiento llamado del color perdido que consiste en trazar el dibujo o decorado sobre una capa de cera aplicada al color de fondo, rojo o rosado, luego dar una capa sólida de color negro en el área por ornamentar, sumergir el vaso en agua caliente para fundir la cera y remover con ella el negro del dibujo, lo que hace que éste aparezca en el color del fondo original, es práctica común en la cerámica mexicana, aunque también se hallan ejemplos de ella en potes descubiertos por Saville en Riobamba, Ecuador.

“Si se exceptúa la arquitectura”, —dice Mc Curdy—, “el trabajo en piedra de Chiriquí se compara favorablemente al de México o Perú. El corte y pulimento de los utensillos de piedra fué llevado a un alto grado de perfección en vista del serio obstáculo creado por la falta aparente de cuarzo y obsidiana, que han sido por dondequiera la princi-

las avanzadas de la civilización nahua no llegaban más al sur que la laguna de Chiriquí; y según Uhle, el límite de la influencia de la cultura peruana no llegaba más al norte que Pasto. Entre esas dos esferas de influencia demoran los territorios que hoy forman las Repúblicas de Panamá y Colombia. Pinart, arqueólogo francés, cree que los actuales indios guaymies de Chiriquí son los descendientes de la raza que contruyó las huacas de donde proceden las antigüedades chiricanas estudiadas por Mc Curdy. Si por razones lingüísticas los guaymies de Chiriquí pertenecen a la familia chibcha, originaria de las altiplanicies de Bogotá y Tunja, su arte revela más bien influencia mexicana. Esta influencia parece haberse transmitido a lo largo de la costa del Pacífico, y también por el Atlántico, pues en 1564 el conquistador Coronado, que sometió a las tribus guaymies y talamancas, encontró en el valle del Río Coaza una colonia de chichimecas, hoy extinguida, y agrega que para comunicarse con el jefe de esa tribu había que servirse de un intérprete mexicano. Otros argumentos en favor de los orígenes mexicanos del arte chiricano son estos: las figurinas y tunjos de oro, cobre y sus aleaciones ejecutadas por los orfebres panameños presentan sensibles afinidades con la mitología mexicana. La representación convencional del cocodrilo, algunos animales totémicos que son favoritos del arte chiricano y aparecen también en los códices mayas; las formas y características de las hueacas, la piedra de moler o metate en forma de jaguar, etc. Esto por lo que hace a la metalurgia chiricana, que en materia de cerámica el procedimiento llamado del color perdido que consiste en trazar el dibujo o decorado sobre una capa de cera aplicada al color de fondo, rojo o rosado, luego dar una capa sólida de color negro en el área por ornamentar, sumergir el vaso en agua caliente para fundir la cera y remover con ella el negro del dibujo, lo que hace que éste aparezca en el color del fondo original, es práctica común en la cerámica mexicana, aunque también se hallan ejemplos de ella en potes descubiertos por Saville en Riobamba, Ecuador.

“Si se exceptúa la arquitectura”, —dice Mc Curdy—, “el trabajo en piedra de Chiriquí se compara favorablemente al de México o Perú. El corte y pulimento de los utensilios de piedra fué llevado a un alto grado de perfección en vista del serio obstáculo creado por la falta aparente de cuarzo y obsidiana, que han sido por dondequiera la princi-

el tesoro de Paris a la muerte del caudillo, por el propio Espinosa, cuando al regresar a esa comarca halló que los dolientes querían enterrar al cacique con su tesoro.

Urraca, cacique de Veraguas; mantuvo en jaque a los conquistadores durante nueve años. Desde sus montañas hostigaba sin cesar a los peninsulares. Panamá le ha elevado una estatua que adorna hoy la Escuela Normal de Santiago de Veraguas en memoria de su heroísmo y su amor a la libertad.

Dururúa, cacique veragüeño, encerró a los españoles en el reducto de la Concepción y los sitió por hambre a tal punto que algunos sitiados devoraron a sus compañeros enfermos. Obligó al Capitán Felipe Gutiérrez a abandonar la colonia de la Concepción que había fundado en el ducado de Veragua.

Entre los panameños mestizos conviene citar a Diego de Almagro, el Mozo, hijo del conquistador de Chile y compañero de Pizarro en la conquista del Perú; y de Ana Martínez, india panameña. Cuando Almagro fué asesinado por los esbirros de Pizarro para poner término sumario a las diferencias que surgían entre los dos caudillos, los partidarios de Almagro devoraron en silencio su venganza hasta que, llegado el momento propicio, asesinaron a Pizarro y elevaron al poder a Almagro el Mozo, quien atacó a sus enemigos a la cabeza de sus tropas, pero fué vencido en la batalla y ejecutado en el cadalso por orden del vencedor, a los 22 años de edad.

Luis García, jefe mestizo del Darién, después de haber derrotado al pirata francés Carlos Tibón y a su gente, se disgustó con las autoridades panameñas y levantó el estandarte de la rebelión entre los indígenas, reduciendo a cenizas a Yaviza, el Real de Santa María, Chepigana, Molineca y Santa Cruz de Cana. Fuerzas gobiernistas lo atacaron en el Río Chucunaque y perdió la vida en el combate.

En cuanto a los negros panameños que ilustran la historia de su tierra, ahí está Felipillo, negro del Archipiélago de las Perlas que arrastró a otros esclavos de las pesquerías en 1549 y estableció su palenque en el Golfo de San Miguel. Fué el grito de libertad que resonó en las costas del Pacífico y logró reunir una legión numerosa, la de los **cimarrones**, como se llamó entonces a los negros alzados que mantenían en constante alarma a los españoles. Fué jefe de la pandilla poco después el negro Bayano, que dió el nombre

el tesoro de Paris a la muerte del caudillo, por el propio Espinosa, cuando al regresar a esa comarca halló que los dolientes querían enterrar al cacique con su tesoro.

Urraca, cacique de Veraguas; mantuvo en jaque a los conquistadores durante nueve años. Desde sus montañas hostigaba sin cesar a los peninsulares. Panamá le ha elevado una estatua que adorna hoy la Escuela Normal de Santiago de Veraguas en memoria de su heroísmo y su amor a la libertad.

Dururúa, cacique veragüeño, encerró a los españoles en el reducto de la Concepción y los sitió por hambre a tal punto que algunos sitiados devoraron a sus compañeros enfermos. Obligó al Capitán Felipe Gutiérrez a abandonar la colonia de la Concepción que había fundado en el ducado de Veragua.

Entre los panameños mestizos conviene citar a Diego de Almagro, el Mozo, hijo del conquistador de Chile y compañero de Pizarro en la conquista del Perú; y de Ana Martínez, india panameña. Cuando Almagro fué asesinado por los esbirros de Pizarro para poner término sumario a las diferencias que surgían entre los dos caudillos, los partidarios de Almagro devoraron en silencio su venganza hasta que, llegado el momento propicio, asesinaron a Pizarro y elevaron al poder a Almagro el Mozo, quien atacó a sus enemigos a la cabeza de sus tropas, pero fué vencido en la batalla y ejecutado en el cadalso por orden del vencedor, a los 22 años de edad.

Luis García, jefe mestizo del Darién, después de haber derrotado al pirata francés Carlos Tibón y a su gente, se disgustó con las autoridades panameñas y levantó el estandarte de la rebelión entre los indígenas, reduciendo a cenizas a Yaviza, el Real de Santa María, Chepigana, Molineca y Santa Cruz de Cana. Fuerzas gobiernistas lo atacaron en el Río Chucunaque y perdió la vida en el combate.

En cuanto a los negros panameños que ilustran la historia de su tierra, ahí está Felipillo, negro del Archipiélago de las Perlas que arrastró a otros esclavos de las pesquerías en 1549 y estableció su palenque en el Golfo de San Miguel. Fué el grito de libertad que resonó en las costas del Pacífico y logró reunir una legión numerosa, la de los **cimarrones**, como se llamó entonces a los negros alzados que mantenían en constante alarma a los españoles. Fué jefe de la pandilla poco después el negro Bayano, que dió el nombre

traras por las buenas.

A estos corsarios se unían en una alianza tripartita contra los españoles, los indios rebeldes y los negros cimarrones.

Veamos ahora a grandes trazos el contingente cultural, político y militar prestado por los panameños descendientes de españoles desde la época del descubrimiento. Las vidas de centenares de ellos aparecen reseñadas en monografías impresas que pueden consultarse en el Archivo de Indias de Sevilla, pero sólo mencionaré unos pocos en gracia de la brevedad.

Dos panameños heroicos: José de Antequera y Castro, mártir de la causa de los Comuneros del Paraguay y precursor de las luchas de independencia americana; y Fernando Mompó y Suyás, su compañero y conmlitón, fueron alma el uno, brazo el otro, de la revolución de los Comuneros paraguayos. La ciudad de Asunción ha elevado una estatua a Antequera para perpetuar el recuerdo de sus hazañas, y una de sus principales avenidas lleva su nombre. En el Diccionario Histórico-biográfico del Perú, por Mendiburu, se les menciona y se rinde tributo a su memoria.

Rafael Lasso de la Vega, hijo de Panamá, enseñó teología en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Santafé, fué Diputado al Congreso de Cúcuta y Obispo de Quito.

Y pasando de lo eclesiástico a lo civil, cómo no mencionar al célebre naturalista Sebastián López Ruiz, formado en la Universidad de San Marcos de Lima, profesor que fué de Don Antonio Nariño y descubridor de minas de azogue en Panamá y de árboles de quina en las cercanías de Santafé? La historia está llena de los ecos del largo pleito que sostuvo ante la Corte de España con el sabio gaditano Mutis sobre preeminencia en el descubrimiento de la quina. Mutis se le adelantó a pedir el título de descubridor y al fin ganó el pleito; pero de los méritos de mi sabio coterráneo y de las incidencias de su ruidoso proceso habla el historiador colombiano Eduardo Posada en su interesante monografía "Un panameño ilustre".

Ni sería justo olvidar en este breve recuento histórico la personalidad del Doctor Isidro Arroyo, hijo del Istmo que se doctoró también en la Universidad de San Marcos de Lima, fué proto-médico en el Perú y autor de una "Disertación sobre la fiebre amarilla" cuya lectura es en extre-

traras por las buenas.

A estos corsarios se unían en una alianza tripartita contra los españoles, los indios rebeldes y los negros cimarrones.

Veamos ahora a grandes trazos el contingente cultural, político y militar prestado por los panameños descendientes de españoles desde la época del descubrimiento. Las vidas de centenares de ellos aparecen reseñadas en monografías impresas que pueden consultarse en el Archivo de Indias de Sevilla, pero sólo mencionaré unos pocos en gracia de la brevedad.

Dos panameños heroicos: José de Antequera y Castro, mártir de la causa de los Comuneros del Paraguay y precursor de las luchas de independencia americana; y Fernando Mompó y Suyás, su compañero y conmlitón, fueron alma el uno, brazo el otro, de la revolución de los Comuneros paraguayos. La ciudad de Asunción ha elevado una estatua a Antequera para perpetuar el recuerdo de sus hazañas, y una de sus principales avenidas lleva su nombre. En el Diccionario Histórico-biográfico del Perú, por Mendiburu, se les menciona y se rinde tributo a su memoria.

Rafael Lasso de la Vega, hijo de Panamá, enseñó teología en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Santafé, fué Diputado al Congreso de Cúcuta y Obispo de Quito.

Y pasando de lo eclesiástico a lo civil, cómo no mencionar al célebre naturalista Sebastián López Ruiz, formado en la Universidad de San Marcos de Lima, profesor que fué de Don Antonio Nariño y descubridor de minas de azogue en Panamá y de árboles de quina en las cercanías de Santafé? La historia está llena de los ecos del largo pleito que sostuvo ante la Corte de España con el sabio gaditano Mutis sobre preeminencia en el descubrimiento de la quina. Mutis se le adelantó a pedir el título de descubridor y al fin ganó el pleito; pero de los méritos de mi sabio coterráneo y de las incidencias de su ruidoso proceso habla el historiador colombiano Eduardo Posada en su interesante monografía "Un panameño ilustre".

Ni sería justo olvidar en este breve recuento histórico la personalidad del Doctor Isidro Arroyo, hijo del Istmo que se doctoró también en la Universidad de San Marcos de Lima, fué proto-médico en el Perú y autor de una "Disertación sobre la fiebre amarilla" cuya lectura es en extre-

oficio en que éste comunicaba al General Santander la independencia del Istmo y su incorporación espontánea a la Gran Colombia.

A partir de esa época, son numerosos los istmeños que se incorporan al ejército colombiano y combaten en los campos de batalla por la independencia de América. Me viene a la memoria el recuerdo de Sebastián Arce, ayudante de Bolívar en Pativilca y Sauta, y Comandante Militar de Casma; de José Domingo Espinar, que militó con Bolívar y fué su Secretario General, más tarde Jefe Militar del Departamento del Istmo; del Comandante Bernardo Vallarino, muerto en acción de guerra en Tarqui; del Coronel José Antonio Miró que en la jornada de Matará protegió con su Compañía la retirada de la 5ª División y el paso de la caballería bajo el fuego de los españoles, y peleó también como bravo en Ayacucho; y de tantos otros que formaron el contingente istmeño en la campaña del Sur y vertieron su sangre por la independencia de los colombianos, venezolanos, peruanos y ecuatorianos.

Entre ellos debo consagrar párrafo especial a Tomás Herrera, Ayudante Mayor con Sucre en 1826, Teniente Coronel con Bolívar en 1827, Teniente del Batallón Voltijeros en Ayacucho, ascendido a Capitán en el campo de batalla por el Brigadier Córdova, Coronel en 1831, General en 1850. Sus hazañas son parte de la historia de Nueva Granada y no necesito repetirlas aquí. En la vida civil fué Jefe del Estado Libre de Panamá, Gobernador de Panamá dos veces, Gobernador de Cartagena, Secretario de Gobierno del Presidente Obando, Secretario de Guerra y Marina del Presidente Juan Hilario López, Designado Encargado del Poder Ejecutivo cuando José de Obaldía, otro istmeño memorable que era a la sazón Vicepresidente de la Nueva Granada, tuvo que huir de la persecución de los partidarios del dictador Melo y la legitimidad hubo de refugiarse en Chocontá, Tunja, San Juan de Río seco, Ibagué y Honda. Herrera, cuya vida ha escrito otro panameño ilustre: Ricardo J. Alfaro, murió gloriosamente en el asalto a Bogotá defendiendo la legalidad contra la dictadura, el 5 de Diciembre de 1854.

Don José de Obaldía, ya mencionado, fué orador, estadista y parlamentario de primer orden. Sus hechos y sus discursos llenan páginas gloriosas en los asales políticos de Colombia.

oficio en que éste comunicaba al General Santander la independencia del Istmo y su incorporación espontánea a la Gran Colombia.

A partir de esa época, son numerosos los istmeños que se incorporan al ejército colombiano y combaten en los campos de batalla por la independencia de América. Me viene a la memoria el recuerdo de Sebastián Arce, ayudante de Bolívar en Pativilca y Sauta, y Comandante Militar de Casma; de José Domingo Espinar, que militó con Bolívar y fué su Secretario General, más tarde Jefe Militar del Departamento del Istmo; del Comandante Bernardo Vallarino, muerto en acción de guerra en Tarqui; del Coronel José Antonio Miró que en la jornada de Matará protegió con su Compañía la retirada de la 5ª División y el paso de la caballería bajo el fuego de los españoles, y peleó también como bravo en Ayacucho; y de tantos otros que formaron el contingente istmeño en la campaña del Sur y vertieron su sangre por la independencia de los colombianos, venezolanos, peruanos y ecuatorianos.

Entre ellos debo consagrar párrafo especial a Tomás Herrera, Ayudante Mayor con Sucre en 1826, Teniente Coronel con Bolívar en 1827, Teniente del Batallón Voltijeros en Ayacucho, ascendido a Capitán en el campo de batalla por el Brigadier Córdova, Coronel en 1831, General en 1850. Sus hazañas son parte de la historia de Nueva Granada y no necesito repetirlas aquí. En la vida civil fué Jefe del Estado Libre de Panamá, Gobernador de Panamá dos veces, Gobernador de Cartagena, Secretario de Gobierno del Presidente Obando, Secretario de Guerra y Marina del Presidente Juan Hilario López, Designado Encargado del Poder Ejecutivo cuando José de Obaldía, otro istmeño memorable que era a la sazón Vicepresidente de la Nueva Granada, tuvo que huír de la persecución de los partidarios del dictador Melo y la legitimidad hubo de refugiarse en Chocontá, Tunja, San Juan de Río seco, Ibagué y Honda. Herrera, cuya vida ha escrito otro panameño ilustre: Ricardo J. Alfaro, murió gloriosamente en el asalto a Bogotá defendiendo la legalidad contra la dictadura, el 5 de Diciembre de 1854.

Don José de Obaldía, ya mencionado, fué orador, estadista y parlamentario de primer orden. Sus hechos y sus discursos llenan páginas gloriosas en los asales políticos de Colombia.

y democrático ése sea el ideal; no. Lo que aseguro es que esa disposición constituye para la Administración pública un inmenso alivio y que muchos gobiernos extranjeros nos la envidian de todo corazón. A los diputados ecuatorianos presentes, si los hubiere, les pido perdón.

Por consiguiente, el presupuesto nacional de rentas y gastos que debe votar la Asamblea no se elabora para un ejercicio fiscal de un año, como es la práctica universal, sino para un bienio económico. Esta anomalía nos daba mucho que hacer a los delegados panameños que concurríamos a las Asambleas de la Liga de las Naciones cuando entrábamos a discutir en la Comisión de Distribución de Gastos, la cuota-parte correspondiente a nuestro país. La base principal para distribuir las cuotas individuales de los Estados miembros era el presupuesto, el termómetro de su capacidad contributiva; y de acuerdo con ese documento, todos los años se le asignaba a Panamá una contribución doble de la que en justicia y equidad le correspondía. Era muy difícil hacerles comprender a aquellos señores repartidores que las cifras de nuestro presupuesto cubrían un ejercicio fiscal de dos años y que para aplicarles el mismo criterio distributivo que a los demás países afiliados a la Liga, ninguno de los cuales tenía presupuesto bienal, había que dividir por mitad aquellas cifras. Al fin se convenía en que teníamos razón y se procedía conforme a nuestros deseos; pero al año siguiente se repetía religiosamente la misma escena y teníamos que reanudar nuestras explicaciones y esfuerzos en ese sentido.

Por una de esas anomalías tan frecuentes en casos de revolución o de cambio de régimen político, nuestro primer Tratado sobre construcción del canal interoceánico con los Estados Unidos se firmaba, aprobaba y ratificaba cuando la Constituyente Panameña comenzaba a discutir el articulado de la Constitución. La Asamblea vino a encontrarse por lo tanto en presencia de un *fait accompli*, del cual tenía necesariamente que tomar nota. Ese hecho cumplido era el artículo del Tratado panameño - americano por el cual los Estados Unidos se obligaban, o adquirirían el derecho, si se prefiere, a intervenir en cualquier punto de la República cuando quiera que a su juicio el orden público se encontrase turbado. Así vino a tener cabida en nuestra primera Constitución, expedida en 1904, un artículo que incorporaba a

y democrático ése sea el ideal; no. Lo que aseguro es que esa disposición constituye para la Administración pública un inmenso alivio y que muchos gobiernos extranjeros nos la envidian de todo corazón. A los diputados ecuatorianos presentes, si los hubiere, les pido perdón.

Por consiguiente, el presupuesto nacional de rentas y gastos que debe votar la Asamblea no se elabora para un ejercicio fiscal de un año, como es la práctica universal, sino para un bienio económico. Esta anomalía nos daba mucho que hacer a los delegados panameños que concurríamos a las Asambleas de la Liga de las Naciones cuando entrábamos a discutir en la Comisión de Distribución de Gastos, la cuota-parte correspondiente a nuestro país. La base principal para distribuir las cuotas individuales de los Estados miembros era el presupuesto, el termómetro de su capacidad contributiva; y de acuerdo con ese documento, todos los años se le asignaba a Panamá una contribución doble de la que en justicia y equidad le correspondía. Era muy difícil hacerles comprender a aquellos señores repartidores que las cifras de nuestro presupuesto cubrían un ejercicio fiscal de dos años y que para aplicarles el mismo criterio distributivo que a los demás países afiliados a la Liga, ninguno de los cuales tenía presupuesto bienal, había que dividir por mitad aquellas cifras. Al fin se convenía en que teníamos razón y se procedía conforme a nuestros deseos; pero al año siguiente se repetía religiosamente la misma escena y teníamos que reanudar nuestras explicaciones y esfuerzos en ese sentido.

Por una de esas anomalías tan frecuentes en casos de revolución o de cambio de régimen político, nuestro primer Tratado sobre construcción del canal interoceánico con los Estados Unidos se firmaba, aprobaba y ratificaba cuando la Constituyente Panameña comenzaba a discutir el articulado de la Constitución. La Asamblea vino a encontrarse por lo tanto en presencia de un *fait accompli*, del cual tenía necesariamente que tomar nota. Ese hecho cumplido era el artículo del Tratado panameño - americano por el cual los Estados Unidos se obligaban, o adquirirían el derecho, si se prefiere, a intervenir en cualquier punto de la República cuando quiera que a su juicio el orden público se encontrase turbado. Así vino a tener cabida en nuestra primera Constitución, expedida en 1904, un artículo que incorporaba a

comerciantes al por mayor y al detal; en los consumos que hacen en los restaurantes, hoteles, cafés, cantinas, clubes, etc.; en las inversiones de la misma naturaleza que hacen en las ciudades de Panamá y Colón los miles de empleados civiles, contratistas de obras y jornaleros del Canal de Panamá y su ferrocarril auxiliar; los oficiales y soldados del Ejército de los Estados Unidos que hacen guarnición en los fuertes y obras de defensa del Canal; los oficiales y marinos de la Armada de los Estados Unidos estacionados en la Zona del Canal o décimoquinto distrito naval, y los oficiales y pilotos de la flota aérea americana, todos los cuales viven en jurisdicción extraña, aunque en nuestro territorio, pero pasan a nuestras ciudades terminales o al interior de la República cuando y como les viene en gana en virtud del derecho de libre tránsito recíproco pactado por los dos gobiernos entre nuestras comunidades urbanas y rurales y las de la Zona del Canal. De tal suerte que si la diferencia entre nuestras importaciones y exportaciones es de 10: 1, como en el ejemplo que acabo de proponer, y eso es lo que las estadísticas oficiales más o menos confirman, las exportaciones invisibles que no se registran en las aduanas pero que nos aportan abundante numerario, sobrepasan con exceso las nueve unidades que constituyen nuestro déficit comercial en el papel.

Esta modalidad especialísima de nuestra vida económica hizo que expidiéramos hace años una legislación no menos rara y aparentemente inexplicable. Mientras en el mundo entero se aplica el principio muy lógico y justo de gravar fuertemente el artículo de lujo y dejar casi libre de gravamen el artículo de primera necesidad, en Panamá, por el contrario, se exoneraba totalmente el artículo de lujo: perfumes, sedas, champaña, etc., y se gravaba con impuestos arancelarios moderados, para subvenir a los gastos públicos de la Nación, el alimento, el vestido y todos los artículos de primera necesidad. Los artículos de lujo podían comprarse en Panamá y Colón a precios extraordinariamente bajos, inferiores muchas veces a los que tenían esos artículos en su país de origen. Esas gangas que encontraban los transeúntes en los almacenes de Panamá eran grandes fuentes de prosperidad general y el fisco nacional hacía bien en no matar la gallina de los huevos de oro.

Desgraciadamente la guerra actual, por una parte, cerrando los mercados europeos y orientales al abastecimien-

comerciantes al por mayor y al detal; en los consumos que hacen en los restaurantes, hoteles, cafés, cantinas, clubes, etc.; en las inversiones de la misma naturaleza que hacen en las ciudades de Panamá y Colón los miles de empleados civiles, contratistas de obras y jornaleros del Canal de Panamá y su ferrocarril auxiliar; los oficiales y soldados del Ejército de los Estados Unidos que hacen guarnición en los fuertes y obras de defensa del Canal; los oficiales y marinos de la Armada de los Estados Unidos estacionados en la Zona del Canal o décimoquinto distrito naval, y los oficiales y pilotos de la flota aérea americana, todos los cuales viven en jurisdicción extraña, aunque en nuestro territorio, pero pasan a nuestras ciudades terminales o al interior de la República cuando y como les viene en gana en virtud del derecho de libre tránsito recíproco pactado por los dos gobiernos entre nuestras comunidades urbanas y rurales y las de la Zona del Canal. De tal suerte que si la diferencia entre nuestras importaciones y exportaciones es de 10: 1, como en el ejemplo que acabo de proponer, y eso es lo que las estadísticas oficiales más o menos confirman, las exportaciones invisibles que no se registran en las aduanas pero que nos aportan abundante numerario, sobrepasan con exceso las nueve unidades que constituyen nuestro déficit comercial en el papel.

Esta modalidad especialísima de nuestra vida económica hizo que expidiéramos hace años una legislación no menos rara y aparentemente inexplicable. Mientras en el mundo entero se aplica el principio muy lógico y justo de gravar fuertemente el artículo de lujo y dejar casi libre de gravamen el artículo de primera necesidad, en Panamá, por el contrario, se exoneraba totalmente el artículo de lujo: perfumes, sedas, champaña, etc., y se gravaba con impuestos arancelarios moderados, para subvenir a los gastos públicos de la Nación, el alimento, el vestido y todos los artículos de primera necesidad. Los artículos de lujo podían comprarse en Panamá y Colón a precios extraordinariamente bajos, inferiores muchas veces a los que tenían esos artículos en su país de origen. Esas gangas que encontraban los transeúntes en los almacenes de Panamá eran grandes fuentes de prosperidad general y el fisco nacional hacía bien en no matar la gallina de los huevos de oro.

Desgraciadamente la guerra actual, por una parte, cerrando los mercados europeos y orientales al abastecimien-

entre sí comunicación por tierra, ni la tienen todavía. Este es uno de los problemas que confronta el proyecto de carretera inter - americana cuya solución parece que no se logrará sin un ferry - boat en la frontera colombo panameña, rompiéndose así la continuidad de la comunicación continental por tierra.

Mi caso personal es también edificante desde ese punto de vista. Hice mi primer viaje a Francia a los seis años de edad y empleé tres semanas en la travesía, en tanto que no viajé por primera vez a Bogotá sino a los 15 años, no obstante que esa era entonces la capital de la República y la cuna de mi padre; pero no se crea que gasté menos tiempo en la travesía. El viaje marítimo de Panamá a la costa colombiana de Bolívar, la navegación fluvial por el Río Magdalena, el trayecto ferroviario de La Dorada y las grandes jornadas a lomo de mula por la cordillera de los Andes, tomaban a veces mucho más tiempos que la navegación a Europa. Hoy estamos a Dios gracias muy distantes de aquellos días, y yo mismo me precio de haber hecho el viaje de Panamá a Bogotá en tan pocas horas que saliendo de la altiplanicie ya desayunado, pude llegar a Panamá el mismo día a tiempo para almorzar. Con tales medios de comunicación, es natural que el trato y conocimiento recíproco entre nuestros pueblos vecinos y hermanos vayan aumentando a pasos agigantados. El canal de Panamá ha sido un instrumento precioso de acercamiento y unión entre las repúblicas del Continente —ciego es quien no lo vea así—; y el desarrollo de la aviación comercial ha completado últimamente esa obra de cohesión y buen entendimiento que tiene también en el suelo panameño su más sólido y eficiente pivote.

Si esta charla despertare en mis ilustrados oyentes algún interés por la historia, las cosas y las gentes de mi tierra, yo me sentiría ampliamente satisfecho; y si hubiere acertado a interpretar el sentimiento de nuestro Presidente y organizador colaborando en su programa de sincero interamericanismo, mi satisfacción subiría de punto hasta convertirse en felicidad.

En las páginas que preceden, dedicadas principalmente a añorar el pasado porque el presente de Panamá, con su vasto desarrollo cultural y su riqueza material requería la ayuda de proyectores para vistas fijas o cinematográficas,

discos para audiciones fonográficas y otros elementos mecánicos de que no he podido disponer en esta ocasión; en estas páginas, digo, hay muy poca cosa de mi cosecha personal. Para escribirlas he tenido que entrar a saco en la Historia de Panamá por Sosa y Arce, en Antigüedades Chiricanas, de Mc Curdy; en la Magistratura Indiana, de Ruiz Guíñarú; en las Diez Tablas del Canal de Panamá, por Méndez Pereira, en los trabajos históricos de Castellero y Justo, y hasta en producciones mías anteriores. He querido, al favor de estos empréstitos a obras ajenas y propias, mostrar a mis colegas del Seminario de qué manera hemos arreglado en mi país, paisanos y forasteros, para poner aquel caminito de gloria que la Providencia nos deparó, en condiciones de servir a los fines universales para que estaba predestinado; cómo lo hemos empedrado, asfaltado, cementado y adornado, por una parte, y por otra, cómo lo hemos destripado, inundado, volcado a diestra y siniestra con picas, palas y azadones, con locomotoras y excavadoras, con el esfuerzo físico y mental de los hombres de todas las razas y continentes, hasta convertir en realidad tangible la visión del iluminado Cristóforo Colombo, el "pobre Almirante" que cantó Darío, y hasta hacer de ese camino, tan codiciado por los grandes de la Tierra, el estrecho o canal entre el hemisferio occidental y el oriental por el cual venía suspirando la humanidad entera y en primer término el pueblo que demora en la vecindad de la gran zanja interoceánica, se solaza en los valles de Bayano y Chiriquí y escruta instintivamente el horizonte desde las costas de los viejos Mares del Norte y del Sur.

CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE JOSE MARTI

Con oportunidad del cincuentenario de la muerte del procer y escritor cubano, José Martí, el Grupo América celebró una sesión especial para la cual circularon invitaciones suscritas por el Secretario General del Grupo y por el Encargado de Negocios de Cuba, señor doctor Francisco Linares. De tal modo dejó el Grupo reiterada prueba de su preocupación por las señales espirituales de América y del fervoroso culto que siempre ha rendido a los valores del pensamiento del Continente. El Secretario General, señor Augusto Arias, expresó el motivo de la sesión especial y la significación de un acto que relievaba, en la ciudad de Quito, la memoria, elevada ya en el ensayo y la biografía, del gran antillano cuya trayectoria se marca entre el amor patrio, el cultivo de una prosa vibrante y suscitadora y que ocupa también un lugar de valía precursora en la poesía modernista de América.

El Ministro de Bolivia, doctor don Germán Quiroga Galdo, leyó un discurso acerca del Libertador de Cuba, ágil en el concepto, brillante en la desición y orientado hacia el aprecio de los problemas que preocupan al Nuevo Mundo en esta hora de excepcionales expectativas y cuando es necesario definir de nuestras patrias. No fué solamente el elogio moderno de Martí en cuya obra supo descubrir originales puntos de vista, si no un ensayo americanista de los más calificados quilates.

El señor don Víctor Hugo Escala, miembro del Grupo América y ex - Ministro Plenipotenciario dio lectura a su bello ensayo sobre José Martí que damos a conocer en la presente entrega. Los circunstantes supieron anotar, al

propio tiempo que el mérito de este nuevo estudio martiano, la novedad de varios de sus capítulos, singularmente el que se refiere a Martí internacionalista, y al de su amistad con conductores ecuatorianos y a su actitud en la gesta de Alfaro.

Con toda propiedad y galanura la señorita Alicia Félix recitó algunos poemas precursores de José Martí.

La memorable sesión que congregó a varios representantes diplomáticos y a selecto público y que fué presidida por el óleo del procer cubano y en cuyos intermedios cantaron los himnos patrios de nuestros países los alumnos de la Escuela "José Martí", se cerró con palabras de agradecimiento pronunciadas por el Encargado de Negocios de Cuba, doctor Francisco Linares, en sentidas expresiones de cordialidad cubano-ecuatoriana y en una nueva evocación de su notable coterráneo que al cabo de los cincuenta años de su muerte física se eleva en cada vez más vivo y ejemplar en América.

EVOCACION DE MARTI EN EL PRIMERO CENTENARIO DE SU MUERTE

PRESENCIA Y DESTINO

Tengo a mucha honra y lo juzgo íntimo placer espiritual el discurrir, en esta luctuosa recordación, sobre el insigne apóstol de Cuba, libertador de su patria, visionario del continente y cifra máxima del pensamiento americano: José Martí.

Tenía que ser el Grupo América, institución cultural cabe el Pichincha glorioso, la que trajera al recuerdo ecuatoriano este 19 de Mayo de 1945, en que se cumple media centuria del siniestro combate de Dos Ríos, durante el cual una bala española partió la cabeza del más grande orador, del poeta más puro y delicado de la enorme y nueva España, trasplantada a América por los Conquistadores, por aquellos ávidos hombres que según el cubano Heredia "asomados a las bordas de sus buques veían surgir del océano nuevas estrellas". Ese día funesto, desgraciado para la libertad y el pensamiento del hombre americano; ese día en que lanzando trémulos el hilo del cable anunció el sacrificio de Martí, vistieron luto los hombres libres del globo, los amantes de la democracia, los artistas, los pensadores, las mujeres hermosas y los niños inocentes, que para todos fluyó, como de fontana mágica, el cristal luminoso del pensamiento martiniano, la palabra sincera y elocuente de sus discursos, el verso sencillo, patriótico o ro-

mántico de su musa excelsa, que trajo al estro americano renovaciones insospechadas. A la verdad, en el nuevo mundo, encadenado por siglos a la imitación de lo que se pensaba y se hacía en Europa, dos son los renovadores, los verdaderos revolucionarios de la hoy tan rica y frondosa poesía americana: José Martí y Rubén Darío, quien recibió su primer elogio continental del apóstol cubano, al presentarlo éste, en Nueva York, en reunión patriótica memorable, llamándolo: "hijo mío", según relata Rubén en su Autobiografía, escrita años más tarde por el mismo Cisne de Nicaragua.

Tras años de sacrificios y de muy hondas amarguras; tras años de largo peregrinaje y de innúmeras fatigas, José Martí pudo organizar la tercera guerra por la emancipación de Cuba. Venciendo altos escollos y ocultas intrigas logró concentrar el mando de la empresa en las manos valerosas, experimentadas y honestas del gran prócer dominicano, General Máximo Gómez, con quien fué a reunirse en Haití, en Febrero de 1895, para desembarcar después en Cuba, con la frente en alto contemplando la "estrella solitaria", con el fusil al hombro y el machete al cinto, en demanda de la libertad de su querida tierra ardorosa, para morir en un día como hoy, tal como él mismo lo predijera en sus Versos Sencillos: "de cara al sol".

NINEZ Y JUVENTUD DE MARTI

El día 12 de Febrero de 1853 un modesto oficial español y una hermosa y pálida cubana daban a la América el fruto de su amor doméstico, de su burguesía opaca y sencilla: un hijo, un hijo que habría de ser, dentro de las coordenadas del pensamiento, ciudadano de óptima talla continental, poeta para codearse con los mayores del orbe, y libertador para entrar al Olimpo en que mora Don Simón, el portentoso caraqueño.

El niño cubano nace con su destino a cuestas: amplia

y pálida la frente, al cabello azabachoso y ensortijado; la mirada negra, recta y penetrante; la contextura un tanto magra, pero férrea. Crecido ya, habría de exclamar un día, en disputa de acendrado patriotismo: "soy tan hombre que apenas quepo en los pantalones que uso".

El padre, español rijoso, doblado de orgullo y de vehemente individualismo, crítica al Gobierno Real, fuma mucho, se recoje temprano para refocilarse con su esposa, a la que acompaña a misa todos los domingos. La madre, dulzura de mujer criolla, amante nodriza y fiel compañera, aplaca hasta donde puede, los impetus del avinagrado esposo y enfoca todo su dinamismo hogareño en irle haciendo el porvenir al nene, sin sospechar, ni ellos —los progenitores— ni el insigne pedagogo y fervoroso patriota, Rafael de Mendive, el diamante humano enviado a Cuba por la Providencia, la futura luminaria de pensamiento que será, en el cielo de América, astro de primera magnitud, rutilante y guiador, como el bíblico lucero de Belén.

El maestro Mendive descubre a poco el gran talento del chico y le anima a estudios de órbita mayor. En gramática no hay quien le aventaje y cuánto a historia, el mismo pupilo Martí suscita las discusiones. Se expresa con sonoridad y cuidadosa corrección. A los doce años empieza a componer redondillas de corte perfecto. El profesor Mendive, que es poeta de alcurnia y decidido partidario de la libertad de Cuba, cambia con el discípulo ideas estéticas y pensamientos rebeldes. Un día memorable, cuando las infatigables montoneras de Calixto García acaban de lograr un triunfo efímero, Mendive dice gravemente a su discípulo: "Nosotros, los cubanos, ya hemos madurado lo bastante para conquistarnos una Patria libre". El jovencito Martí hará de la frase del maestro Mendive un evangelio que habrá de realizar, convirtiéndose en apóstol del mismo.

Va a cumplir 15 años, y ya su pluma sazona frases de rebeldía y de criolla insurgencia, según aparecen en sus co-

laboraciones a "El Siboney" y a "Patria Libre", pedestales primigenios de su mesianismo patriótico.

Las tropas del General Dulce, Capitán General de la Isla, han disparado contra la casa del poeta y maestro de Martí, don Rafael de Mendive, a quien el regionalismo peninsular reduce finalmente a prisión, en los fríos calabozos del castillo del Príncipe. Martí ya no duda un minuto más. La hora de la insurgencia ha sonado, y así lo manifiesta en la terrible carta a su joven amigo y discípulo, el cubano Carlos de Castro, enrolado por su propio gusto en un regimiento español que marcha a la manigua, a perseguir las montoneras patriotas. La carta de Martí, va a parar a manos del General Dulce, y éste ordena en el acto la prisión del joven habanero. El Tribunal militar condena al imberbe prócer a seis años de trabajos forzados, por haber escrito una carta de impugnación patriótica. La madre de Martí, la dulce criolla, la abnegada esposa cubana del artillero español, pide al Capitán General, suplica de rodillas la conmutación de la bárbara pena por la de ostracismo. El General Dulce accede, y en enero de 1871, el estudiante cubano, José Martí, es arrojado a España, bajo partida de registro. A poco de su arribo a la Península logra ingresar, con sus diez y seis años cumplidos a los trabajos forzados pero promisoros, de la Universidad matritense.

Constató los desórdenes y miserias políticas que vivía España, y ya no dudó más de su cercano ocaso (Santiago de Cuba y Cavite) ni de la futura y cercana independencia del suelo antillano. Hallábase rindiendo sus exámenes de Jurisprudencia cuando supo el fusilamiento de ocho estudiantes habaneros, acusados de haber profanado la sepultura del intransigente periodista español, Castañón, quien estuvo pidiendo a diario, a las autoridades reales, rigor y más rigor contra los autonomistas cubanos. Desde ese momento José Martí comprendió que a él le correspondía organizar y llevar a cabo la guerra decisiva contra España. Obtenida la muceta de Licenciado en Leyes, abando-

nó la Península, dirigiéndose a Francia, donde fué a conocer y pagar el tributo de admiración a Víctor Hugo, al gran rebelde romántico, al insigne poeta de "Los Castigos" y del "Año Terrible".

En algunos órganos de la prensa parisina Martí se reveló profundo crítico de arte y publicó sesudas páginas sobre la pintura francesa contemporánea, y sobre la maravillosa música de Berlioz, Fauré y Camilo Saint Saens.

Sus amigos mexicanos le aconsejan dirigirse a las tierras generosas del Anáhuac, y para ellas se embarca en tercera, por la vía de la Gran Bretaña, donde por poco no echa anclas definitivas, hundiéndose en el seno terso y nacarado de una lindísima muchacha de Southampton, de la que estuvo prisionero hasta el primer arrebol del alba...

APOSTOLADO HEROICO

A poco de hallarse en México le asaltan fuertemente dos tentaciones: la fama literaria, y el matrimonio con una preciosa cubana, Carmen Zayas, unión que Martí creyó de intenso amor.

Es muy joven. Todavía está lejos de los 30 años; pero el notable crítico de arte, Justo Sierra, los poetas continentales Juan de Dios Peza y Manuel María Flores, el publicista Ignacio Altamirano y el pintor Ocaranza le rodean, le animan y le aplauden sus conferencias, sus recitales, sus artículos en cuyos soberbios períodos palpita, persistente, el anhelo de libertad cubana. Logra la especial estimación del Primer Magistrado Lerdo de Tejada y obtiene una cátedra de Filosofía. Al cabo de cinco semanas entrega al teatro su comedia "Amor con amor se paga", la cual logra un éxito resonante.

Todo parece marchar con viento norte; pero la política liberal mexicana se diversifica debido a las ambiciones ocultas del dictador en ciernes, Porfirio Díaz, quien traiciona a la Reforma soliviantando la insurgencia de las masas

indígenas, dobladas de ciego fanatismo. La exaltación del general Díaz al Mando acelera la salida de Martí, quien se dirige a Guatemala, plácida nación donde le esperan los mismos triunfos espirituales que en México y donde le sale al rostro, adentrándosele en el corazón, el idilio celeste y trágico con María Granados, "la niña de Guatemala".

Gobierna el pintoresco país del quetzal un dictador comprensivo, José Rufino Barrios, quien cautivado por la fogosa oratoria de Martí le distingue con invitaciones al palacio, le hace nombrar profesor de la Universidad y pensando, sin duda, retener para Guatemala el portentoso cerebro del joven patriota y escritor cubano, ampara con sus frecuentes invitaciones oficiales el enamoramiento de la aristocrática damita María Granados —hija de un ex-Presidente de la República— del poeta de los Versos Sencillos; pero el joven Martí es la sinceridad, la honradez y el desprendimiento personificados. Dentro de este ángulo, lo mismo que en el de la oratoria y el valor personal, Martí tiene muy estrecho parecido con Simón Bolívar. El genio de Caracas fué de una franqueza cortante, de una pulcritud material sin límites y de una generosidad que conocieron en toda su amplia extensión los humildes soldados de Colombia, los libertadores de América en Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín, Ayacucho y Callao. Martí expresó a la bella y vehemente María haber dejado comprometida su palabra de matrimonio con Carmen Zayas. Semana tras semana, mes tras mes la férvida lumbre del amor, —encendida inconscientemente por el poeta cubano— fué reduciendo a cenizas la existencia de María Granados, "la niña de Guatemala", la bella y delicada rosa que agostó su propia pasión. Martí se vio precisado a abandonar Guatemala y salió para Nueva York, a organizar la tercera, la definitiva guerra de Cuba contra España.

No hay medida humana capaz de hacer la apreciación de sus múltiples esfuerzos. Su grande inteligencia, su dulzura personal, su dinamismo monstruoso hicieron el mila-

gro de unir a todos los cubanos, a los anexionistas con los independientes y los neutros en un solo bloque de lucha, que no tuvo otra mira, ni otra aspiración que ver al fin, radiante, sobre el suelo de la Isla, la estrella solitaria que Martí llevaba oculta en su corazón, vibrante y refulgente en su palabra de apóstol.

Escribía entonces para toda la América. Colaboraba en los diarios de México, Argentina, Venezuela y Colombia. Traducía libros ingleses al idioma castellano. Trabajaba, además, en las casas Lamann Kemp y Lyons & Co. Todo lo que ganaba lo ofrecía a la causa de Cuba. Su vida era un constante movimiento: de Nueva York a Tampa, a Cayo Hueso, a Jacksonville, para poder codearse con los negros y los mulatos cubanos y hablarles de la dignidad del hombre libre, de la dulzura de tener patria, musitándoles, sin duda alguna, la preciosa redondilla de sus Versos Sencillos, que dice así: -

*Yo quiero, cuando me muera
sin Patria, pero sin amo,
tener en mi loza un ramo
de flores y una bandera.*

Martí, surgido de hogar modesto, era fiel amigo del pueblo: amaba en él y sufría por él. Una vez, pronunciando un discurso patriótico en Tampa, en presencia de doscientos tabacaleros cubanos, observó que una negra gorda y vieja le escuchaba con los ojos nublados. Martí, descendió gravemente de la tribuna, se dirigió a la anciana, y acercándole la frente le dijo: "en tí yo beso a Cuba libre".

Sólo al vigor de su pluma y al tono convincente de su palabra mesiánica se debió la adquiescencia del General Máximo Gómez para dirigir la tercera guerra, así como el sometimiento del titán de bronce, Antonio Maceo, al espíritu organizador, a las medidas y disposiciones del joven poeta a quien el héroe de Punta Brava tenía por consumado loco. Se olvidaba Maceo de que a Jesucristo lo tuvieron

por loco los fariseos; que hacía sólo un siglo que el Virrey Apodaca de México y el Sumo Pontífice Romano habían calificado de loco —tan loco como su maestro Simón Rodríguez— al joven millonario de Caracas, Simón de Bolívar y Palacios.

MARTI Y EL INDIO

Viajando Martí de México hacia Guatemala recibió en Honduras —de una india joven y hermosa— la ofrenda de su cuerpo virginal. Tersa como pétalo de magnolia y dulce como la miel de caña, Martí acogió el espontáneo idilio como si fuese de su Cuba morena, de toda la América broncínea, ofreciéndose ambas a su corazón, a su cerebro y sus sentidos. De este incidente, que fundió al criollo Martí con la América de color —hasta ayer mismo esclava y hasta hoy tan sufrida— surgió su acendrado amor al indio, hermano del negro en la ruta secular de la humillación y del dolor; y, sin duda que recordando el fugaz regalo de ambrosía y de ternura de la autóctona hondureña, brotó de su estro magnífico e inigualado el dulce Verso Sencillo que dice así:

*Yo pienso, cuando me alegro
como un escolar sencillo,
en el canario amarillo
que tiene el ojo tan negro.*

El Presidente Barrios, admirador de la rítmica palabra de Martí, pidió a éste que escribiera un libro sobre Guatemala, su paisaje, sus costumbres y su futuro desarrollo. Martí aceptó el encargo, enfocando toda su atención hacia el "hermano indio", al que exaltó por sus atributos telúricos, su cohesión familiar, sus disposiciones artísticas y, sobre todo, por su cautiverio de tres siglos de ignominiosa explotación. "Hasta que no se haga andar al indio —dijo Martí en su libro— no comenzará a andar bien la América."

A la verdad, el apóstol de Cuba era un urbano y mínimo Francisco de Asís: amaba las cosas humildes, platicaba con sus negros antillanos, grandes, robustos, pero de almas cándidas e infantiles; buscaba al indio hasta el hecho de haber fundido su sangre medio española con la sangre fresca y cobriza de una aborígen hondureña. Cantaba a la palmera y al sinsonte, a las blancas rosas de Enero, como a las de Junio; cantaba al sol de nuestra América y al humilde y perenne verdor de nuestros campos. Por eso exclamó, en cruzando nuestras selvas tropicales:

*Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.*

Martí, que además de la simetría espiritual tuvo bastante parecido físico con Don Juan Montalvo (compárense ambas frentes, ambos rostros pálidos y esos cuatro ojos que parecen irse como balas al corazón de los enemigos) escribió, pues, en Guatemala lo que el Cervantes de Ambato anunció tantas veces, como libro que haría sangrar de pena el corazón de los hombres: el libro del indio. Martí, el redentor de tres millones de negros y de guajiros siboneyes, se acercó al indio, lo estudió, lo penetró y escribió la obra que el formidable Cosmopolita ansiaba lanzar en defensa de nuestro infeliz paria del latifundio ecuatoriano.

Arrojado dos veces al presidio por los Generales Dulce y Blanco; encadenado en pútridas mazmorras confundió su propia desgracia, su pena y los febriles latidos de su corazón con los desheredados de la fortuna. En sus densos trabajos de caudillo y organizador, tomó el pulso al alma popular y fué por éso que exclamó en Montecristi, antes de partir para su holocausto patriótico:

*Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar.*

MARTI DIPLOMATICO

Dotado de tan fino talento, de una delicadeza personal, de *savoir faire* tan exquisito, ya que tenía la cualidad de saber oír y de saber hablar, al debido tiempo, de toda manifestación de cultura, Martí estaba indicado —por sus consciente dinamismo— para ser un insigne diplomático; y lo fué, sin credenciales entonces, por servir y defender a Cuba cuando la primera reunión Pan-americana, inaugurada, en Washington por el Secretario de Estado Mr. Blaine, quien movió todos los resortes para que no se tocara en ella el problema antillano de Cuba, ya que podría disgustar a España, potencia europea que había sido soberana de toda la Florida, de cuatro grandes Estados del oeste, no sin haber gobernado también en Nueva Orleans y en las Bahamas.

Martí logró amistarase con el delegado de la Argentina, simpatizante del escritor cubano, cuyas crónicas en "La Nación" de Buenos Aires, leía y saboreaba muy a gusto. Aquél gran señor, representante de la República del Plata, era nada menos que el General Roque Sáenz Peña, quien opuso, en la primera sesión pan-americana, a la fórmula de Monroe "América para los americanos", el postulado grandioso de "América para la humanidad".

El joven insurgente de Cuba siguió paso a paso y comentó con su radiante pluma las declaraciones y veleidosos acuerdos de la Primera Conferencia, sin sospechar que medio siglo después, en la hermosa ciudad de La Habana, habrían de reunirse todos los representantes de las Repúblicas de América a celebrar, bajo el cielo de Cuba, la Sexta Conferencia continental en la que, como acto previo a sus deliberaciones, se colocaría una corona de inmortales en el monumento de Martí.

Sáenz Peña, estadista respetable y varón de sólida cultura, propuso a su regreso a Buenos Aires, al cubano José

Martí para Cónsul de la Argentina en Nueva York, designación que se hizo en seguida, con todo el beneplácito de la Cancillería del Plata.

Ya, para esta época, Martí había editado dos hermosas obras dedicadas a la educación moral de la niñez: "Ismaelillo" y "La Edad de Oro". Sobre ambos libros el insigne educador y excelso literato, Domingo Faustino Sarmiento, emitió su juicio de consagración continental, calificando de indispensable para los rumbos de la niñez la lectura de las obras del Cónsul de la Argentina en Nueva York.

Ejercía sus funciones diplomáticas Martí cuando le tocó recibir y agasajar, en Nueva York, a un joven poeta, a quien el Doctor Rafael Núñez acababa de nombrar Cónsul General de Colombia en Buenos Aires. Este joven, hasta entonces poco conocido, era el nicaragüense Rubén Darío. Pero ocurrió que en el curso de un banquete, hablando Martí de la política interamericana, criticó con dureza los procedimientos diplomáticos del Secretario de Estado Mr. Blaine. Comprendiendo que su actitud cubana podía comprometer la misión consular del promisor vate nicaragüense, Martí —al terminarse la ceremonia— se dirigió prontamente a la oficina del Cable para poner —como efectivamente lo hizo— su renuncia de Cónsul de la Argentina en Nueva York, esto es, de diplomático al servicio de la América grande, de ésta que va desde el Canadá hasta el Cabo de Hornos.

MARTÍ Y VENEZUELA

Para recaudar fondos y poder precisar mejor los preparativos de la tercera guerra de liberación cubana, Martí emprendió viaje a la América del Sur, empezando por Venezuela, desde cuyas costas los grandes libertadores, Bolívar, Sucre y Páez planearon —hacia ya sesenta años— la invasión y la libertad de Cuba.

Tenía muy presente el joven apóstol que un venezola-

no, Narciso López, había encabezado la primera rebelión de la Isla contra el poder de España, y que la sociedad habanera del año 1823 había formado un comité insurgente titulado "Soles de Bolívar", que mantenía oculta correspondencia con el General Manrique, Gobernador militar de Maracaibo, desde donde deberían partir las fuerzas venezolanas libertadoras, al mando del soberbio lancero, José Antonio Páez. Dos ecuatorianos, el ilustre Rocafuerte —el más probo y mejor preparado de nuestros estadistas— y José Villamil, natural de la Luisiana, pero ecuatoriano por sus grandes servicios a nuestra patria y por su generalato en las batallas de la independencia, fueron miembros de los "Soles de Bolívar".

Cuando Martí llegó a Venezuela, ya su nombre literario era ampliamente conocido. Desde Nueva York, Pérez Bonalde, Gutiérrez Coll y Bolet Peraza habían informado a los escritores y poetas de Caracas la valía espiritual del autor de los Versos Sencillos, de los Versos Libres, de endecasílabos perfectos, sin rimas, millonarios de nuevas metáforas y poseedores de un ritmo novedoso.

Al pisar Caracas, lo primero que hizo Martí fué encaminarse hacia la estatua del Libertador Bolívar, en la alta noche, cuando un dechado de tórridas estrellas corona e ilumina la cabeza del genio. Ahí sostuvo el largo coloquio heroico que, años más tarde, el mismo Martí esbozará en su magistral Discurso sobre Bolívar. Desde entonces, desde aquella noche memorable en que dialogaron los dos Libertadores, bajo el parpadeo de innumerables estrellas y con la presencia granítica del Avila como testigo, Martí exclamará en lo sucesivo: "Bolívar sigue a caballo, porque aún tiene que hacer mucho en nuestra América."

Luego sale Martí por esas evocadoras calles de Caracas en busca del mínimo y modesto pensador, en busca del Sócrates criollo, oriundo del pueblecito de San Diego de los Altos, en busca del gran Cecilio Acosta, a quien encuentra en su humilde morada de Velázquez a Santa Rosalía. Ha-

blan y hablan los dos pensadores de cosas muy altas del espíritu, de los futuros destinos de América, de las rutas de entendimiento y mutua estimación que es preciso señalar a la juventud continental. Cuando Martí se despide del maestro venezolano, ya las primeras candelas de la noche arden en los velones de la humilde casa. Habían corrido seis horas desde que traspuso la salita de Don Cecilio y durante esas seis horas no hicieron otra cosa que dialogar, el filósofo de Caracas, y el poeta, futuro emancipador de Cuba.

Rodeado de sus nobles amigos y admiradores Aristides Rojas, José Gil Fortoul, César Zumeta, Lisandro Alvarado y Eloy Escobar, Martí funda la magnífica "Revista Venezolana", en cuyas páginas aparecen los más bellos escritos de esos hombres de ingenio, bajo la égida literaria del joven pensador cubano.

Gobierna al pueblo venezolano un hombre de prócero talante y de presunciones desorbitadas en todo orden de cosas. Se trata de un gran señor que tiene metido al París napoleónico en sus entrañas. Sus ademanes son del tercer Imperio, su vanidad sorboniana y sus gustos del más exagerado refinamiento lutecino. Se llama Antonio Guzmán Blanco; pero no contento todavía se ha hecho titular "El Ilustre Americano". Es valiente en los combates; alto, fornido, caucásico, de luenga barba oscura y muy elegante. Gusta de la Bellas Letras y preside la Academia de la Lengua. Madrazo, el gran artista matritense, lo ha pintado en diversas actitudes. Adora en Bolívar y trata de imitar muchas de sus genialidades. Para poder llamarse "pariente del Libertador" se ha casado con una bellísima dama, Mercedes Ybarra, hija de un sobrino de Bolívar, de aquél general Ybarra que en Riobamba, en unión del general argentino Lavalle, derrotó a toda la caballería española. Al cumplirse el primer centenario del nacimiento del Libertador —Julio de 1873— Guzmán Blanco manda a acuñar una

artística medalla en la que su rostro aparece junto al del Hombre - Sol de nuestra América.

Este Mandatario de cultura **eparpillé** comprende la alta valía mental de Martí y reconoce, en su conciencia, el nobilísimo empeño mesiánico que agita al hijo de La Habana. Es rico y muy poderoso. Bien podría ayudar, en forma efectiva, la grandiosa empresa del emancipador cubano. Pero Guzmán Blanco es hombre engreído por las alabanzas hiperbólicas, que Martí —en los cinco meses que lleva de actuar en Caracas— no le ha prodigado personalmente, mucho menos en su acreditada revista. Guzmán Blanco, en una de sus grandes fiestas de palacio, expresa que no le gusta el joven cubano y hace notar de seguidas las buenas relaciones de cordialidad que Venezuela cultiva con la Corte de España.

Martí comprende el propósito de semejante actitud. Se la confirman con sinceridad sus jóvenes amigos, sobre todo el fogoso mosquetero y periodista José Gil Fortoul, quien ya ha sufrido prisión por orden de "el Ilustre Americano". También comprende Martí todo el bien espiritual y material que le ha proporcionado su visita a Venezuela. Al siguiente día va al Templo de la Trinidad, donde reposan los restos de Bolívar. En la alta noche, cuando los gallos carabobeños lanzan sus clarines alertistas, vuelve a dialogar con el "cabeza de milagros y lengua de las maravillas", con el superhombre que tuvo arrestos para vencer a la misma Naturaleza, con el paladín que saltó el Tequendama y escaló después el Chimborazo. De este diálogo final con su maestro y su hermano de futuro sacrificio, Martí resolvió abandonar Caracas y seguir su marcha hacia otras Repúblicas, en busca de recursos, de comprensión y solidaridad americanas para la causa de Cuba.

Al trasponer la pasarela del buque francés, gritó a los amigos que le despedían en La Guaira: "Deme Venezuela en que servirla, que en mí tiene a un hijo."

MARTI Y ELOY ALFARO

En Junio de 1894, al cumplirse diez años de trabajos organizadores de la tercera guerra de emancipación cubana, Martí viaja a Costa Rica, a entrevistarse con el titán de bronce de la guerra grande, con Antonio Maceo, patriota que al igual de Sucre, concurrió a la libertad de su patria con seis hermanos, varios de ellos caídos en la manigua, frente a los cañones de la España real y dominadora.

Martí, el persuasivo, el enérgico, el tenaz animador de la independencia de su patria, ha conseguido ya que el experto y valeroso General Máximo Gómez acepte la dirección de la nueva campaña, de la cual espera resultados de triunfo que el tesonero patriota, Calixto García, no pudo obtener. Al ilustre dominicano debe secundar Antonio Maceo, el soldado del machete invencible, el centauro redivivo de las Queseras del Medio y de las catorce cargas que dió en Macuritas, contra las fuerzas del Conde de Cartagena, el legendario lancero José Antonio Páez. Maceo no sólo comprende ahora, sino que admira en todas sus soberbias dimensiones, la personalidad del poeta, del loco que ha dicho a todos los generales cubanos:

*No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
yo soy bueno, y como bueno
morité de cara al sol.*

De Costa Rica partieron para Panamá, y en esa florida cintura del continente americano se reunieron con el gran caudillo del Liberalismo, Eloy Alfaro, y con el inflexible panfletario de Colombia, desafiador de Rafael Núñez, José María Vargas Vila. Fué un encuentro sublime el de los dos titanes del machete: Antonio Maceo y Eloy Alfaro, y el de los dos egregios pensadores: José Martí, el de la frase original y pulcra, y Vargas Vila, el sinfónico, el del bíblico estilo para todos los oídos de América.

Honda y grande fué la impresión que recibió Martí de la figura austera, fogueada en cien combates desiguales, de Eloy Alfaro, peregrino, como Martí, por todas las playas del continente, en su afán de obtener apoyo para la liberación de la conciencia ecuatoriana. Era Alfaro, en esos años de su madurez vital, el asta de la bandera roja del Liberalismo, como lo había proclamado el ilustre escritor de Colombia, Juan de Dios Uribe. El apóstol de Cuba consultó a la experiencia del caudillo ecuatoriano las probabilidades de éxito en la guerra que ya iba a iniciarse. Alfaro, con esa parsimonia sintética que caracterizaba su palabra, dijo: "Yo estaré con Maceo en la expedición y abrigo la confianza de que nuestros machetes lograrán esta vez la libertad de Cuba."

Por una coincidencia curiosa del destino, Martí escribió y firmó, con Máximo Gómez, el trascendental "Manifiesto de Montecristi", pueblo dominicano que lleva el mismo nombre del pueblo manabita en que abriera los ojos el gran caudillo y mártir del Liberalismo.

El año 1895 empezó la tercera y definitiva guerra de Cuba; pero en los comienzos de ese mismo año se descubrió, en el Ecuador, el "negociado de la bandera" en el que por 80 mil libras esterlinas, el progresismo reinante había alquilado el iris glorioso de Abdón Calderón para que el crucero de guerra "Esmeraldas" pudiese arriarlo en las Galápagos, a fin de que la nave fuese traspasada al Japón, que se hallaba entonces en guerra con la China.

El pueblo ecuatoriano se irguió para lavar con sangre la injuria a la bandera que Bolívar paseó en triunfo desde el Orinoco hasta el Pilcomayo. En Febrero de 1895 los pueblos de la costa: Milagro, Daule, Babahoyo y Machala se alzaron para combatir las fuerzas del gobierno llamado progresista. Era necesaria, casi inminente, la presencia y dirección de Alfaro en la lucha reivindicadora que acababa de iniciarse, y esta gravísima circunstancia lo privó de mar-

char a Cuba en la expedición que comandaban Antonio Maceo y Flor Crombet.

Cuando el 19 de Mayo de 1895 supo Alfaro la muerte heroica de José Martí, se hallaba en Corinto (Nicaragua) preparándose para embarcarse a Guayaquil, con el objeto de dirigir la guerra que terminó triunfante en los altos nevados de nuestra serranía. La reivindicación de la bandera y el triunfo del Liberalismo puso término a la era medieval en que vivía nuestra Patria.

Pocos meses después, hallándose ya Alfaro de Jefe Supremo de la República supo, en Quito, la muerte gloriosísima de su amigo Antonio Maceo en Punta Brava. Se acercó tanto el adalid de bronce a La Habana que los reflejos de su machete libertador fueron vistos por los españoles desde la ciudad capital. La guerra de Cuba proseguía bárbara, cruel y sangrienta. El inmisericorde General Valeriano Weyler, había recurrido a la estratagema de la "concentración integral" de todos los guajiros y mulatos hacia el perímetro de La Habana. Todo lo que se dejaba atrás era incendiado, en tanto que las gentes que no cumplían estrictamente las órdenes de **concentrarse**, era fusiladas donde se las tomase, sin fórmula de juicio.

Eloy Alfaro habría querido volar a Cuba, a vengar las sangres de Martí y de su valiente camarada, Antonio Maceo; pero la transformación espiritual y económica del Ecuador (el indio ecuatoriano ganaba medio real por todo un día de trabajo!!) lo privaba de brindarle a la Isla sus servicios militares. Se acordó entonces de la hoy tan calumniada Diplomacia, y, como Jefe de un Estado Soberano que mantenía relaciones cordiales con España, dirigió a Su Majestad, la Reina Regente Doña María Cristina, la vibrante y concisa Carta Autógrafa en la que, por el mismo bien de España, pedía se otorgase la independencia a Cuba.

Cánovas del Castillo, olvidándose de la visión histórica y certera del Conde de Aranda, no dió a la carta de Eloy Alfaro la importancia de sana advertencia y seguro vaticio-

nio que ella tenía. Ocurrió muy pronto lo del crucero "Maine" y el ingreso de Estados Unidos en la guerra. Como lógica consecuencia vino después la aplastante derrota de España y la inmediata libertad de Cuba, perdiéndose además Puerto Rico, el Archipiélago Filipino y las islas Carolinas, las que España perdía para siempre y con rencor. El Tratado de París, que significó desmembramiento y humillación para la terca y orgullosa España, confiere acierto internacional al General Eloy Alfaro, soldado de la democracia americana.

José Martí: apóstol, visionario y mártir de la libertad! En esta muy sufrida tierra ecuatoriana tu figura tiene un digno pedestal, el único desde el cual pueden tocar tus manos la estrella solitaria de tu hermosa Patria, redimida al fin por tu pensamiento y por tu sangre: el Chimborazo!...

Quito, 1945.

V I C T O R H U G O E S C A L A

LA CASA DE AMERICA

En sesión extraordinaria que tuvo lugar en los salones de nuestra Entidad, el día 23 de Abril, en homenaje al día panamericano, y a la que asistieron miembros del Cuerpo Diplomático, representantes de la prensa y entidades culturales de esta Capital, fueron dadas a conocer las Bases de la fundación de la Casa de América, organismo que está llamado a desempeñar un rol de auténtica vinculación entre los países del continente, para cuya efectividad algunos de los gobiernos americanos han ofrecido su decisiva y práctica contribución.

En dicha sesión el Exmo. señor Embajador de la Argentina, señor doctor don Héctor Ghiraldo, a nombre de la representación diplomática acreditada en el país, expresó la viva simpatía y cordial asentimiento con que había sido recibido el proyecto de fundación de la Casa de América, y la buena voluntad que había en los elementos de la cultura extranjera para colaborar en la iniciativa lanzada por nuestra Entidad.

Los consocios señores don Juan Pablo Muñoz Sanz y Alfredo Martínez, disertaron, respectivamente, sobre los temas: "América y la Paz que Desea" y "El Libro, Vínculo de Solidaridad Americana", cuyos trabajos, que fueron aplaudidos, publicamos a continuación.

AMERICA Y LA PAZ QUE DESEA

La voz del júbilo se anuda en las gargantas. El silencio que precede al grito es como un paréntesis formidable que recoge todos los murmullos extraviados en los rincones del alma. Este silencio es mucho más profundo y elocuente al sumarse las almas en este júbilo a la vez trágico y esperanzado; júbilo teñido de sangre y ahogado en lágrimas, pero grávido de promesas. ¡La paz ha llegado! Este anuncio es como el del retorno de todos los hijos del mundo al regazo de todas las madres. Se quiere que no regresen las primaveras manchadas por el crimen, sino las del perfume que embriaga y el amor que fecunda.

¿Cómo hacer realizable este sueño? He aquí uno de los deberes máximos de nuestra América, con apoyo de los poderosos del mundo, de las naciones y hombres de todas las latitudes.

Veamos en qué forma se ha preparado América desde el punto de vista político, para responder a su destino histórico.

Desde fines del siglo XIX, pero singularmente a partir del año 1936, América ha hecho profesión de fe americanista, buscando la culminación de su gran ideal.

*
* *

El desarrollo del americanismo se ha operado a través de cuatro grandes periodos, de valor y duración muy de-

siguales: el instintivo (Coloniaje), el romántico (Independencia y consolidación de las repúblicas), el normativo (Bolivarianismo, Monroísmo y Panamericanismo incipiente) y el constructivo integral, que estamos viviendo a partir de la Conferencia de Buenos Aires (1936).

La América Latina representa el ejemplo de la tendencia instintivista y romántica; también de permeabilidad a lo normativo, pero con cierta resistencia a lo constructivo-integral.

Esto se debe, en parte, a que Latino-América no ha olvidado que la doctrina medular de la política norteamericana en sus relaciones internacionales ha sido la Monroe—manifestación típica del americanismo normativo con modalidad pragmática—, y que esta doctrina, enunciada bajo la responsabilidad única de los Estados Unidos, siendo éste el reparo mayor que ha podido formularse en su contra, provocó no sólo el repudio de la ortodoxia monroista, sino la transmutación de la doctrina misma, por obra de Franklin Delano Roosevelt, a partir de la Conferencia de Buenos Aires, que pudo ser designada —se ha dicho— como “la Conferencia Interamericana para la Nueva Redacción de la Doctrina Monroe”.

Por eso, esperamos en el sur que Estados Unidos no incurrirá en el desacierto político de la España Imperialista del siglo XVIII, cuando pospuso a los hombres de “su” América, llamáranse criollos, indígenas, negros o mezclados. El criollo cultivó la simiente vigorosa de la insurgencia, cubriéndose con bandera de indiamismo, y por generación espontánea se irguieron el aztequismo, el caribismo, el siboneismo, el nativismo, el araucanismo y todas las formas de rebeldía con que México, Centro América, Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Brasil y Argentina respondieron a la voz del **americanismo instintivo**.

El Nuevo Mundo, en consecuencia, no deberá ser controlado por un grupo racial. Latinos y sajones; indios, negros y mestizos, aborígenes y emigrados desempeñarán su función propia en el organismo total; entendiéndose por función propia no la que le asigne el criterio de una raza económicamente preponderante, sino la que surja de las propias características y aptitudes de cada grupo racial o social, regional o nacional.

No en vano la Sociedad Americana de Etnología proclamó, con ocasión de celebrar su centenario, que la persecución y discriminación raciales no pueden ser científicamente justificadas.

Pero si la persecución abierta es ya inverosímil en nuestro continente y si la ley de Lynch ha sufrido el más duro rechazo, hay quienes en Latino América juzgan posible que en la práctica, a partir de la post-guerra, se opere ese discrimen, al iniciarse las tareas de reajuste y fomento de la economía americana. ¡Difícil misión de los gobiernos!

Necesitamos construir una América, para ejemplo del mundo, estructurada con un cuerpo social en que parafraseando al inmortal Roosevelt, el mayor número posible de hombres empuñe la mayor cantidad posible de herramientas de trabajo, durante el mayor tiempo posible.

Todo esto sin perder de vista la igualdad de razas, pero teniendo presente, sin vacilación, que "si la democracia debe sobrevivir debemos distinguir las clases de libertades individuales que son esenciales de aquellas que no lo son o que son desastrosas", como apunta Carl Becker.

En lo que respecta al problema racial, toda la América de superposición latina es de hondos estratos aborígenes. Lo que no es americano es negro, y su influencia, poderosa no sólo en los meandros populares de las regiones cálidas—generalmente costaneras del mundo antillano y suramericano—, sino en la mentalidad y en la emoción artística del hombre blanco de cultura europea, nórdica o mediterránea. Lo indígena supervive con un peso abrumador de inercia; lo mestizo complica los problemas sociales sin resolver los culturales.

La colaboración interamericana para resolver tan complejas y engorrosas cuestiones no atañe sólo a aquellos países que como Bolivia, Perú, Ecuador, las Antillas o México, enfrentan esas realidades; bien al contrario, la supervivencia continental y el cumplimiento de su misión histórica se fundan sobre el supuesto de la más amplia colaboración para resolver estos problemas.

Es posible que en la América Latina de post-guerra, lo político imponga sus exigencias y dicte sus normas incontrovertibles, sin propósitos de inmediata solución. Mas, precisamente la estructura vital latinoamericana dependerá por fuerza de que la economía y la política, la materia y

ios principios, los pueblos y los gobiernos consigan armonizar sus antinomias hasta reducir el contrapunto de la vida nacional a un canon.

Gran parte de la América Latina debe aún preparar sus elementos humanos mediante una específica programación que satisfaga las exigencias del maravilloso canon propuesto, y cuyo tema único sea el ideal americanista. Pero la América Latina de post-guerra podría hacer honor a su espíritu de independencia, temperado por su anhelo de solidaridad, si asimila algunas verdades que son como el alma de hechos incorporados ya con carácter histórico a su vida política actual.

Móviles económicos y biológicos, sentimentales y espirituales deben operar en la entraña de lo que llamo **siner-gia trascendente de la americanidad**. Si faltan los elementos que sólo pueden provenir de la función de aquellos órganos institucionales, técnicos o culturales creados por la propia evidez de estos móviles, el organismo total americano sufrirá una postración.

Si el nacionalismo económico, en vez de organizarse como auxiliar poderoso del continentalismo, en el despertar y goce interamericanos de las fuerzas productivas, se eriza de inconfesables propósitos autárquicos, aislacionistas y beligerantes por el predominio de sus ambiciones succionadores de las agenas energías, entonces ese nacionalismo económico sería la enfermedad de América, su cáncer y el síntoma de no haberse liquidado la triste herencia de un mundo decrepito.

Los Estados Unidos necesitan de cada país latinoamericano tanto como cada uno de éstos necesita de aquél.

Antes de la segunda guerra mundial ya se habían hecho evidentes algunos aforismos de la economía basada en la cooperación. La presente guerra puso más de resalto las conclusiones a que se arribara por los caminos de la experiencia y la teoría.

He aquí los principales resultados:

- a) Se han precisado mejor los fundamentos, puntos y modos de enlace que favorecen la interrelación económica.
- b) Se han establecido nuevos fundamentos que añadir a los existentes.
- c) Se han combatido las causas morales que dificultaban la comprensión entre sajones y latinos de América.

- d) Sobre esta base y supuesto, perfilase una campaña decidida para unificar los ideales propios —americanistas— y combatir la infiltración de ideas no americanas que reaparecerán sin duda en la post-guerra.
- e) Se han comprendido mejor las necesidades y clasificado con más exactitud los recursos de América para su aprovechamiento, y se espera ir más lejos, mediante la ayuda latinoamericana.

De este modo, los Estados Unidos, consecuentes con su Programa de cooperación económica, y Latinoamérica, segura de que han variado substancialmente los procedimientos intervencionistas, seguirían viendo —porque durante la guerra lo han visto ya— abastecerse sus mercados con artículos que satisfagan ampliamente sus respectivas necesidades, gracias a recíprocos y razonables privilegios que aseguren lícitas ganancias.

La confianza latinoamericana y la cooperación activa y veraz de los grandes bloques económicos y culturales que desde Alaska se extienden hasta la Patagonia harán que la política de buena vecindad no sufra quebranto y continúe manifestándose real y profundamente sincera.

Los proyectos de cooperación económica, fuente viva de la política de buena vecindad, con ser medularmente realista no desechan la levadura del espíritu, antes bien, sirven de base a todas sus futuras creaciones. El intercambio cultural intensificado progresivamente, lleva y trae, en un proceso de ósmosis benéfico, algo del poder creador de las juventudes representativas latino y saxoamericanas, que se latinoamericanizan en el norte y se norteamericanizan en el sur; debiendo entenderse este proceso no como eclipse o desmedro de la personalidad nacional en afán imitativo, pues se trata más bien de un cauce natural de simpatización necesaria en la vida de un continente, cauce no ensayado por desventura en otros continentes, cuya filosofía reitera la eficacia de penetrar en los corazones partiéndolos con bombas...

El intercambio cultural en América es un medio de eludir la dependencia de servidumbre, creando la interdependencia de cooperación; es un procedimiento magnífico para asimilar lo bueno y útil que un pueblo ofrece a otro, ya con su avanzada técnica o la originalidad de su espíritu.

La economía latinoamericana adoleció hasta hoy de

retraso considerable; los conflictos en la vida política alcanzaron inusitada violencia, y el fondo de aquel sombrío cuadro era el analfabetismo con su espeso velo de tinieblas que impedía a los pueblos latinoamericanos, con pocas excepciones, intuir su deber y vislumbrar su futuro.

La integración de América exige algo más que el dominio completo de los factores geográficos; algo más que el aprovechamiento de la quina, el caucho, el palo de balsa, el cobre, el salitre. Las urgencias económicas que orientaron los desplazamientos culturales, ya en el mundo precolumbino, ya en el colonial o en el republicano hasta hoy, podrían en la post-guerra no ofuscar otros móviles tan urgentes como los primitivos y no menos deseables. La política pseudodemocrática y la dependencia económica latinoamericana han ejercido hasta hoy una acción deprimente sobre el arte y la literatura en general. Se han producido obras bellas; pero en general, los valores estéticos han bajado en la estimativa y si han circulado las obras, los autores han perecido en la obscuridad.

Nuestro porvenir solicita que demos preferencia al intercambio de verticalidad entre las culturas saxoamericana y latinoamericana, pese a la diferencia de origen y la consiguiente de carácter y ritmo evolutivo. Si las dos corrientes culturales americanas no se encuentran en armonioso equilibrio, la del Norte desbordaría en cualquier época y sin los favorables resultalós de la colaboración.

Si ha podido hablarse de "virginidad" espiritual de América ha sido a favor de la existencia, al menos latente, de un espíritu continental, cuya presencia intangible se acentúa a partir de fines del siglo XVIII, se encarna en los próceres y capitanes de la Emancipación y se extiende como hálito inspirador de las instituciones republicanas nacionales y como guía en los esfuerzos que realizaron nuestros países para liquidar sus diferencias fronterizas al amparo de nebulosos papeles y enmarañadas interpretaciones. Tampoco el espíritu continental puede afirmar su existencia con tan eventual y deleznable fundamento como el de haber permanecido solidarios en la guerra, pero demostrándose receloso en la paz: el espíritu de América ha de revelarse en todo su poder ahora, camino del futuro, estimulado por la dura experiencia de dos guerras titánicas, y conociéndose a sí mismo, aspirará a polarizar y dirigir ese organismo pro-

digioso de su propia cultura. El esquema del americanismo integral define, al propio tiempo, el esquema de la cultura americana, en cuanto el pensamiento eje de esos dos esquemas no puede ser otro que el del respeto irrestricto a la personalidad del hombre, y si el porvenir de la especie humana se presenta cada vez más enigmático y sombrío, aún le quedan al hombre los recursos de un mundo nuevo y una fe: ¡América!

Quito, 1945.

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

10 — América

EL LIBRO, VINCULO DE SOLIDARIDAD AMERICANA

Hace veintiún meses, en una hora solemne como esta y en la modestia iluminada de este recinto, el gran poeta venezolano Andrés Eloy Blanco —heraldo de la palabra cordial que viniera al Ecuador con el Presidente General Medina Angarita—, grabó con el diamante encendido de su frase el elogio más certero del destino del libro de América. El libro, salvador y unificador, dijo, es un puente tendido entre dos pueblos... Un río de expresiones purificadoras.

Recordamos el pensamiento del lirida cumanés, para afirmar, una vez más, que el libro, puente o río: —río para tonificar la aridez de las almas rudas; puente para salvar algún precipicio de política externa—, es la expresión más noble y benéfica, encerrada, como el alba en los cocuyos, en las hileras caudalosas de las letras. El libro, la palabra sapiente del libro: trueno de combate, querella de amor, quejumbre de angustia, destello de júbilo, el libro es el eco de Dios, repercutiendo en el Sinaí de la conciencia del hombre.

Esta voz grandilocuente, rumor de los latidos del universo en el campanil de la garganta, tiene ahora para los hombres que vivimos atados por la línea plateada que da forma al Hemisferio de Occidente, un sentido telúrico y moral: el sentido del aire que viaja humedeciendo las vértebras de los montes y la epidermis de los llanos; y alentando el germen fecundo de la concordia que ha de formar

con los pueblos del Continente la anfictionía del espíritu humano; en cuya mesa ha de escribirse, descuajando los últimos tentáculos del imperialismo y del coloniaje, las sagradas normas de la mancomunidad y la cooperación americanas.

El Grupo América del Ecuador, Institución aislada del mare mágnum infamante de las pasiones políticas, risco pétreo de los Andes, a donde más de una vez intentó llegar la piedra cobarde del egoísmo y del malqueriente; el Grupo América, Entidad que labra con los buriles de la fe y del amor el cristal de la vida optimista, resuelto a fundirse con los hombres que derriban las vallas trágicas de la incompreensión y la discordia, guarda para el libro-pan, para el libro-agua, para el libro-miel, para el libro-combate, rendida veneración; la veneración que infunde el sol derramando sobre el mundo el fluido vital de sus entrañas; la veneración del asceta que besa el suelo porque ve en todas las cosas una huella luminosa. Para nosotros, el libro de América, forjado con barro virgen y aliento fresco, es el tabernáculo de la unión y de la raza, hueso y alma de la juventud del mañana. Hostia o cáliz, el libro, aplaca la sed y el hambre de los que han menester de su virtud bienhechora. Su ágil envoltura, la magia de sus caracteres, la página blanca —banderín de paz en la mano lectora—, es simiento; es raíz: basamento y eslabón de la solidaridad del Nuevo Mundo.

El Grupo América guarda en el arca santa de su Biblioteca de Autores Americanos las tablas de la Nueva Ley del Hemisferio Occidental. Ellas nos hablan del bien inmenso que encierran el amor, la solidaridad, la colaboración mutua. En la práctica de estas virtudes está el mejor patrimonio del hombre de América. El bronce de su estirpe será labrado solamente por ellas. Y por ellas, las fronteras servirán para señalar la extensión secular de los afectos y la corriente de las disciplinas éticas. Nuestra Ley está grabada en los libros con el A B C del amor sapiente, de

la belleza creadora y de la concordia bienhechora, pregonadas por Cristo, Don Quijote y Bolívar. La fraternidad y la colaboración, ya no serán, entonces, una modalidad de política intrascendente, sino la religión del hombre del porvenir, de la juventud que grita en nuestras arterias por un mundo mejor. El futuro es el vaho de nuestro cuerpo calentado el átomo de los tiempos.

En la Biblioteca de esta Entidad se encuentran alineados algunos millares de libros americanos. Ellos son los nuncios patéticos de la nueva civilización, de la raza cósmica que ha de superarse por la nobleza y culto del espíritu. Unidos por los brazos de las carátulas, esperan resignados al lector curioso. Y cuando se recuestan en las manos de éste, entregan el venero de la alegría, la gota de fuego que limpia y purifica, el ojo de la lámpara guiadora. Todo elogio al poder y sapiencia del libro, es apenas una sombra. Su alma irradia más allá de la eternidad. Por eso, Dios está en la Biblia; y el hombre, en Don Quijote de la Mancha.

Aquí está el corazón de América, madurando con sus obras magníficas la almendra de la sabiduría: Colombia, Venezuela, Ecuador, Brasil, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile y Argentina. Aquí está la América Central, bruñendo los escudos de su liberación y de su futuro promisor: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Cuba, Haití, República Dominicana y Puerto Rico. —No os extrañe, señores, que citemos a Puerto Rico, pueblo independizado en el pensamiento del Presidente Roosevelt, que acaba de tomar asiento a la diestra de Dios Padre; pueblo libertado por el anhelo y el querer del Continente. ¿Y por qué no citar a Canadá, a las Guayanas, fragmentos indiscutibles del solar americano? ¿Y Belice, ese discutido miembro, el segundo brazo sin el cual no puede vivir conforme Guatemala? No podemos olvidarlos. Olvidarlos sería desconocernos a nosotros mismos. Este Continente de la libertad y la justicia, ya tendrá para estos

pueblos en penumbra, un gesto de admonición reivindicadora—. Sí. En esta Biblioteca está la América del Norte: México y Estados Unidos. Escriben con su sangre el evangelio de la democracia. Las conferencias interamericanas son campanadas de gloria en las torres señeras de la amistad.

En el Grupo América, o sea en la Casa de América que estamos forjando con la llama del ideal y el apoyo de vuestra presencia, se han dado cita los poetas, los novelistas, los historiadores, los filósofos, toda esa pléyade generosa y viril, creadora de la cultura de este Hemisferio. Bajo este techo, los escritores de ayer y de hoy, atizan la llamarada gigante del intelecto que ennoblece y salva. Sentados, como monarcas en el palacio blanco del libro, vierten de los cántaros minúsculos de las letras el caudal inagotable de sus ideas: gotas de rocío en la cuenca de la mano quemada por el trabajo, chorros de lumbre en las noches de las almas sin brújula.

Al llegar hasta esta casa la palabra tangible de los libros, ha de pensarse con el poeta, que veinte naciones americanas tienden sus puentes de arte y de sapiencia... Veinte puentes ardientes e invisibles convergen, por los puntos cardinales, a este recinto. Son veinte arcoiris alargados hasta aquí desde el pecho de las naciones hermanas. Con ellos se forma el singular astro de la concordia, o sea la gran luz guiadora de los destinos del Mundo de Colón.

Los escritores, los poetas, los artistas, los gobernantes tienen ahora una nueva misión. La misión de crear, de organizar desde Groenlandia hasta el Cabo de Hornos, un consorcio de pueblos que vivan, luchan, sueñen con una misma estrella de ventura. El milagro de la unidad continental, ha de concedernos el beneficio de salvar a la especie humana de la hecatombe del odio. Las normas del sentido de unificación americana, están escritas con el fulgor y nervio de las grandes pasiones. En los libros, estas normas asoman como grandes ventanas abiertas a todos los

horizontes, como faros para guiar la navecilla tímida de nuestra vida. ¡Oh la maravilla y prodigio del libro! La muchedumbre, por eso, levante en su hogar el altar venerando del libro, de nuestro libro americano. Y con el aliento del alba y con el sosiego de la noche, pronuncie con nosotros sus mandamientos, determinados así: El 1º amar al libro sobre todas las cosas, porque es la voz de Dios en la lengua del hombre; El 2º no destruir su forma leve; cada página es la coyuntura de un cuerpo fraterno y paternal; y El 3º Venerar su espíritu, crear y practicar su enseñanza dignificadora.

Los libros de nuestra Biblioteca son credenciales de afecto; cartas de amistad indisoluble. El americanista genuino, el amigo dilecto, el escritor pulcro, aseguraron con la dádiva de sus obras, su fe en la conquista de la unidad y de la paz. El diplomático Gustavo Santos, hombre ilustre de Colombia, admiró nuestra obra americanista, y se quedó un día para siempre entre nosotros, en la donación de libros de su patria. El ex- Adjunto de Relaciones Culturales de la Embajada de los Estados Unidos, Francis J. Colligan, llegó también en otro instante a estas puertas; y nos trajo en sus brazos conmovidos un cargamento precioso de obras de su gran país. En otro momento histórico, el Presidente de Venezuela, General Medina Angarita, antes de sentar sus plantas en tierra ecuatoriana, quiso que un lote valioso de libros sea la credencial de su asentimiento y simpatía por nuestra obra de cultura americana. Y cuando visitó esta Casa, Venezuela exhibía a los ecuatorianos el alma inmensa y fulgurante de sus libros. Antes, en 1935, el actual mandatario y Presidente de entonces también de la Nación, Excmo. Sr. Dr. Dn. José María Velasco Ibarra, con su convicción americanista, secundó la organización de la primera Exposición del Libro Hispanoamericano, hecho que tuvo trascendencia en el mundo de la cultura internacional.

Vosotros, nobles representantes de las naciones her-

manas del Continente; ecuatorianos que habeis asistido a la fiesta de las Américas, y nosotros los que integramos esta Agrupación, somos los poseedores de un inmenso libro, en cuyas páginas abiertas de polo a polo, estudian los espacios los secretos de nuestro porvenir. Este libro inmenso, inconmensurable, forman la América del Norte, la América del Sur, páginas sostenidas por el lomo granítico de la América Central. Libro eterno, sapiente, abierto como el cielo sobre el atril palpitante del Atlántico y el Pacífico... Para que nuestras acciones perduren en este libro magnífico, con caracteres perennes, hay que abrir un surco; hay que humedecerlo con la sabia de la fatiga generosa; hay que sembrar en él un pedazo de nuestra vida en favor de los ideales comunes.

Amemos, pues, señores, con la fuerza de nuestro cuerpo al gran libro de nuestra América; de esta América inmensa, inconmensurable, donde cada uno de nosotros es, en sus páginas de barro fructífero, una semilla, un nuevo acento de lucha, una palabra del evangelio de la unión americana.

Quito, 1945.

A L F R E D O M A R T I N E Z

LAS GRANDES CULTURAS INDIGENAS AMERICANAS

I.—SORPRESAS DEL EXPLORADOR EUROPEO DEL SIGLO XVI

Cuando los españoles emprendieron en la exploración y dominación de América, sus impresiones sobre los aborígenes que iban encontrando eran variadísimas.

En unas partes encontrábanse con aborígenes de una extraña mansedumbre y maravillosamente ingenuos como niños. En otras, tenían que enfrentarse con tribus o naciones belicosas e insumisas, acometivas y feroces, que comían carne humana antes que por hambre por venganza. Conocían extensos pueblos de grandes expedicionarios continentales o de audaces marinos. Y, a veces, en ciertas áreas de excepción, se sorprendieron también ante muy densos conglomerados urbanísticos, rodeados de sembríos y de canales de riego, que denotaban una muy adelantada cultura agrícola, cuando menos. Y advirtieron notables organizaciones militares y políticas, núcleos de dominadores sobre inmensas masas humanas; y grupos de industriales, de artífices y de constructores, en unas como ciudades de ensueño, de extramundo, con unas gentes medio salvajes en unos aspectos, y admirables y espléndidas en otros.

Decía Cristóbal Colón, en su **Diario**, de los indios caribes que sorprendió, por primera vez, en los islotes antillanos: "Son estos indios muy bien hechos, de muy fermosos y lucidos cuerpos y muy buenas caras. . . Son la mejor gen-

te del mundo y más mansa... Andaban desnudos... Harto blancos; que si anduviesen vestidos y se guardasen del sol y del aire, sería tan blancos como en España"...

Pero si era ésta la impresión optimista de Colón sobre los caribes de los primeros islotes, en nada se le parecieron las de los exploradores del Orinoco, de Nueva Andalucía, de Tierra Firme o de Castilla del Oro.

Así, ya en el año de 1520, el Licenciado Rodrigo de Figueroa, Justicia Mayor de la Isla Española y Repartidor de Indios, informa que "sobre todas las otras naciones de indios, se señalaba y distinguía en el canibalismo la caribe... raza superior, inteligente, guerrera y navegante. A sus ojos las demás gentes habían nacido para ser esclavas y a todas trataban con desprecio y tiranía, dando a entender su prepotencia"...

Y eran tan orgullosos estos caribes continentales que, en ciertos lugares, según la relación del P. Juan de Aguado, en su libro **Fundación y Población de Mérida y San Cristóbal**, "con una bárbara y necia determinación, creyendo que estaban cercados de sus contrarios los indios comarcanos, de su propia voluntad, así varones como mujeres, se ahorcaban ellos mismos de las varas y cumbreiras de sus buhíos"...

En otras partes, los indios vivían, generalmente, bajo la presión impetuosa del éxodo: "Estaban —dice Fr. Antonio Caulín—, en continuo movimiento por las aguas de los ríos y de la mar, en ligeras embarcaciones que sabían construir y manejar con habilidad. La guerra era toda su ocupación"...

Y más o menos como estos indios —guerreadores, muy bravos, con ligerísima y simple vestimenta y poco quietos—, eran muchos otros de los aborígenes del Nuevo Mundo, de México a Chile, y en las propias Antillas, en el Orinoco, en el Amazonas o en el Río de la Plata.

En cuanto a los indios norteamericanos, que se los advirtió después, "eran tan holgazanes —según el historiador Coman—, que no tenían aptitudes para la labor agrícola, y las tentativas de los blancos para disciplinarlos no tuvieron éxito; porque se enfermaban o mirían"... Y fué por eso, sin duda, que los colonizadores británicos, según Seeley, prefirieron exterminarlos, "como se extermina una manada de rengíferos"!

Pero las áreas de excepción, en medio de tan tristes impresiones, ya iban quedando determinadas a los ojos del europeo, a partir del propio siglo XVI.

Y así, al avanzar, continente adentro, hasta las mesetas del Anahuac, o a las planicies andoperuanas, las sorpresas del conquistador fueron ya de otro orden, y ya no se habló solamente de indios desnudos y de caníbales, sino también de ciudades extensas, de edificios de cal y canto; de hogares laboriosos y de hombres pulcros y corteses.

Dice el soldado Bernal Díaz del Castillo, en su **Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala**: "Íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se torcía poco ni mucho, e puesto ques bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían: unos que entraban en México y otros que salían, y los que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres e cues y en las canoas y de todas partes de la laguna, y no era cosa de maravillar porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte, en tierra, había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, e víamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México" . . . Y, "íbamos por nuestra calzada; ya que llegamos donde se aparta otra calzadilla que iba a Cuyacán, ques otra ciudad adonde estaban unas como torres que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía de libreas diferenciadas las de los unos caciques de los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma adelante a recibirnos, y ansí como llegaban ante Cortés decían en su lengua que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la misma mano" . . .

Y al llegar a las tierras del **Tahuantinsuyo**, dice el soldado Francisco de Jerez, secretario de Francisco Pizarro, en su **Verdadera relación de la conquista del Perú**: "Este pueblo de Caxamarca es de dos mil vecinos: a la entrada

del hay dos puentes, porque por ahí pasan dos ríos. — La plaza es mayor que ninguna de España; toda cercada, con dos puertas, que salen a las calles del pueblo. — Las casas della son de más de doscientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes: están dentro de estas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros. — Las paredes dellos son de piedra de cantería y sus puertas, y dentro de sus patios sus pilas de agua traída de otra parte por caños, para el servicio destas casas; por la delantera desta plaza, a la parte del campo, está incorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza a la fortaleza; por la delantera della, a la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza... Fuerzas son que entre indios no se han visto tales; entre la sierra y esta plaza grande hay otra plaza más pequeña; cercada toda de aposentos; y en ellos había muchas mujeres para el servicio de aqueste Atabalipa... La gente de todos estos pueblos, después que se subió a la sierra, hacen ventaja a toda la otra que se queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razón, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantilla de mujer. — Los hombres visten camisetitas sin mangas, y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodón, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres, de lana y algodón, hecho como zapatos"... Y esta ropa, "es la mejor que en las Indias se ha visto".

Todo lo cual revelaba, a simple vista y sin grandes esfuerzos de investigación, una evidente superioridad de ciertos grupos de selección sobre una inmensa mayoría de población indígena, dispersa hasta por las más apartadas regiones y en una sorprendente gradación de condiciones culturales, desde el hombre desnudo y nómada, de economía parasitaria, hasta el agricultor intensivo, que fué creador y organizador, a la vez.

Para el español del siglo XVI no quedaron inadvertidas las diferencias, y apareció el progreso de los aztecas en

Nueva España, como constructores de ciudades, ante todo, de los **chibchas** en el Nuevo Reino de Granada como diestros metalúrgicos e incomparables orifices, y de los **incas** en el Perú, como labriegos, industriales y organizadores político-militares.

Pero hubo algo más notable, sin duda, que escapó a su admiración, y fueron las grandes cosas que se habían operado en América indígena, previas a aquellos desarrollos culturales que les sorprendían.

Antes del esplendor de los aztecas, en efecto, se habían sucedido y habíanse extinguido varios ciclos de una alta cultura intelectual y científica —la de los **mayas**—; y al espectáculo de un imperio incaico en disgregación, habían precedido varios siglos y etapas de experiencias y realizaciones, paralelamente a un proceso de sorprendente disciplina social y política.

Verdad que misioneros y averiguadores coloniales— como Bernardino de Sahagún, el Obispo Landa y Francisco Jiménez, en México y Guatemala; o como Cieza de León, Polo de Ondegardo, Martí de Morúa y el indio Guamán Poma de Ayala, en el Perú—, entrevieron ya, por la tradición, algo de ese pasado distante.

Pero han sido, sobre todo, la ciencia del siglo XIX y las investigaciones metódicas de nuestro tiempo, las principales descubridoras, ante los asombrados ojos del mundo, del panorama de esta antigua América, siquiera en sus contornos fundamentales y pese a su lejanía brumosa.

Por eso sabemos ya que, desde hacia miles de años, había en este continente, lleno de sociedades aborígenes insospechadas para el Mundo antiguo, un pueblo de hombres finos, artistas y sabios que fué el **Maya**; y una casta de estadistas, de civilizadores y de organizadores políticos de gran alcance, que fué de los **Incas**.

Entre muchos otros sabios del mundo, se han ocupado, apasionadamente, de los **Mayas**, Brasseur de Bourbourg, M. A. Heps, Max Muller, Herbert J. Spinden, Morley, Bancroft, Georges Ravnaud, John D. Teeple, y varios otros estudiosos contemporáneos.

Y, entre otros muchos también, han consagrado gran parte de sus mejores días al estudio de las antigüedades incaicas y sus aspectos más notables, Tschudi, Middendorf,

Cunow, Means, Brinton, Trimbom, Posnansky, Max Uhle, Luis Baudin y los hombres de ciencia peruanos Julio C. Tello, Luis Valcárcel, Urteaga y de la Riva-Agüero; a todo lo cual no ha sido menos valiosa la contribución ecuatoriana con González Suárez, Jijón y Caamaño y Carlos M. Larrea.

En el orden de las especulaciones sociológicas, sobre aspectos que interesan fundamentalmente hasta nuestros días, inmensa ha sido la obra de análisis y de interpretación de Pío Jaramillo Alvarado, quien preside, desde el Ecuador, una de las mejores empresas continentales de indigenismo.

De este modo, los resultados de la investigación arqueológica y de la interpretación científica han venido a completar o aclarar o confirmar mucho de lo que los conquistadores y misioneros españoles dijeron seguidamente a sus impresiones o averiguaciones entre los restos —de decadencia o de tragedia—, de esos pueblos aborígenes de América.

Intentaremos, a base de aquellas informaciones autorizadas —aunque no siempre acordes—, siquiera brevísima síntesis de aspectos específicos de aquellas dos culturas indias.

II.—LOS MAYAS

Los mayas desarrollaron su potencia cultural en una inmensa área centroamericana, correspondiente a territorios actuales de México, Guatemala, República de El Salvador y Honduras española y británica.

Culminaron, sobre todo, en sus grandes ciudades de Yucatán, de Tabasco y Chiapas, a los bordes del Usumacinta y valles del Petén.

Tuvieron épocas de paciente dominación territorial y económica, así en las tierras bajas y poco salubres del noreste hondureño como en las planicies guatemaltecas y mexicanas, en lucha abierta, por lo general, con desfavorables condiciones de la naturaleza.

Estas épocas de dominación territorial y económica —que, por otra parte, comprendían la edad arcaica o inicial de la civilización maya—, se sucedieron, seguramente, entre los siglos I y X antes de Cristo, según los cálculos de Herbert J. Spinden.

Dentro de los primeros quince siglos de la era cris-

tiana llegaron a sus dos brillantes períodos de culminación, con la organización de grandes ciudades, creación científica y refinamiento industrial y artístico, hasta casi la llegada de los españoles.

El primero de estos períodos, o **Antiguo Imperio**, ocurrió principalmente en Honduras y Guatemala, y abarcó del año 68 en que, según las más sabias descifraciones de la cronología maya, se fundó la primera ciudad de Uaxactun, hasta mediados del siglo VII.

El segundo, o **Nuevo Imperio**, surgió en Yucatán, tras de un éxodo de sur a norte, y se extendió del siglo VII hasta el año de 1548, en que se destruyó, por acción de las guerras intestinas, la poderosa Confederación de Mayapán.

Tanto en la etapa arcaica, de hacía miles de años, como en sus períodos de culminación, el esfuerzo maya alcanzó proporciones gigantescas, desde la dominación de la tierra bravía y la adaptación y consecución y organización de las primeras bases económicas, hasta la formación de los grandes centros urbanos, con plazas de deporte, templos y palacios.

"Nosotros estamos acostumbrados —dice un eminente investigador norteamericano—, a formar nuestra opinión de las muertas civilizaciones ateniéndonos a las obras de arte que nos han legado; pero nuestro juicio de ellas hubiera sido quizá más exacto si estudiáramos los problemas que los hombres primitivos tuvieron que resolver para subvenir a su alimentación y a otras necesidades de la vida en sociedad"...

En efecto, los antiquísimos **ulmecas**, o primitivos mayas —que advinieron, en tiempos muy lejanos, del norte y, quizás, también del Oriente, de un país hundido en el mar— según ellos decían—, tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones de su mundo físico creando casi todo.

Importaron cuanto de fundamental se había conseguido hasta entonces para la vida humana, inclusive el maíz o **teozintle** evolucionado, y las calabazas y habichuelas, y el **nopal** y el algodón, ya de capital importancia como base económica aborígen en buena parte de pueblos americanos. Y domesticaron también y cultivaron, por su cuenta, plantas y animales que en estado salvaje encontraron en las nuevas regiones, que se proponían dominar.

Así, descubrieron el cacao y sus formas de utilización, siendo de los más antiguos en usarlo. Domesticaron el za-

pote, la papaya, el aguacate la anona y el tomate, y aplicaron, por primera vez, la vainilla a la condimentación. Usaron el tabaco, como medicina primero, y lo cultivaron y fumaron, por placer, después. Descubrieron la utilidad del caucho, para fines prácticos y suntuarios y fabricaron juguetes, impermeables y pelotas. Domesticaron pájaros y animales extraños, inclusive abejas o mosquitos dorados, para la explotación de la miel. Y domesticaron y cuidaron el pavo y el perro para alimentación.

La primera civilización maya fué, pues, civilización agrícola, como todas las más grandes civilizaciones iniciales del mundo.

Y asegurada e incrementada la producción agrícola, la industrialización advino enseguida.

Y no sólo industrializaron con flora y fauna, sino también con la riqueza mineral. Hicieron desde hachas de piedra y cobre hasta joyas de oro. Y descubrieron y aprovecharon el cristal de roca; y descubrieron y aprovecharon también las excelencias del concreto y de la caliza para las construcciones.

Con su industria crearon un comercio, y en sus canoas a remo emprendieron largos viajes a regiones distantes, hacia las que llevaban aquellas sus hachas de piedra o de cobre; sus objetos de caucho, raras conchas, tejidos pintados, artículos de cerámica; su cacao y, quizá también, su tabaco, que lelgaron a constituir medios de intercambio.

Esta capacidad expansiva de los mayas, les permitió llevar influencias hasta regiones lejanas, en tiempos diversos.

Navegaron por el Golfo de México y por el Caribe, e irrumpieron por el Pacífico y tocaron en costas ístmicas y colombianas y avanzaron hasta el Ecuador y Perú.

En el Ecuador dejaron sus rastros, principalmente a lo largo del litoral, de Esmeraldas a la Puná, y en el área interior de los cañaris. Y en tierra peruana, en toda la extensión del **Gran Chimú** y, según Max Uhle, hasta en la singular y antigua cultura de Chavín.

Durante el **Antiguo y Nuevo Imperio** (siglos I al XV D. de J. C.) descollaron, sobre todo, como grandes constructores y organizadores de ciudades.

En el **Antiguo**, sus conglomerados urbanísticos llenaron, principalmente, las tierras hondureñas y guatemaltecas, y

aparecieron Uuxactún, Tikal, Quiriguá, Copán y Palanque.

En el Nuevo, y en área yucateca, aparecieron, entre varias otras, Izamal, Labnal, Mayapán, Chichén-Itzá, Uxmal y Aké, aparte de un sinnúmero de otras pequeñas urbes, que la investigación de nuestro tiempo, a iniciativa, sobre todo, de la Institución Carnegie y con la cooperación empeñosa y sabia de Morley y A. B. Kidder y de los técnicos de las Universidades de Chicago, de Harvard, de Clark, de Florida y de Michigán, han ido descubriendo y estudiando sin cesar en todos sus múltiples aspectos.

A la llegada de los españoles, las principales ciudades del Petén, del Usumacinta y de Yucatán habían desaparecido, arrasadas por múltiples factores adversos, de orden físico, unos, como las convulsiones volcánicas o los cambios climatéricos profundos; y de orden social y económico, otros; pues, los mayas, aunque con élites intelectuales muy cultivadas, eran, según parece, muy deficientes como políticos, y no llegaron a organizar un poder durable, fuera de sus caciques tiránicos, que realizaban prodigios monumentales con el trabajo de inmensas masas humanas, constreñidas y hambrientas...

En cuanto al último refugio de los maya-quichés, que había sobrevivido a la general catástrofe, la ciudad de Utatlán o Gumarkaj, fué incendiada y destruída por Pedro de Alvarado en el año de 1524, por parecerle —según decía, impresionado sin duda por los pasadizos y galerías para la defensa—, “más casa de ladrones que de pobladores”...

Y fué en esas ciudades donde culminó el arte arquitectónico de los mayas. Aunque no llegaron a descubrir el arco, que les habría permitido la construcción de grandes bóvedas de amplios recintos, su sentido artístico triunfó en los bajo relieves, las estatuas, las esculturas murales y la decoración.

Construyeron templos sobre terrazas perfectas, opulentas y macizas, de piedra primorosamente labrada y unida con mezcla, de una altura hasta de 50 metros. Realizaron combinaciones geométricas impecables. Levantaron columnas artísticas con relieves e inscripciones jeroglíficas. Tallaron monolitos gigantescos, como el de la Tortuga, de Quiriguá, estatuas y cariátides; y, en sus manos habilísimas, la piedra pareció plástica para sus labores de filigrana y encaje, como en Palenque y Uxmal. Y pintaron los muros interiores de sus edificios —como en el Templo de los Tigres

y en el Palacio de los Guerreros, de Chitchén Itzá—, con óleos que han llenado la admiración a eminentes visitantes, como J. T. Goodman y Eric Thompson.

Dice, al respecto, uno de ellos: "Los mayas produjeron una de las pocas realmente grandes y coherentes expresiones de belleza dadas hasta hoy al mundo, y su influencia en América fué, históricamente, tan importante como la de los griegos en Europa"...

Pero si fueron notables como creadores económicos, como constructores de ciudades y como artistas, más lo fueron aún como intelectuales y hombres de ciencia.

Rodearon su pasado de poesía genial y supieron contar los triunfos y dolores de su pueblo en alegorías bellas. Inventaron una escritura —de 300 a 400 caracteres— que llegó ya a las lindes del fonetismo. Fabricaron su papel y sus tintas indelebles y escribieron sus libros o **códices** para la posteridad. Varios de esos **códices** —como el Vaticano, como el de París o el de Dresde, o el de Madrid siguen produciendo la inquietud de muchos selectos espíritus. "Cuanto se relaciona con la vida de nuestros antecesores —dice José Juan Tablada en su **Historia del Arte en Méjico**—, está ahí, en esos **códices**, representando fiestas del año civil y religioso, caracteres de atributos de los dioses; trajes e insignias de príncipes y guerreros; supersticiones y agüeros; fenómenos físicos y meteorológicos; prácticas de Medicina y Cirugía; artes y oficios; ejemplares de los tres reinos de la naturaleza y aún episodios de la conquista"...

Hasta los siglos XVI y XVII los **mayaquichés** no dejaron de escribir. Pero habiendo aprendido de los europeos la nueva escritura, la prefirieron para sus libros, a partir casi de la conquista misma.

Algunos de éstos han llegado a ser notables, a pesar de que, redactados en pleno desastre y ya bajo régimen extranjero, no correspondieron precisamente a las mejores épocas.

Es lo que ocurre, por ejemplo, con el libro de **Chilan Balaam** y el **Popol Buj**, o **Manuscrito de Chichicastenango**.

El primero trata de asuntos varios, inclusive históricos y medicinales. El segundo, de mayor aliento, consigna las

tradiciones del pueblo maya - quiché, en alegoría sostenida, nimbadas de imaginación y poesía.

El **Popol Buj** ha sido considerado como la Biblia de esa gran nación aborígen. Redactado por el indio quiché Diego Reinoso, en el primer tercio del siglo XVI, se mantuvo oculto a los extraños hasta el siglo XVII, en que el fraile dominico Francisco Jiménez dio con él y lo tradujo, del quiché, a lengua española, aunque no con pocos errores, según se ha comprobado después. Luego el francés Carlos Esteban Brasseur de Bourbourg, que estuvo en Guatemala desde 1855, se encargó de divulgarlo en el mundo científico europeo, con su publicación en quiché y francés en el año de 1861. Hoy son centenares de hombres de ciencia, historiadores y literatos que leen el **Popol Buj**, donde, según J. Villacorta —que es uno de sus más fieles traductores—, no faltan, en verdad, pasajes dignos del Dante, como cuando ocurre, por ejemplo, la partida de Ixbalamqué y Junanjup, los héroes buenos, al reino siniestro de Xibalbá, donde imperan los Camé, con sus Chupasangres y Quebrantahuesos, genios de la perversidad y del odio, en un ambiente constante de tragedia, sombras sangrientas y horror, con alusión al drama auténtico que significó el ingreso de los primeros inmigrantes en la sombría región desconocida, donde todo era agresivo, torturante y cruel...

A la escritura de códices y libros, los maya - quichés añadieron el cultivo científico.

Y ahondaron en el estudio de las Matemáticas y de la Astronomía. Estructuraron una Cronología e hicieron un Calendario preciso.

En matemáticas, inventaron una enumeración y sistema vigesimales, con sus correspondientes números dígitos; descubrieron el valor 0 y el valor de posición de los numerales, "varios cientos de años antes de que los empleara el Viejo Mundo", según observa el ilustre Profesor norteamericano John D. Teeple...

En Astronomía señalaron eclipses e hicieron tablas lunares de conjunciones elípticas. El célebre Códice de Dresde, de hace 1.000 o 1.500 años, estudiado por Teeple, Foerstemann y Willson, contiene tablas nutridas de información astronómica, inclusive de Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

Su Cronología se remonta a un pasado de 5.000 años. El año maya —o Tun— era de 360 días, con 5 días com

plementarios; distribuidos en 18 meses (**uinal**) de 20 días cada uno. Y había grandes períodos —como los siglos o milenios de nuestra época—, pero a base vigesimal: un **katún** de 20 años; un **baktún** de 400, etc. . . .

Este calendario estuvo ya perfecto desde hacía unos 100 años antes de Cristo, según ha podido deducirse de la inscripción de la estatuilla arcaica de Tuxtla. Ya para entonces, era, en concepto del arqueólogo George Oakley Tolten, de tanta exactitud "que no se le cambió durante 2.148 años, y no se notó error en un solo día y controló la vida civil y religiosa de varias naciones". Ese calendario, por tanto, era ya "uno de los actos más prominentes realizados en la historia del hombre" . . .

Agricultores, pues, y conquistadores económicos —tal como, por entonces, se hacían las conquistas económicas, venciendo personalmente la ferocidad de los elementos naturales y dominando las plantas y los animales con pertinaz consagración, y sin fincarlas, desde luego, en el simple despojo o explotación de lo ajeno—; industriales, comerciantes y viajeros; constructores de ciudades; arquitectos, poetas, hombres finos y sabios; creadores de una ciencia astronómica y de un sistema de matemáticas y de una escritura, los mayas significaron, en una remota época de América, la capacidad creativa y la aptitud para las ideas abstractas, elaborando su civilización típica y a tono con sus propios conceptos de la vida, en pleno aislamiento del resto del mundo, y, en varios casos, hasta adelantándose al europeo coetáneo, a pesar de la falta de mejores elementos económicos, como los cereales para el pan, y de animales domesticables —no digo domésticos—, para la carga y el transporte, y del desconocimiento de factores utilísimos de progreso técnico, como la rueda y el arado, que aceleraron, indiscutiblemente, la marcha del mundo antiguo.

III.—LOS INCAS

Los **Incas** tuvieron su origen en las mesetas Perú-bolivianas y, partiendo del Cuzco, dominaron o influyeron, a lo largo del callejón interandino, por el sur hasta el Bío-Bío y Tucumán, y, por el norte, hasta tierras del Departamento de Nariño, en Colombia, comprendiendo todo el litoral peruano y gran parte de las costas de Ecuador y de Chile, en una extensión aproximada de 31 grados geográficos.

Según tradiciones incaicas —conservadas oralmente entre los núcleos dominantes del Incario, hasta muy avanzada la Colonia—, fué Manco Cápac —hijo del Sol y uno de los cuatro hermanos Ayares que un día salieron del Tijijaja para el **Pajarectampu**, o Cueva de la Aurora—, quien, por excitativa de **Wiracocha**, el Dios Supremo, había sobrevenido cerca del **Huanacauri** y fundado la ciudad del Cuzco, allá, en una época lejanísima que, según el cómputo cristiano, debió de ser entre los siglos XI y XII.

El historiador peruano D. José de la Riva - Agüero conceptúa que, tras de los halos míticos que envuelven este recuerdo, debe advertirse un hecho real, de fondo histórico, por lo menos en cuanto al personaje y a la época aproximada de iniciación incásica.

Manco Cápac, en efecto, fundó el Cuzco, desalojando o eliminando a sus primitivos habitantes; dió origen a un vigoroso núcleo de selección, y estableció las primeras bases económicas y militares que darían preeminencia a su raza. Luego, "los primeros sucesores de Manco, los dinastas **hurincuzcos**, fueron de ordinario los jefes electivos o **sinchis** de una confederación quechua considerable"... —

Los **sinchis** sucesivos dejaron de ser, con el tiempo, simples jefes militares de confederación y se convirtieron en jefes de unidad política que, bajo la ambiciosa dirección de algunos de ellos, fué tomando una amplitud vertiginosa.

Hasta el siglo XIV se habían sometido numerosos pueblos de las sierras de Perú y Bolivia. A principios del siglo XV, Pachacútec Yapanqui, el noveno de la dinastía, no sólo aseguraba su predominio en las altiplanicies, sino que, con un ejército disciplinadísimo, bajaba al litoral peruano —emporio de antiquísimos pueblos cultos—, y dominaba a los **yungas**, inclusive a los del **Gran Chimú**, navegantes y guerreros, agricultores y tejedores e incomparables alfareros. Pachacútec Yapanqui —**el reformador del Mundo**—, conquistó y legisló, según Garcilaso de la Vega; organizó y disciplinó, unificando genialmente pueblos rivales y sentando los principios de la gran estructuración imperial de pocos años después.

A este inca sucedió el grande y célebre Topa Inga Yapanqui, o Túpac Yapanqui. Con éste se emprendieron las conquistas de Chile y de Quito, quizás hasta fines del siglo XV, conquistas que implicaron toda una serie de ho-

méricos episodios militares, por la resistencia pertinaz de los regnícolas de sur y norte.

Un hijo de Túpac Yupanqui, habido en Tumi-pamba, de la región cañari, quizás entre los años de 1465 a 1470 —Huayna Cápac—, continuó la obra de conquista y anexiones que, ya en las primeras décadas del siglo XVI, culminó con su llegada a territorio colombiano.

Quito, entonces, se convirtió en sede imperial: Huayna Cápac, cansado de luchar, y dueño ya de una vasta extensión, casi inabarcable, se dedicó, en contraposición a la austeridad de sus antepasados, a la vida licenciosa que aceleró su vejez y muerte.

Corría el año de 1526, y ya para entonces, el piloto Bartolomé Ruíz, en frágil barquichuelo, ateneado por ilusión aventurera, irrumpía por primera vez en el mar de Tahuantinsuyo, frente a las costas ecuatorianas.

A la muerte de Huayna Cápac, sobrevino un hecho político-militar, de caracteres tan estupendos como los de la conquista incaica en pueblos de Quito; y fué nada menos que la captación total de los antiguos focos incaicos, luego de una campaña brevísima, por los guerreros de Quito, que habían proclamado a Atahualpa Señor del Imperio en contraposición a las pretensiones cuzqueñas, que habían consagrado a Huáscar.

Con Atahualpa —vencedor de los grandes guerreros cuzqueños—, terminó el Imperio Incaico, vencido, a su vez, en inusitada sorpresa de estratagemas desconocidas, por un simple destacamento español, en la tristemente memorable tarde del 16 de Noviembre del año de 1532, o sea, precisamente, hace muy cerca de 406 años.

*

Pero toda esta serie de episodios incaicos —sucesión de sinchis y de ingas en el Poder, conquistas y captaciones sociales y territoriales en gran escala, etc.—, con ser notables en cuanto implicaron ya el ejercicio de una técnica militar, extraña en el mundo indígena, y la planificación de un vastísimo estado imperial— no habrían, en verdad, ofrecido gran interés hasta nuestro tiempo si no hubieran entrañado también todo un proceso de elaboraciones previas, reveladoras de una gran cultura en marcha y de una

indudable capacidad de estadistas, como fundamentos de su inmensa y audaz experiencia política.

Para nosotros, los incas fueron, en efecto, ante todo políticos. Esta aptitud les dió una fisonomía especial, entre todas las diversas culturas aborígenes americanas.— Desde luego, les atribuimos tal capacidad dentro del más amplio y elevado concepto que nos merecen los políticos en su verdadera función: hombres que saben comprender y crear.

La política incaica fué, predominantemente, de planificación económica, así del mundo antiguo como de nuestro tiempo.

Había en su gestión gubernativa dos aspectos, sobre todo, que revelaban elocuentemente su habilidad y realismo, o sea su inteligencia creativa y lealtad suma para con su medio y su historia:

- la distribución agraria; y,
- la organización del trabajo.

Ninguna de estas cosas había sido, desde luego, inventada caprichosamente por ellos; pues existían con mucha anterioridad, en los regímenes locales, como parte del derecho de los *ayllus*. Pero los incas hicieron de todo ello una legislación aplicada, y, lo que regulaba la vida de las pequeñas células comunitarias pasó, sin grandes dificultades, a regular la vida del Estado, o "imperio socialista", según lo ha denominado, con justificación en gran parte, Luis Baudin.

El *ayllu* fué, como es sabido, cierta unidad social, compuesta de parientes por consanguinidad, a pesar de que los matrimonios de sus miembros no siempre fueran endógenos. En un concepto científico, al *ayllu* distaba de las analogías absolutas con las demás organizaciones sociales primitivas del mundo. El *ayllu*, por tanto, asumía caracteres peculiares; pues participaba, según un distinguido Profesor de Derecho Peruano, del *clan*, del *sib*, de la *gens* y de la *fratria*, a la vez, y quizás también, de la *banda*, cuando el *ayllu* fué nómada en sus remotísimos orígenes...

Como organización sedentaria, era también unidad económica, en cuanto ocupaba, exclusivamente, un área común de tierra, cultivándola y explotándola. Y era unidad dialectal o lingüística, religiosa y política. Los miembros del *ayllu* obedecían un jefe único, hablaban un dialecto exclusivo, y tenían su peculiar *totem*, único principio u origen de su linaje.

La distribución agraria dentro de los ayllus se hacía en dos partes: una para el laboreo individual —de tantos **tupus**, o retazos de tierra, como miembros de familia o hijos que sobrevenían—, y otra para uso o aprovechamiento general, como bosques, aguas y campos de pastoreo. Los **tupus** eran medidas como de 3.200 metros cuadrados; pero se aumentaban si la calidad del terreno era inferior.

La organización del trabajo se hacía también en dos principales direcciones: había un trabajo de utilidad individual o familiar exclusiva, como el cultivo precisamente del **tupu** personal o como el tejido de vestidos o la fabricación de herramientas; y había también el trabajo colectivo, en beneficio de todos, tales como apertura de acequias para el regadío, construcción de puentes, etc., y la colaboración o ayuda mutua, de una vez (**mingas**), o por turnos (**mitas**), como en la construcción de casas, o actividades de minería.

Ordenando estas formas de economía y de trabajo en un cuadro de obligaciones y derechos, tal como ha consignado Jorge Basadre en su **Historia del Derecho Peruano**, tendríamos, en primer término, los siguientes deberes del miembro del ayllu:

- 1º) trabajar la parte de tierra que le hubiera sido asignada en proporción al número de individuos de familia;
- 2º) respetar los linderos de las **chácaras** de sus compañeros;
- 3º) participar en el cultivo de los terrenos asignados a los inválidos e impedidos en general; y,
- 4º) contribuir a las demás tareas colectivas del ayllu o de la **marca** o aldea como construcción de grandes terrazas para el cultivo en las pendientes de los cerros, apertura de caminos, etc.

Pero, de un modo paralelo al cumplimiento de estos deberes, se reconocían también los siguientes derechos:

- 1º) recibir una porción de tierra útil, suficiente para ellos y su familia;
- 2º) disponer de una casa construída mediante la ayuda de todos;
- 3º) explotar libremente la leña de los bosques, cazar y pescar; participar de los rendimientos de la ganadería y utilizar en común aguas y caminos; y,
- 4º) ser mantenidos por la comunidad en caso de vejez, de invalidez o de enfermedad...

El sentido realista de los políticos incas consistió, pues, en que, lejos de fantasear una legislación agraria o del trabajo completamente distintos a lo que existía, secularmente, en los ayllus o comunidades, ellos aplicaron métodos y fundamentos de derecho de las comunidades existentes a una estructuración social y política más extensa. Importar o fantasear medios de solución política, prescindiendo de las realidades sociales o de los hechos consumados por la Geografía y la Historia, es tan incompetente como no buscar ni crear solución práctica alguna.

Solamente que, al constituirse el imperio, la tierra pasó a ser administrada por el Inca —o sea por el Estado—; y el trabajo tuvo que intensificarse extraordinariamente, mejorando técnica y esfuerzos; porque los participantes de la producción vinieron a aumentarse así:

- masas productoras en general;
- el Inca, la religión y el ejército;
- los inválidos; y,
- las reservas de previsión para el imperio.

De este modo, la economía incaica —como la del ayllu primitivo—, estuvo siempre asegurada, y se evitó la miseria para las muchedumbres, a las que, por otra parte se les constriñó a producir incansablemente y a comer con frugalidad.

Es verdad que el sistema no impidió, en manera alguna, las excepciones de propiedad agraria individual entre los orejones o elementos aristocráticos, ni el apareamiento de verdaderas castas parasitarias y privilegiadas con servidores campesinos y urbanos que en el incario se denominaron yanaconas y llactarunas.

Pero es evidente que, entre los sistemas imperialistas —con ser que todo sistema imperialista es malo—, el de los incas, como planificación económica con elementos preexistentes y como técnica administrativa, fué el menos malo de todos los imperialismos conocidos, antiguos y modernos, entre los que, como es sabido, por mantener el esplendor de una civilización que solamente favorece a clases dominantes, no sólo se olvida la suerte de las muchedumbres productoras, sino que se explota con su ruina completa y su infelicidad.

En otros órdenes, y en detalles de su propia política, no demostraron menos capacidades organizadoras los incas.

Como hombres de estado que eran, y ya que tenían la obligación de asumir la administración de justicia sobre masas humanas inmensas y no siempre disciplinadas, estructuraron un derecho penal, notable en ciertos aspectos, por lo menos en cuanto implicaban un sentido de volumen y de jerarquía.

Faltaban en ese derecho valiosos conceptos, como el de **apelación o revisión**; pero en cambio, tenían un valor decisivo las pruebas testimoniales, los factores emocionales, la edad y las circunstancias y precedentes, estableciéndose, según ha advertido el ilustre Hermann Trimbom, un verdadero sistema de gradación apreciativa del delito, tomando en cuenta atenuantes y agravantes y estado social y económico del delincuente.

No había una práctica ni un concepto igualitario sobre el tratamiento del delito; pero había sanciones para todos, así para los simples "**quillis - cachis**", o mentirosos y calumniadores, —**runa - huachoas**, o deshonestos o adúlteros de las chusmas—, como para los **huchayoc - auca**, o príncipes y nobles criminales. Y establecieron la pena jerarquizada, desde el simple destierro político y los **pinas - huasi**, o prisiones benévolas de ciudad donde se les trataba a los que esperaban sentencia "con mucho recabdo, servicios y aparato" —según relato del indio Poma de Ayala—, hasta los **zauca - huasi**, o calabozos lóbregos, con sapos, pumas o curlebras y los **huarcos** o despeñaderos, y flechamientos y muerte a pedradas, para reincidentes o autores de crímenes atroces, inclusive traidores.

Pero, de un modo paralelo a las medidas represivas, se divulgaba también entre las masas populares un Código Moral, sintetizado sabiamente en máximas de fácil circulación y en saluciones obligadas como ésta: "Ama llulla, ama sua, ama ccella, ama sipix, ama maella"— **no ladrón; no mentiroso; no haragán; no asesino; no perverso, no corbarde...**

Los ingas no llegaron a una escritura propiamente dicha; pues los **quipus** más eran signos para la contabilidad y la estadística que para escribir hechos o ideas; pero el conocimiento de las leyes y su interpretación y aplicación corrían a cargo, seguramente, de oligarquías jurídicas, compuestas de **amautas** o **quipucamáyoes**. Estaban, entonces,

plenamente, en lo que Summer Maine ha llamado "la etapa del verdadero derecho consuetudinario"...

Para la eficiencia gubernativa y de la administración en un imperio tan vasto como el suyo, inventaron y adoptaron medios que, contemporáneamente, eran insospechados aún en el mundo antiguo, como el sistema decimal, la estadística y la demografía, la contabilidad y la mensura y clasificación de los terrenos.

Sabido es que el sistema decimal solamente fué impuesto, en el Viejo Mundo, con la Revolución Francesa, a fines del siglo XVIII; y que la distribución agraria, para los efectos del trabajo personal obligatorio y el derecho a la producción según el número de consumidores, sólo ha venido a ser recientemente, en el mundo, materia de teorías políticas.

Los incas apreciaron y realizaron el camino y establecieron el correo, como medio militar, de unificación política y de celeridad en el despacho administrativo. Exigieron un culto religioso general —pues el *totem* de los ayllus fundadores del imperio era el Sol. Pero se respetaron las creencias y prácticas locales. Se dispuso el quechua como lengua oficial; pero no se prohibieron los dialectos, que, con los siglos, habrían sido sustituidos.

Aún las deportaciones colectivas, no siempre tuvieron significados de punición vengativa, sino de colonización. Precisamente los *mitimaes*, traídos del Perú para Quito, o llevados de Quito para el sur, no constituían, propiamente, sino elementos de fusión étnica y de afirmaciones económicas.

La misma preparación militar no estaba exenta de estudio y previsión. Impusieron en los guerreros la frugalidad y la abstinencia de todo vicio o práctica agotadora, y el ejercicio sistemático; cultivando la fuerza, el valor y la austeridad, a la vez. La impresión que tuvieron los españoles sobre el ejército indígena, no estuvo en relación, en verdad, con la extrema facilidad con que, por sorpresa o por excesiva ingenuidad de Atahualpa, se llegó a captar el Tahuantinsuyo.

"Esta gente que Atabalipa tenía en su ejército —dice el citado compañero de Francisco Pizarro, Francisco de Jerez—, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la

guerra, como aquellos que siempre andan en ella, e son mancebos e grandes de cuerpo, que solos mil dellos bastan para asolar una población de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres"...

Organizaron bagajes y medios de transporte; especializaron ingenieros y cuerpos de trabajadores para abrir las rutas, construir los puentes, levantar las **pucaras** o fortalezas de defensa, los **colloctores** e **inti-huasis** para la nueva religión —otro medio, al fin, de dominación—, los **tambos**, de víveres y armamentos, y los **corpa-huasis**, o campamentos del Estado.

Solamente con una organización tan previsora como ésta han podido explicarse las larguísimas, y pertinaces campañas incaicas sobre pueblos y territorios distantes y, a veces, en extremo difíciles, como en el caso de Quito, donde la resistencia a los ingas fué de las más incansables y enérgicas.

La elaboración, pues, de un gran Estado y la definición de un Derecho; la estructuración de un Gobierno eficiente y minucioso, y la obra de intensa disciplina social y militar llevada a cabo con inagotable energía, para la realización de las campañas o de las empresas gigantescas, habrían sido suficientes para demostrar que los ingas sí poseían una notable capacidad creadora, dentro de los límites de su horizonte vital, de no contar, al lado de tales hechos toda una historia de esfuerzos propios en el campo de las creaciones económicas, como agricultores, trabajadores de metales y constructores.

Así, la agricultura incaica fué otra de las demostraciones de innegable capacidad aborígen.

Los indios de las altiplanicies Perú-bolivianas, como los de la costa, no tuvieron siempre qué imitar o importar; y, de igual manera que los mayaquichés en sus áreas centroamericanas, los aymaraes del Tiahuanaco y los quechuas del Incario tuvieron, antes de llegar a sus brillantes períodos de culminación, que crear, por sí mismos, sus escalones culturales, desde la más elemental y difícil economía.

Cada escalón representó siglos de heroica lucha con los elementos naturales adversos.

Poma de Ayala, con referencia a las tradiciones de sus antepasados indígenas, ha indicado los siguientes ciclos por los que transcurrió el quechua, hasta su culminación —ci-

culos que tenemos que considerar, por más que su fundación, no corresponda precisamente a ninguna de las aceptadas por una moderna sociología:

- a) época de los **Uari - Viracocha - Runa**, que vivían solamente en cuevas y se vestían de hojas de árboles. Estaban, entonces, en la simple etapa de la economía parasitaria, y no aprovechaban más que frutos espontáneos de la naturaleza y resultados de cacería o pesca muy fáciles;
- b) época de los **Uari - Runa**, que ya vivían en chozas, iniciándose en el cultivo de la tierra;
- c) época de los **Purun - Runa**, que mejoraron la actividad agrícola, que construyeron casas y tejieron vestidos de algodón; y,
- d) época de los **Auca - Runa**, de gran incremento demográfico, de un más intenso aprovechamiento de la tierra, de rivalidades y de guerras asoladoras.

Hasta entonces, seguramente, ya el indígena peru-boliviano había llegado a domesticar la llama y la alpaca y explotar inteligentemente, aunque sin dominarlos, guanacos y vicuñas. También llegó a dominar como 60 especies vegetales, según la cuenta de O. F. Cook...

Esta última etapa coincidió, sin duda, con los primeros lineamientos de la cultura andinas de la América del Sur, a partir del más antiguo Tiahuanaco, hasta culminar en las grandes organizaciones económicas incaicas, del siglo XII al XVI.

Fué en esta última época cuando se emprendió en las colosales obras de irrigación, mediante acueductos enormes, trayendo el agua desde lugares apartadísimos hasta los territorios yermos, sin ríos o sin lluvias; cuando comenzaron a extender el uso del fertilizante del **guanay** para adaptar los cultivos a la tierra pobre o agotada, y a crear campos para siembra ahí en donde no habían o eran imposibles, mediante la construcción de **andenerías** o amplias terrazas en las pendientes de los cerros, y a utilizar, según observación de Tello, hasta campos de piedras o ciénegas inmensas, donde los indios trasegaban, en increíble labor de gigantes, montañas de tierra útil, transportadas a espaldas desde lugares inconcebibles.

Tenían los incas tal cuidado sobre las fuentes económicas que tan laboriosamente habían conseguido, que no se cansaron de dictar medidas previsivas para su conserva-

ción. Nadie podía cazar o espantar un **guanay**; nadie podía ahuyentar o matar una hembra de vicuña, o destruir o incendiar un bosque.

Y luego, tan importante era el trabajo del agricultor, como del pastor y del minero.

Eran trabajos de especialización y de técnica. Y así como la técnica agrícola y la de domesticación y cuidado de animales les había dado una indudable supremacía económica, la técnica metalúrgica, a cargo de obrerismo especializado, les llevó no sólo hasta el arte suntuario del oro y la plata y a la industria del cobre, para sus armas e implementos —cosa ya casi común entre los indios de América—, sino hasta las combinaciones de mayor alcance práctico, inclusive el bronce...

IV.—LAS INTERPRETACIONES

Autores eminentes —a quienes objetar constituiría un grave desacato—, han echado a la circulación, en el mundo científico, ciertas formas de interpretación sobre la antigüedad indígena americana, que, por desgracia, no siempre son justas.

Una de esas formas de interpretación se refiere al mimetismo, exagerando el valor de la **influencia**. En todas las áreas culturales americanas se pretende encontrar, a todo trance, ecos y prolongaciones y reflejos, despojando a los núcleos aborígenes de toda su capacidad inventiva y de organización. Y aún más: hay una maniática o interesada tendencia a negar, con marcado espíritu unilateral, anticientífico, dicha capacidad. Pero es evidente que, en todas las comparaciones, se prescinde del paralelismo en el desarrollo de las culturas primitivas, según lo anotado por Eickstedt; se olvida o pospone la consideración de las similitudes geográficas; y se olvida o pospone adrede la semejanza de las necesidades humanas en todas las latitudes.

Que hubo un predominante autoctonismo cultural, lo prueban las diversas etapas económicas por las que pasó el indio americano, en distintas áreas geográficas, dominando plantas y animales que no habían en otra parte. Lo prueban también sus deficiencias características —inclusive sus religiones y ritos crueles, en diferentes grados—, y sus relieves específicos; pues acabamos de observar cómo los mayas fueron un pueblo ante todo intelectual y artista —aun-

que de pésimos políticos—; y cómo los incas, notables estadistas, no llegaron a la altura de las elaboraciones literarias o científicas mayas; ofreciendo, en cambio, en cada escalón de sus avances, el sello inconfundible de sus esfuerzos propios.

¿Qué habría sido de esos indios —despojados de sus religiones inhumanas y sangrientas supersticiones—, si les hubiera sido dable contar con animales de transporte, para acortar distancias, y contar, sobre todo, con el conocimiento de la rueda, de la pólvora y del hierro; y al no ser detenidos en el desarrollo de sus civilizaciones típicas por la conquista europea, que trajo formas económicas, conceptos de la vida y una organización social completamente distintos de los que ellos, por sí solos, sin la cooperación de sus semejantes más antiguos, habían creado en su aislamiento?...

El hombre de ciencia que repetidas veces hemos citado en estas páginas, por ser uno de los más autorizados investigadores del pasado de América, Herbert J. Spinden, expresa, por eso, con mucha razón, que todos los esfuerzos que realizó el indígena precolombiano, en sus áreas de selección, "ponen de manifiesto cómo la raza autóctona de América fué capaz para la creación de una cultura y civilización propias en nada inferiores a las surgidas contemporáneamente en otras regiones de Europa y Asia. Y ello demuestra también —añade—, indiferencialmente, lo mucho que la supradicha raza podría contribuir al progreso moral y material del género humano, siempre que, después de habérsela asimilado completamente, ponga su genio y su inventiva al servicio de la civilización impuesta por las naciones conquistadoras"...

VISION DE LA LITERATURA CHILENA

Versión taquigráfica, de las palabras de presentación pronunciadas por el Sr. Dn. Augusto Arias, al iniciarse el Curso de Literatura Hispanoamericana, sustentado por el Profesor Sr. Dr. Dn. Roberto Meza Fuentes.

DE LA ARAUCANIA A LA NOVELA

He recibido el honroso encargo de representar al Sr. Ministro de Educación Pública y pronunciar unas breves palabras en la inauguración del ciclo conferencial que sobre la poesía modernista en América, sustentará el distinguido profesor y hombre de letras de la República de Chile, doctor Roberto Meza Fuentes, por una gentil designación que más que al reparo de mis personales valores se refiere a mi devoción por las letras de Hispanoamérica a cuyo estudio hube de consagrarme antes de ahora.

Meza Fuentes llega de Chile, de aquella tierra en la cual es fama que los hombres se agarran a los cerros para no caerse al mar y que en alguna vez sugirió la imagen de un barco fondeado al pie de la cordillera. De Chile que significa en aymará la tierra más honda, del mismo modo como el Shyri nuestro, es frío u hondo o alto... Del Arauco, cuya literatura se inicia, como todas las de las Américas, con un canto español, el de Ercilla, en cuyas octavas reales, eterniza a los personajes de Arauco, indomables o estrategas, uliseanos o aquilinos, como los Caupocalines, Lautaros, Galvarinos y Colocolos o como la virgen india, símbolo y estrella, Guacolda. Del Arauco, girón bravo de epopeya.

que contaría más tarde con un continuador chileno, el poeta Pedro de Oña, y que dejaría sus asuntos para la novela y el ensayo, para la alusión y la historia.

La literatura de Chile es conocida y fraternalmente apreciada en estas lindes andinas. Desde la histórica relación del Reino de Chile de Ovalle, aparición inicial de la crónica, como hubo de suceder en la Península, escrita en Europa con esa nostálgica evocación, de que "Vamos por esos montes, pisando nubes", como en Quito, hasta la novelación chilena que es toda la presencia física y espiritual de Chile y más lo primero en los relatos iniciales de Blest Gana, el novelador del colonialismo santiaguino. El que, adelantándose a los tiempos, nos da el personaje colectivo, en vez del héroe solitario, protagonista de la novela clásica. Y así como este novelista de "La Aritmética del Amor", el que vivificó al personaje salitre, el que pintó a lo vivo el conflicto de quienes fueron hacia al sirena de París (Los Trasplantados), Joaquín Edwards Bello, el autor de La Chica del Crillón y Criollos en París. Y Augusto d'Halmar el que noveliza a la clase media en su Juana Lucero. Y Eduardo Barrios, el de Un Perdido y el Niño que Enloqueció de Amor. Y Enero Espinosa el animador de los medios humildes. Y Rafael Maluenda y Pedro Prado, y Alberto Romero. Y Jotabeche y Pérez Rosales. Y Lastarria. Y el que fija el carácter del huaso: Mariano Latorre. Y Manuel Rojas, y Marta Brunet, y Reyes, Pezoa Velis, Baldomero Lillo, Germán Luco hasta Juan Marín, el novelista viajero, en cuya cartera anota menudamente el viaje de todos los libros de América.

La novela, que en concepto de Andrenio democratizó la épica, nos ofrece el conocimiento vital de Chile. Y asimismo el cuento, relato comprimido, miga de historia o tradición, trozo de cerro o rompiente marina, desde Lastarria y Edwards Bello, hasta Lillo, Maluenda, d'Halmar, Subercaseux, Latorre, Acuña, Marta Brunet.

La crítica chilena, expresión de un alma cordial por más severa que fuese o pareciese, está en críticos como Solar Correa, Alone, R. Silva Castro, Domingo Melfi, Arturo Torres Riosco, Alberto y Joaquín Edwards, Alfonso Escudero y en el distinguido huésped nuestro de hoy, R. Meza Fuentes.

LOS POETAS CHILENOS

Desde las playas, tonadas, desde la "Talla" que no es propiamente un epigrama, desde el Padre L6pez y Lorenzo Mujica, la poes3a chilena tiene el empinamiento del Ande y el romanticismo de sus costas de murallones azules que suben a besar a la estrella solitaria. Andr6s Bello, el venezolano amado en Chile, buscar3a en su florecer motivos para su silva "La Agricultura de la Zona T6rrida". Varios poetas chilenos estuvieron aqu3, desde Double Urrut3a hasta Meza Fuentes, y casi todos incorporados fueron al sentir ecuatorial. Desde los darianos, Balmaceda Toro, Marcial Cabrera, Pedro Gonz6lez, hasta Antonio Borquez Solar y Miguel Luis Rocuant, autor de un libro delicioso de paseos por la H6lade, en donde asalta el recuerdo de la mitolog3a y la euritm3a, su "En la Barca de Ulises". Aqu3 se conoce a Victor Domingo Silva, a Contreras, a Cifuentes, a Mondaca. Aqu3 es casi familiar el poemario de Gabriela Mistral, autora de la "Desolaci6n" m6s serena que se haya extendido en coraz6n de mujer sobre las cumbres andinas. Y sus estrofas de "El Ruego", piadosa variaci6n sobre la muerte y la vida, han sido flexibilizadas y matizadas en la voz de nuestras recitadoras de altiplano. Y los poetas rom6nticos o simbolistas, de amor o de paisaje, llegaron con sus libros y sus antolog3as: Manuel Magallanes Moure, Gonz6lez Bast3as, Max Jara, Pablo de Rocka el enternecido y tambi6n agresivo poeta de "Los Gemidos". Y Prado, y Angel Cruchaga Santa Mar3a, el del llorar de las cosas al modo de Virgilio, y el m3stico y humano Daniel de la Vega, y Juan Guzm6n Cruchaga, y Domingo G6mez Rojas y Carlos Prendez Sald3as, el de la secuencia de la lealtad en sus libros como devocionarios amorosos que son "propiedad de la mujer amada", hasta Huidrobo, el creacionista, el de las voces inesperadas y las im6genes nov3simas, y Berechenea y Juan Negro y Pablo Neruda, cuyos veinte poemas de amor y una canci6n desesperada, han sido mur3itados por todos los rom6nticos de aqu3 y cuya Residencia en la Tierra ha dicho de la estructura profunda de la nueva poes3a. Y nuestro amigo el hondo poeta Hubner Bezanilla, y ahora, como ayer, R. Meza Fuentes.

DE DARIO A LA MUSICA DARIANA

El ciclo conferencial del Dr. R. Meza Fuentes, tiene que girar, perspicaz y poético, en torno de la figura de Darío. Chile, como antes a Bello, acoge a Rubén, por más que su penetración en los medios santiaguinos no haya sido muy fácil al comienzo. Llega a Chile en 1886. Un chileno es de los mejores de sus biografistas: Francisco Contreras y el más acercado de sus amigos, Pedro Nolasco Prendez, padre de nuestro amigo el poeta Prendez Saldías. Un chileno es el prologuista de "Azul", Eduardo de la Barra. Algo chileno hay en la poesía de Darío, como lo argentino que es posible hallar en ella. Y es un poeta de América, injustamente considerado solo por su parte pulida de evocaciones del siglo lindo francés, de versallescós modos, pelucas empolvadas y tacones rojos. Brisa de América, huracán de América, sabor de maíz americano, hay en sus libros. En breve oiréis la palabra de Meza Fuentes en esta reconstrucción de las iniciales de la poesía de América. Y debemos celebrar el que este profesor, escritor, poeta y periodista, dando la justa anchura a un postulado estético, quiera considerar como poetas a Rodó, Bolívar y Juan Montalvo. La poesía es un concepto elevado y superior a las limitaciones musicales del verso. El poeta es inventor, creador. Y que más grande creador que nuestro Bolívar, el que creó a América o Juan Montalvo uno de los creadores de la democracia.

LA FIGURA DE MEZA FUENTES

En un ayer que no está muy remoto, comenzaron a llegar a Quito unos cuadernos de iniciales miniadas, en cuya portada un Pierrot algo a filosofado sostenía en una canilla el símbolo de la muerte, la calavera, en una canilla que habría sido bailarina y ágil en las fiestas de la juventud. Era un prólogo de las Fiestas de la Primavera, versos de Meza Fuentes, para entonces universitario propulsor de la Federación. Desde allí pude advertir el tipo de la poesía de nuestro distinguido visitante. La poesía del optimismo y la esperanza. Me parece que él hubiera vuelto por la inversa el verso de Darío: "Juventud divino tesoro — ya te vas para no volver". O el dístico de Machado: "Juventud nunca vida — quien te volviera a soñar." La poesía de Meza Fuen-

tes es una prolongación de la primavera, un sonreír de retoños, una plegaria a la juventud perenne, como por modo fáustico. Así en sus Fiestas de Primavera, en El Jardín Profanado, en Arbol de Navidad, en Palabras de Amor o en sus Cinco Romances de la Patria. Su Diálogo de Amantes, ensaya todo lo contrario de la taciturnidad de Musset. Figuran en él El Triste y la Animadora. Aquel propone dudas, vencimientos, timidez. Pero la Animadora, a trechos de un coro cantante, juvenil, va disipando en su frente los nubarrones y desatando el nudo apretado de su corazón. La Animadora que puede ser la hermana, la novia, la esposa, si quereis. Ocurre que el poeta suele evolucionar hacia la crítica y en tal virtud es de los más calificados para juzgar y comprender a los poetas y a la poesía. De un curso dictado en la Universidad de Chile es su volumen "De Díaz Mirón a Rubén Darío", estudio sagaz de la poesía modernista en América y ese conocimiento será el que apreciaréis en el ciclo que el profesor inicia en esta tarde. Aparte estas excelencias, hay que considerar a Meza Fuentes periodista. En el editorial del diario santiaguino "El Mercurio" ha hecho fuerte labor americana, por la unidad del Continente, y labor ecuatorianista, por nuestros derechos, por el valor de ecuatorianos notables que jamás pudieron sentirse destruidos en Chile.

C R O N I C A

SOCIOS CORRESPONDIENTES

En sesiones especiales del Grupo, a las que concurrieron miembros del Cuerpo Diplomático, representantes de la Prensa e Instituciones culturales de esta Capital, fueron recibidos en el seno de nuestra Entidad en su calidad de SOCIOS CORRESPONDIENTES los Excmos. Srs. Dr. Alberto González Fernández, Embajador de Colombia, y Dr. Narciso Garay, Embajador de Panamá, quienes en sus correspondientes discursos hicieron la confirmación de sus ideales de solidaridad y confraternidad americanas, y de su voluntad de laborar por el mejor estrechamiento de las relaciones culturales internacionales.

SOCIO ACTIVO

Asimismo, desde principios del presente año, el Grupo América cuenta entre sus socios al distinguido escritor y diplomático ecuatoriano, don Carlos Tobar Zaldumbide, quien formó parte de la delegación ecuatoriana a la Conferencia de San Francisco. El señor Tobar Zaldumbide, en la sesión de ingreso al Grupo leyó una interesante conferencia en la que reveló un original esbozo para el Retrato de Don Quijote.

NUESTRA CONSOCIA DOÑA HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

Con el objeto de reparar su quebrantada salud, se ausentó a Estados Unidos de Norte América, nuestra distinguida y muy apreciada consocia doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, a quien le deseamos el más pronto restablecimiento.

DON ANTONIO AITA Y NUESTRA PROXIMA EXPOSICION BIBLIOGRAFICA ARGENTINA

El prestigioso escritor argentino don Antonio Aita, Secretario de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual en la Argentina, y uno de los intelectuales que más práctica y beneficiosamente viene trabajando por el acercamiento cultural del Continente, ha ofrecido su valioso concurso y apoyo para la organización de la próxima Exposición de Bibliografía Argentina que llevará a cabo nuestra Entidad. Nos complacemos en hacer público nuestro agradecimiento a don Antonio Aita, cuya fe americanista constituye una garantía para la nueva vida de la cultura de nuestros pueblos.

ADHESION AL HOMENAJE DEL ESCRITOR ARGENTINO DON RICARDO TUDELA

En el mes de Junio del presente año, se llevó a cabo en la ciudad de Mendoza, República Argentina, el homenaje promovido por escritores de esa nación a uno de sus más distinguidos trabajadores del pensamiento, don Ricardo Tudela, al cumplir éste sus treinta años de labor literaria. El Grupo América, al igual que lo hicieran otras instituciones culturales de las naciones vecinas, se unió a dicho homenaje, nombrando su representante al consocio doctor Augusto Sacolto Arias, residente en la actualidad en Buenos Aires.

DISTINGUIDO VISITANTE CHILENO

Fue muy grato para el Grupo América estrechar amistosas relaciones con el distinguido literato y catedrático chileno Padre Alfonso M. Escudero, quien llegó a nuestras lindes en busca de originales fuentes de estudio y conocimiento de nuestra literatura, ya que se encuentra en la ardua y dificultosa labor de escribir la Historia de la Literatura Americana, obra que, por la forma disciplinada y severa como está siendo trabajada, por la autenticidad de información y riqueza documental que está procurándose su autor, y el hecho de ser éste un catedrático de experimentado ejercicio y escritor de serios alcances, promete ser una de las mejores que se escriban en el Continente.

AGRADECIMIENTO AL MINISTRO DE OBRAS PUBLICAS

Con motivo del generoso ofrecimiento que nos hiciera el Ministerio de Obras Públicas para emprender en algunas reparacio-

nes que necesita el edificio de nuestra Institución, el Grupo dirigió a su Ministro, señor don Jorge Montero Vela, la siguiente comunicación:

"A nombre del Grupo América del Ecuador, nos complacemos y nos honramos en expresarle el más profundo agradecimiento por la gentil acogida que dispensara a la Comisión del Grupo, así como por el generoso ofrecimiento de reparar y adecuar la casa que ocupa esta Entidad. El interés demostrado por usted es prueba elocuente de cómo enaltece la obra de la cultura nacional y americana que realiza la Institución desde hace casi tres lustros."

BIENVENIDA

Nos es grato consignar nuestro atento y cordial saludo de bienvenida a los connotados señores doctor Gonzalo Escudero Morcoso y don Carlos Tobar Zaldumbide, quienes acaban de regresar de San Francisco de California, a donde partieron integrando la Delegación ecuatoriana a la Conferencia de Organización de la Paz Mundial, en la cual tan destacada actuación tuviera nuestra representación diplomática.

ALFONSO RUMAZO GONZALEZ

Después de largos años de ausencia, regresó al País, por breves días; este distinguido escritor ecuatoriano que dentro y fuera de su patria ha sabido laborar por su prestigio cultural, a través de una obra literaria y periodística que será debidamente considerada en la historia de nuestras letras.

El Grupo América que contó siempre entre los suyos al escritor Rumazo y que, con oportunidad de su presencia en esta Capital ha sido acogido en su seno como miembro activo y su representante en la capital uruguaya, a donde se dirige con la representación consular del país, consigna su congratulación por la merecida distinción de que ha sido objeto por parte del Gobierno, y hace votos por que su labor en la bella y culta ciudad del Plata será beneficiosa para nuestras relaciones culturales internacionales.

EXPOSICION BIBLIOGRAFICA CHILENA

También en la fecha clásica de la chilenidad, del año próximo venidero, nuestra Institución llevará a cabo otra Exposición de Bi-

biografía chilena, para lo cual cuenta con su bien nutrida Sección, la que ha principiado a ser fomentada gracias a la cooperación del Padre Alfonso M. Escudero, quien se encuentra laborando en este sentido en los medios literarios de la hermana República, correspondiendo uno de los primeros envíos que mucho agradecemos, a la Universidad Central de Chile, de las obras cuya nómina damos a continuación:

Formación de la Sociedad Chilena, 3 tomos; El Cabildo en Chile Colonial; Historia Diplomática de la Independencia de Chile; Obras Escogidas de Rubén Darío; Idea de la Individualidad; Constitución Política de la República de Chile; Desarrollo de la Democracia Norteamericana; El Standar de Vida de las Poblaciones de América; Panorama Literario, 1842; Formación de la Nacionalidad Chilena; Recuerdos Biográficos; Don Diego Barros Arana; ¿De Dónde Proviene Tanto Dinero?; La Generación Chilena, 1842; Doctrinas Sociales y Política Social; Don Miguel José de Zañarte y Santa María; La Abolición de la Esclavitud en Chile; La Cultura en los Estados Unidos; Alberto Blest Gana; El Marqués de Osorno don Ambrosio O'Higgins; La Moderna Asistencia Social Psiquiátrica; Los Orígenes del Arte Musical en Chile; Historia de la Enseñanza en Chile; Suelo y Mar, y Los Poemas de la Serenidad.

VALIOSO DONATIVO BIBLIOGRAFICO

La culta dama y poetisa ecuatoriana, doña María Esther Cevallos de Andrade Coello, viuda del distinguido y fecundo escritor don Alejandro Andrade Coello, ha querido contribuir al enriquecimiento de la sección nacional de la Biblioteca de Autores Americanos, con un valioso lote de las obras del desaparecido escritor ecuatoriano, cuya nómina damos a continuación:

Tres Figuras de América; El Canto de Ahora; Lecturas Populares; El Ocaso de los Conquistadores; Perifonemas; Eloy Alfaro, (Epinicio histórico); Motivos Nacionales; Cultura Femenina Uruguaya; La Ley del Progreso; Cultura Femenina; Eloy Alfaro (Epinicio biográfico); Del Quito Antiguo; Algo Sobre la Novela en la América del Sur; Biacrucis del Orador; La Novela en América; El Niño; Educación del Hogar; Tres Poetas de la Música; Vulgata Higiénica; Mujeres de España; En Torno de la Prensa Nacional; Recuerdos de Quito; Los Genios; El Libro del Maestro; A Traves de los Libros; Pinceladas de la Tierruca; Manuel J. Calle; Nociones de Literatura General; Algunas Ideas Acerca de Educación; La Tentación, y Crónicas Quiteñas.

LOS VEINTE AÑOS DE ESTA REVISTA

En Agosto del presente año se cumplirá los veinte años de vida de esta Revista. El número que celebre tan fausto acontecimiento, que tendrá el carácter de extraordinario, se halla ya en preparación.

VERITAS Y SU XV ANIVERSARIO

El Grupo América y la Dirección de esta Revista han tenido a bien adherirse al homenaje que un grupo de altas personalidades de la intelectualidad bonaerense, rendirá en el presente año a la muy conocida e importante revista de economía argentina VERITAS y a su fundador don F. Antonio Rizzuto, al cumplirse su décimo quinto aniversario de su existencia.

CONDECORACION A GARCIA MONGE

En San José de Costa Rica, y en sencilla ceremonia que fué presidida por nuestro Representante Diplomático se llevó a cabo la entrega de la Condecoración "Al Mérito" en el Grado de Gran Oficial, al distinguido publicista don Joaquín García Monge, en reconocimiento de su encomiable labor por la realización de los ideales de unión y solidaridad americanos, desplegada a través de la fecunda vida de Repertorio Americano.

DOCUMENTOS Y TRANSCRIPCIONES

SIGNIFICATIVO MENSAJE ENVIADO POR LA ASOCIACION DE ESCRITORES VENEZOLANOS

*Al Grupo América del Ecuador.
Quito.*

La Asociación de Escritores Venezolanos, animada por profundo espíritu americanista agradece cordialmente al Grupo América del Ecuador, cuya labor intelectual llena de fervor americano es acogida con amplio reconocimiento, el saludo que tuvo a bien enviarle por medio de la Embajada Especial del Ecuador, con motivo del CL aniversario del nacimiento de Antonio José de Sucre, gran Mariscal de Ayacucho, alta cifra de humanidad cuyo nombre es símbolo de unión americana, especialmente entre Venezuela y el Ecuador — patrias del héroe — y al saludar a los miembros del Grupo América y por su medio a todos los escritores del Ecuador, les ratifica sus sentimientos de solidaridad continental y de especial deferencia al pueblo ecuatoriano, como su aspiración de trabajar unidos por la cultura y por la democracia, bajo el auspicio de los hombres que, como Sucre, son signo ejemplar en el mundo americano.

Cordialmente, al Grupo América del Ecuador.

Caracas, Febrero 16 de 1945.

José Nucete Sardi, Presidente. Luis Beltrán Guerrero. Manuel F. Ru-
geles. Luis Troconis Guerrero. Rómulo Vetancourt. Manuel Matos
Romero. Juvenal López Ruiz. Edgar Sanabria. Clara Vivas Brice-
ño. José Pérez Sicilia. Oscar Rojas Jiménez. Pedro Antonio Vás-
quez. F. Angulo Ariaza. Analuisa Lovera. Luis José García Ramón
Hidalgo. Orestes Di Gia Como. (Hay firmas ininteligibles).

"AMERICA LIBRE"

En sesión especial a la que concurrieron miembros del Cuerpo Diplomático, representantes de la prensa e Instituciones Culturales, el Grupo América tuvo el honor de recibir la visita del señor don Carlos Manuel Noboa, quien obsequió para la Biblioteca de Autores Americanos los tres tomos de su monumental obra "América Libre", magnífica prueba de un esfuerzo literario y editorial en la que se ha recogido los más interesantes tópicos de la vida política, intelectual y comercial de las naciones del Continente. Al entregar su valioso donativo el señor Noboa pronunció la siguiente alocución:

Señor Secretario General del Grupo América;

Señor Embajador de los Estados Unidos de Venezuela;

Señores:

Es para mí un alto honor poner en manos del Sr. Secretario General del Grupo América los tres volúmenes de mi obra de propaganda nacional e interamericana, sabedor como soy de todo lo que es y significa en mi país y fuera de él, el Grupo América, alto exponente de inteligencia y refugio intelectual de los más distinguidos valores de las letras ecuatorianas, cuya labor de cultura ha echado ya fuertes raigambres de prestigio en la conciencia intelectual de toda América, respondiendo así no sólo al nombre de tan distinguida Asociación, sino a los justos merecimientos de la obra fecunda que han realizado dentro y fuera de la República los miembros de tan valioso Grupo.

Y he podido valorar de cerca la altísima apreciación que se tiene en los países del Continente de este núcleo intelectual, porque en mi andar por América, en muchas ocasiones he palpado lo que fuera de mi país se dice y siente de las capacidades nacionales, cuyo prestigio han trazado ya líneas de fuerza espiritual, que levantan y enorgullecen el nombre de la tierra ecuatoriana.

Por todo esto y por todo lo que significa el Grupo América, he venido aquí a entregar en su Biblioteca, los tres tomos de mi obra "América Libre", modesto contingente nacional, pero que representa el esfuerzo de toda una vida, dedicada por entero a la labor de propaganda ecuatoriana e interamericana y que encierra en el espíritu animador de su perseverancia, un sincero anhelo americanista, que viene hablando a las naciones de este continente de unión y paz, y buscando entre los dirigentes de la cultura y del pensamiento americanos, una mayor comprensión, expresando también

la realidad de lo que significa la propaganda, que América toda tiene un mismo destino y que son iguales sus aspiraciones, las que deben cimentarse dentro de una idealidad de paz, para la realización de la obra humana que trace en el futuro las normas de una vida mejor.

También tengo el agrado de entregar a la Biblioteca del Grupo América algunas de las publicaciones de mi Empresa que, desde hace treinta años, inició su labor dentro de la vida nacional, haciendo de ellas, como lo hizo la revista "Patria" un cariñoso hogar de un núcleo intelectual ecuatoriano que, al través del tiempo, marcó los límites de una etapa considerada por la crítica, como una de las más altas definiciones literarias del Ecuador.

Al sentirme honrado con la asistencia de los Señores Representantes de los países americanos, hago también ante ellos expresivo mi agradecimiento, y como dentro de poco realizaré un nuevo viaje por las Repúblicas sudamericanas, sabré expresar el entusiasmo de cada uno de sus distinguidos Representantes y toda la cooperación que han sabido prestar a la obra cultural del Ecuador, así como la profunda simpatía que se guarda en mi país por cada uno de ellos.

En mi nueva gira, pienso completar los apuntes del IV Tomo de "América Libre", obra próxima a aparecer, y en la que debo sintetizar las inquietudes sociales de esta época, las etapas internacionales por las que ha pasado el mundo en los últimos años, la intervención de los hombres de Estado del Continente Americano y todo su esfuerzo y cooperación en la vida internacional, llena como en pocos tiempos, de resoluciones definidas y firmes actitudes, que ojalá delinien en el futuro una mejor convivencia política y espiritual.

Al despedirme de ustedes reitero mis agradecimientos, por el honor de haber sido invitado al Grupo América, dándome así la oportunidad de dejar en los anaqueles de su biblioteca mis publicaciones, que son para mí, retazos de mi país, donde con sincero patriotismo supe dejar una parte de lo que quise, algo de lo que pensé y la realidad de lo que las circunstancias me permitieron hacer.

Una vez más, mil gracias.

MANUEL DE J. CALLE

En Mayo fué inaugurado en la ciudad de Cuenca el busto del periodista Manuel de J. Calle, en homenaje que tiene el doble valor de un reconocimiento de las excepcionales y predestinadas aptitu-

des de ese gran diarista, así como también del aprecio que se hace de la labor periodística, cuya influencia corre pares con la delicada responsabilidad que entraña y cuyas características suponen así una vasta y general preparación para los asuntos varios que han de tratarse en la prensa, como una cualidad de inquebrantable constancia que supere al sentido de la palabra fatiga.

Calle reunió, en realidad, todos estos valores. Y ya no es de sentir la menor extrañeza si se dice en su elogio que él fué como el dechado del periodista para su época y que en los países de América mismo puede figurar como el más adelantado y entero de los periodistas, y que hasta es posible señalar en su obra micro-cósmica algunos alicbos seguros de lo que había de llegar a ser el periodismo moderno que se traza vibrante sobre el diapason del tiempo y que hasta puede descubrir una avizora adivinación para los días del porvenir.

Si se tratara de reeditar la obra de Manuel de J. Calle habria para muchos volúmenes, pudiendo indicarse en sus libros, escritos con la prisa natural que distingue al hombre de prensa, muchas páginas en las cuales está el literato cuidado que hubiera podido disponer de tiempo para el escrito de reposo y miga. Pero así sus "Leyendas del Tiempo Heróico", como sus "Biografías y Semblanzas" obedecieron al mismo pulso rauda del que llenaba un millar de cuartillas en editoriales y notas, en crónicas y críticas de literatura y arte, y que aún se ocupaba en la flor de la gacetilla, dando categoría al suceso. Se ha dicho justamente que la "charla" es el género periodístico que aclimató Calle. Con el giro como el de una conversación, sobre todos los asuntos del día, con los asteriscos separadores y la unidad de las actualidades, con frase seria o juguetona, con un discurrir erudito y crítico, sin asustarle en veces la acerbidad del comentario, en retratos de los hombres de la política, en acopio de anecdotaciones que siempre salían a tono con su comentar, prueba de una memoria lúcida y de un juicio de los más prontos y vivaces.

Como quiera que se lo considerase, y ya en la opinión que se depura porque está libre de los prejuicios o los resquemores de la contemporaneidad, Calle es una de las figuras más calificadas del intelecto ecuatoriano, y es por eso que se le ha rendido perenne honor en el busto que se levanta en la ciudad de Cuenca.

APRECIACION EXTRANJERA DE NUESTRA LABOR

"El Grupo América", de Quito, ha continuado la publicación de las conferencias pronunciadas bajo sus auspicios. Como demos-

tración de la actividad intelectual del Ecuador merecen amplio elogio. En el volumen II se hallan los ensayos de los siguientes escritores de la nación hermana: Ignacio Lasso, Aurelio García, Juan Pablo Muñoz Sanz, Carlos Salazar Flor y Julio Endara. Justifica nuestra alabanza la variedad de los temas, puesto que incluyen no solo preocupaciones literarias sino disertaciones científicas."

(De la "Revista Javeriana", de Bogotá, N° 113).

ECOS DE LA LABOR DIPLOMATICA DE NUESTRO CONSOCIO HUGO MONCAYO, HOY MINISTRO DEL ECUADOR EN LA PAZ

Al partir de Bogotá, en donde varios años desempeñó el cargo de Secretario de la Embajada del Ecuador y actuó como Encargado de Negocios nuestro Primer Secretario General y Consocio don Hugo Moncayo, fué objeto de especiales demostraciones de simpatía de parte de los círculos oficiales, sociales e intelectuales del gran país vecino.

Entre las primeras, figura el envío inmediato a su partida de esa capital de la condecoración "Cruz de Boyacá", en el Grado de Comendador con que el Excelentísimo Señor Presidente Don Alfonso López quiso testimoniarle la simpatía de su país; y entre las últimas, el homenaje que los literatos y periodistas colombianos le ofrecieron en "Patiasao", lugar sabanero tradicional de la vieja Santa Fe, en el que tantas veces se reunió, a comienzos del siglo, esa luminosa "Gruta Simbólica", matriz de la renovación literaria colombiana y exigente cenáculo de la más elevada espiritualidad. En esta cordialísima ocasión, le fué entregado al representante ecuatoriano, un pergamino con la siguiente decidora leyenda. La categoría de los concurrentes a tal homenaje, los comentarios de la prensa, de los que tomamos dos publicados en las páginas editoriales de "El Tiempo", atestiguan cuán honda y grata fué la Misión desempeñada por nuestro consocio y amigo en la preclara cuna granadina.

El pergamino dice lo siguiente:

"Sus amigos de Colombia queremos dejar testimonio escrito de nuestra gratitud por la labor realizada por usted en el país y de nuestra fiel amistad. Con incansable celo ha procurado usted estrechar los vínculos que unen a las naciones creadas por el genio de Bolívar, más todavía como apóstol de un ideal sagrado, que como mensajero diplomático. Debido a sus diligentes esfuerzos y a su

clarísima inteligencia, hemos llegado a conocer los grandes valores culturales y políticos del Ecuador, sin criterio de capilla ni de círculo. En horas singularmente difíciles para su Patria usted se mantuvo fiel a los ideales democráticos que han sacudido noblemente a ese gran pueblo, dando un grande ejemplo de austeridad y de carácter.

"Hoy nos dolemos todos de la ausencia de un amigo perfecto, que ha sabido animar todas nuestras tertulias con el fuego de la inteligencia y la nobleza del corazón. En este día, queremos renovar-le nuestra amistad y abrazarlo fraternalmente.

"Bogotá, Julio 24 de 1944.

"Roberto García Peña, Director de "El Tiempo"; Juan Lozano y Lozano, Director de "La Razón"; Luis Cano, Director de "El Espectador"; Alberto Galindo, Director de "El Liberal"; Carlos Lozano y Lozano, Fabio Lozano y Lozano, Eduardo Santos, Enrique Santos, Francisco Umaña Bernal, Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores, Francisco Urrutia Holguín, Alirio Gómez Picón, Plinio Mendoza Neira, Director de "El Sábado"; Silvio Villegas, de "El Siglo"; Alejandro Vallejo, Director de "Comandos"; Eduardo López Pumarejo, Pedro Juan Navarro, Luis Eduardo Nieto Caballero, Manuel Roca Castellanos, Alberto Miramón, Camilo de Brigard Silva, Maestro Sanín Cano, Juan Uribe Cualla, Hernando Uribe Cualla, Roberto Pinto Valderrama, General Luis M. Castañeda, Eliceo Arango, Eduardo Caballero Calderón, Alfonso Tarazona, Rafael Gizado, Ricardo Hoyos Lobo, Eduardo Salame Borda, Carlos Puyo Delgado, Clemente del Valle, Maestro León de Greiff, Otto de Greiff, Guillermo Pérez Sarmiento, representantes de la "United Press"; Eduardo de Heredia, Enrique Santos Castillo, Hernando Santos Castillo, Eduardo Carranza, Jorge Rojas, José Uroz Sarabia, Lucas Caballero Calderón, José María Ribón, Francisco Herrera de la Torre, Santiago Páez, Hernando Tellez, Frank Plaza, Roberto Morales J., José del Carmen Gutiérrez, Frañejón, Arturo Camacho Ramírez, Carlos Martín, José Gutiérrez Céspedes, Ximenez."

En "El Tiempo", de 20 de Julio se anunció la partida del representante ecuatoriano con la siguiente nota editorial:

"Hugo Moncayo. — Llamado por su Gobierno a desempeñar un elevado cargo en la Cancillería ecuatoriana, se ausenta próximamente de Bogotá don Hugo Moncayo, quien desempeñó durante varios años con brillo singular y altísimo decoro los cargos de Secretario de la Embajada y Encargado de Negocios de su patria en Colombia.

"En Hugo Moncayo confluyen ciertas condiciones excepcionales de inteligencia, de señorío, de finura y distinción personal, de prestancia humana y mental, que hacen de él un ejemplo cabal del diplomático que ejerce funciones en estos países hermanos. Porque en América, patria mayor, las faenas de la diplomacia están condicionadas por un hondo sentido de las afinidades espirituales que atan estas patrias, y una generosa comprensión de las distinciones regionales que han de resolverse en un plano superior de solidaridad y cooperación. Hugo Moncayo ha entendido que en América las fronteras, antes que dividir, unen. Y en lo que hace relación al Ecuador, esta circunstancia cobra una certeza y realidad indiscutibles.

"Este sentimiento, hecho teoría y práctica, ha orientado la fecunda gestión diplomática de Moncayo en Bogotá. Rodeado de un ancho prestigio en el alto mundo social, en los círculos periodísticos, y en los grupos intelectuales más diversos, ha contribuido como muy pocos al verdadero y tangible afianzamiento de la fraternidad colombo-ecuatoriana.

"Escritor de eminente alcurnia, maestro de juventudes en la prestigiosa Rectoría del histórico Colegio Mejía, Hugo Moncayo añade a sus amplias disciplinas jurídicas y literarias, su gentil condición de hombre de sociedad, de hidalgo fino y generoso. Su nombre está entre los nombres de los diplomáticos que han dejado en esta ciudad una huella duradera, un más dilatado círculo de afectos, admiraciones y simpatías.

"Deseamos que la ausencia de Hugo Moncayo sea transitoria. Y así lo expresamos, con la más cordial efusión, a él y a su gentilísima esposa, la esclarecida Señora Doña Blanca Calle de Moncayo."

Y el 25 del mismo mes, el mismo Decano, publicó la siguiente nota editorial acerca de nuestro compatriota:

"Hugo Moncayo. — Por espacio de seis años este gran caballero y dilecto amigo que es Hugo Moncayo, sirvió con pulcritud y decoro ejemplares, la Secretaría de la Embajada del Ecuador en Bogotá y llevó la representación de su Patria hermana y amiga, como encargado de Negocios, como en varias ocasiones.

"Hugo Moncayo logró compenetrarse con nosotros en forma total y verdadera y sobre todo, supo servir los intereses del noble anhelo de amistad, de estrecha amistad, que alienta a los pueblos del Ecuador y Colombia, en forma tan talentosa, discreta, atinada y eficaz, que se puede calificar, con absoluta franqueza, de inmejorable.

"Su caudalosa simpatía personal, su claro talento, el brillo de su inteligencia, el fervor colombiano que lo anima, le facilitaron a Moncayo la realización de una labor diplomática de las más interesantes, por lo cual, tanto nosotros como el Ecuador, le tenemos que estar reconocidos.

"Hugo Moncayo, al regresar a Quito puede decir que se lleva el cariño unánime, la estimación completa y el afecto sincerísimo de todos nosotros. No fuera porque la decisión del Gobierno ecuatoriano de ocuparlo en un alto cargo de su Cancillería, implica un merecido ascenso en la carrera diplomática de este amigo cordial, no podríamos registrar la ausencia de Moncayo y de su gentilísima esposa, sin una amistosa y fraterna protesta conjunta. Feliz viaje y toda suerte de venturas, les deseamos, con el más vivo afecto, a Moncayo y a los suyos."

I N D I C E

AÑO XIX, — NUMEROS 78, 79, 80, 81 y 82

	<u>Págs.</u>
<i>Editoriales</i>	
La América de la Post-Guerra	7
La Ciudadanía de América	135
La Segunda Guerra Contra el Nazismo	303
 <i>Albornoz, Miguel</i>	
El Periodismo en la Post-Guerra	317
 <i>Alzuro Espinosa, Emilio</i>	
Epopeya Andina	374
 <i>Andrade y Cordero, César</i>	
De la Patria en Torno. Ráfaga del Betunero	260
 <i>Arias, Augusto</i>	
Ambiente Literario del Siglo XIX Ecuatoriano	31
Canto a Beatriz	141
Visión de la Literatura Chilena	471
 <i>Barrera B., Jaime</i>	
Un Problema Actual del Derecho Internacional Americano	23
Tempestad Secreta	183
 <i>Barrera, Isacc J.</i>	
El Cid y el Poema del Cid	50
 <i>Bustamante, Guillermo</i>	
Vuelve a la Tierra	60
Tu Adiós Definitivo	219
 <i>Bustamante, José Rafael</i>	
La Autoridad en la Comunidad de las Naciones	145
 <i>Cárdenas de Bustamante, Hipatia</i>	
Bronces	150

	<i>Págs.</i>
<i>Carrera Andrade, Jorge</i>	
Canto a las Fortalezas Volantes	176
<i>Colligan, Francis J.</i>	
Observaciones sobre la Lectura y la Crítica de la Literatura de las Américas	41
Cronología de las Literaturas de las Américas	97
<i>Díaz, José Gregorio</i>	
La Hermana Invisible	30
<i>Escudero, Gonzalo</i>	
Jolgorio de los Angeles	13
<i>Estrada y Ayala, Aurora</i>	
Poemas: U. R. S. S.—El Retrato	257
<i>Escala, Víctor Hugo</i>	
Mujeres Ecuatorianas	257
Evocación de Martí en el Primer Centenario de su Muerte	416
<i>Gangotena, Alfredo</i>	
Perenne Luz	185
<i>García, Aurelio</i>	
Sentido Ético y Jurídico del Hombre	211
<i>Garay, Narciso</i>	
Panamá en el Pasado y en el Presente	375
<i>Genta, Edgardo Ubaldo</i>	
Los Andes	248
<i>Idrobo, Tarquino Anibal</i>	
Federico González Suárez	249
<i>Llerena, José Alfredo</i>	
Demonio y Poesía	307
<i>Martínez, Alfredo</i>	
Una Sombra en los Andes	72
Antifonía de Espíritu Americano	138

AMERICA

491

Págs.

La Paz Sea con Nosotros	372
El Libro, Vínculo de Solidaridad Americana	442
<i>Montalvo, Antonio</i>	
Presencia	40
Tristeza y Júbilo del Arcoiris	369
Bibliografía	106 y 262
<i>Muniz, Joao Carlos</i>	
América Tendrá que Vivir su Vida	10
El Brasil. Síntesis Geo-Política	157
<i>Muñoz Sanz, Juan Pablo</i>	
América y la Paz que Desea	435
<i>Paredes, Angel Modesto</i>	
Programa de Realizaciones hacia la Paz Internacional de Indoamérica	15
<i>Pérez Concha, Jorge</i>	
Manuela Sáenz, Libertadora del Libertador	76
<i>Quevedo Coronel, Rafael</i>	
Biología y Mentalidad en Latinoamérica	190
<i>Reyes, Oscar Eirén</i>	
Las Grandes Culturas Indígenas Americanas	448
<i>Roux, Sain Pol</i>	
Poemas en Prosa	62
<i>Santiana, Antonio</i>	
Contribución de la Literatura a la Medicina, Dosto- lewsky	64 y 221
<i>Supervielle, Jules</i>	
Mensaje a Alfredo Gangotena	188
<i>Velázquez, Alberto</i>	
El Héroe Interior	21
<i>Vaca del Pozo, Telmo</i>	
Elegía por la Muerte de Miguel Angel León	48

	<u>Págs.</u>
<i>Vicent Millay, Edna St.</i>	
Poema y Plegaria por el Ejército Invasor	204
<i>Zúñiga, Neptali</i>	
El Sentido Nacional y Americano del Reino de Quito . . .	348
El Sr. Dr. Dn. Alejandro Cárdenas	95
Crónica	112, 271 y 476
En Memoria de Alfredo Gangotena	180
Edna St. Vicent Millay	209
Documentos y Transcripciones	276 y 481
Conferencias del Grupo América	306
Cincuentenario de la Muerte de José Martí	414
La Casa de América	434

Sociedad Comercial
ALGODONERA C. A.

ALMACENES

EN QUITO Y GUAYAQUIL

DISTRIBUCION DE LOS ARTICULOS
DE LAS FABRICAS
DE LA INDUSTRIAL ALGODONERA

BRAMANTES PARA SABANAS,
ALFOMBRAS, TELAS PARA
CORTINAS, COTINES PARA
COLCHONES, ETC.

Quito

Calle Guayaquil N° 51 Teléfono 8-1-1

Guayaquil

Calle Pichincha — Illingworth

Carteras Elegantes

PULOVERES EXTRANJEROS

MEDIAS DE SEDA PURA

GUANTES FINISIMOS

CALZADO PATEX

D A N D Y

Venezuela N° 45 y Mejía

FABRICA DE MUEBLES

Y

JUGUETES DE CALIDAD

Almacenes:

Sucre N° 55 y Sucre N° 5 (Altos Editorial Colón)

Estampillas - Colecciones

*Compramos siempre cualquier cantidad,
nacionales o extranjeras, antiguas
o modernas, raras y comunes
timbres fiscales, de tabaco, teléfonos, etc.*



☞ SOMOS LOS MAS FUERTES COMPRADORES ☞
Y DISPONEMOS DE RECURSOS ILIMITADOS
PARA CUALQUIER OPERACION FILATELICA
— NO IMPORTA SU MAGNITUD —



CESAR HERRERA C.

Venezuela 57 — Portal Municipal — Casilla 265—Quito.

Lucindo Almeida & Cía.

S. A.

BANQUEROS

*ASOCIADOS AL BANCO
CENTRAL DEL ECUADOR*

Dirección Telegráfica: ALGAS

Dirección Postal: Casilla N° 186

Quito—Ecuador, S. A.

Toda clase de Operaciones

Bancarias

*EL BANCO PRIVADO
MAS ANTIGUO
DE LA REPUBLICA*

Cada cliente un amigo